

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

SARAH J. BROOKS

NOVIA *de una Noche*

Novia De Una Noche

Sarah J. Brooks

tabla de materias

[Title Page](#)

[Derechos de autor](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Epílogo](#)

[Sobre el Autor](#)

Derechos de autor

Derechos de autor © 2018 por Sarah J. Brooks

De ninguna manera es legal reproducir, duplicar o transmitir cualquier parte de este documento en medios electrónicos o en formato impreso. La grabación de esta publicación está estrictamente prohibida y no se permite el almacenamiento de este documento a menos que se cuente con el permiso por escrito del editor. Todos los derechos se encuentran reservados.

Facebook: Sarah J. Brooks

Capítulo 1

Xavier

Odiaba Las Vegas. Recordé lo mucho que odiaba Las Vegas cuando me quedé allí en el vestíbulo del Bellagio oyendo el incesante tintineo de los artilugios que robaban el dinero y me chupaban el alma al mismo tiempo, pidiendo mi atención. Este no era mi lugar; Vegas nunca fue lo mío. Desafortunadamente, siendo un diseñador de moda famoso y un multimillonario hecho a sí mismo, Las Vegas era algo que tenía que tragarme a veces. Los grandes apostadores querían lucir lo mejor posible. Por eso, mi imagen estaba en una valla publicitaria de veinticinco metros de altura en el centro del Strip de Las Vegas. Llevaba solo un par de jeans, sin camisa. La leyenda decía “Desnúdalo todo, Xavier Dean”. Era excitante. Me acababan de nombrar uno de los hombres más sexys del año y mi empresa de relaciones públicas se estaba aprovechando de ello. Una de las razones por las que acepté la valla publicitaria era porque pensaba que nunca la vería y, sin embargo, aquí estaba.

Si bien a menudo estaba aquí por negocios, esta vez no era así. Mi mejor amigo, Damon Rockwell, estaba celebrando su despedida de soltero en Las Vegas de todos los lugares espantosos, así que me encontraba bebiendo un gran trago de Vegas en un elegante vaso de alto octanaje de cien pruebas, que me quemó la garganta al bajar. Damon y yo crecimos en la misma calle. Aprendimos a patinar juntos, y su abuela hacía los mejores espaguetis con albóndigas y salsa casera. Aún puedo saborearlos. Mi madre nunca fue de las que cocinaban. Ambos fuimos criados en una ciudad de clase media moderada donde soportábamos las tribulaciones de la infancia, como los enamoramientos de chicas que eran distantes y desinteresadas y aprendían a lidiar con el matón ocasional. Encontrábamos y derrotábamos enemigos que nos atacaban en la X-box y nos enfrentábamos cara a cara, superándonos uno al otro en los deportes. Finalmente maduramos, fuimos a la universidad y encontramos diferentes intereses, pero seguimos siendo

amigos.

Él se convirtió en abogado y un hombre de negocios acérrimo y se casaría con una deslumbrante esposa trofeo en una semana. El objetivo de este fin de semana de chicos, conmigo y algunos de sus amigos más cercanos era estar mayormente borracho y libertino, y todo iba según lo planeado. Yo, sin embargo, podría solo emborracharme y escabullirme del último evento, que era un club de striptease donde las chicas ofrecían servicios especiales después del espectáculo. No estaba interesado. Después de solo veinticuatro horas, el estilo de vida hedonista se estaba agotando. Por el contrario, Damon se estaba divirtiendo. Yo no. De pie en el casino sin nada que hacer, pensé en jugar por un instante. No necesitaba jugar por más dinero, tenía más que suficiente para toda mi vida y algo más.

Mi marca de ropa era una de las marcas de ropa masculina más exitosas del mundo. Comencé con una visión de la moda masculina y la incorporé a una marca de moda con sede en San Francisco a la que simplemente titulé con mi nombre: Diseños Xavier Dean. Mi sello casi se corrió solo después de una década de éxito. Trabajaba duro en la creación de ropa de hombre elegante, pero no estaba tan ocupado como para no poder salir y divertirme. El problema era que realmente no me divertía.

Me encontraba sentado en la barra, tratando de concentrarme en lo único que me había llamado la atención en medio del tintineo y el ruido. De hecho, casi me arranca los ojos de la cara. Inclinado sobre la mesa de dados estaba el trasero más perfectamente formado que jamás había visto. Era redondo, firme y delicioso. Conectado a ese trasero perfecto había un par de piernas largas y bien formadas con un minúsculo monedero dorado colgando de su cadera.

El vestido que llevaba no era tan llamativo u ofensivo como algunos a mi alrededor, demasiado escotado para su forma o demasiado alto para su tamaño, pero era una silueta exquisita en una forma hermosa. Estaba tendida lánguidamente sobre la mesa, indiferente y casi aburrida. Ella no intentaba atraer a nadie abiertamente, pero los pensamientos de tomar ese trasero sobre la

mesa, mantenerlo quieto y sumergir mi polla en su coño, lo consumían todo. La neblina de alcohol no estaba haciendo nada para dominar mi libido, por lo cual no iba a hacer que mi mente dejara de tomarla por detrás.

No parecía importarle lo que los demás en la habitación pensarán de ella. Tenía anillos de cabello dorado con reflejos que brillaban como hebras de oro en la penumbra. Sus grandes ojos redondos te hacían llorar, pero sus labios suaves y carnosos eran la verdadera atracción. Me costaba mucho apartar los ojos de su boca cuando ella lanzaba los dados. Debía ser habitual, pero era muy sexy.

Sería difícil encontrar a cualquier hombre en la habitación que no pensara en salirse con la suya con ella, inclinado sobre la mesa como ella. Me gustaba tomar vino y cenar con una mujer en la cama. Tratar bien a las mujeres era mi marca registrada y, sin embargo, siempre dejaba una nota a la mañana siguiente agradeciéndoles por la diversión, sin darles ni siquiera una dirección de correo electrónico. Algunas me encontraban y trataban de buscar algo más, pero la mayoría entendía; sólo estaba interesado en una noche. No era exactamente un bastardo. Tenía mis razones para no querer complicaciones en mi ya agitada vida.

A decir verdad, era mucho más fácil para mí comprometerme con una aventura de una noche que con una relación madura con sus inevitables altibajos. Ese no era el tipo de altibajos que estaba buscando. El sexo era divertido, el sexo llenaba los huecos de mi vida cuando estaban vacíos. Podía contar con un dedo la cantidad de relaciones verdaderamente comprometidas que había tenido.

Al estar en la industria de la moda, no había escasez de mujeres exquisitas para llevar a la cama por la noche, o algunas veces más. Uno de mis mayores problemas era la variedad; simplemente había demasiadas para elegir. El otro gran desafío era un miedo profundamente enterrado de acercarme demasiado. Lauren era, según todos los estándares, una de las mujeres más bellas del planeta. La conocí en la pasarela durante la semana de la moda. Llevaba este

ridículo vestido de pavo real, el tour de force de un diseñador en su debut, que la iluminaba como un póster del Cirque du Soleil; sexy, intrigante, evocadora. Era una imagen que te hacía pensar en sus largas piernas dobladas sobre las tuyas, retorciéndose fácilmente para adaptarse a tu “amor”.

En realidad, no se parecía en nada a la imagen que yo y muchos otros que la elogiaron vimos en nuestras mentes. Era tímida y encantadora. Me rechazó demasiadas veces como para contarlas, así que me conformaba con su amistad. Era mi primera y única amistad con una mujer, y deseaba desesperadamente follármela. La amistad no significaba que no intentara dejar que mi polla tuviera una oportunidad; lo intentaba a menudo. Era bueno intentándolo. Siendo rico, hice mucho más que vino y cena con ella. Subí la apuesta con unas vacaciones sorpresa a Bali, viajes de fin de semana a Marruecos en mi jet privado, un Mercedes nuevo y un cachorro.

Trabajaba duro para ganarme su confianza y, finalmente, su amor, lo que me llevó al momento glorioso, un año después, cuando pasamos un día entero en la cama de un hotel de Nueva York. Follamos tan fuerte que ambos estábamos demasiado doloridos para movernos al día siguiente, así que, en esencia, fueron dos días gloriosos en la cama.

Ella me hizo señas para que saliera de mí, y derribé paredes que eran altas y gruesas, solo para poder desnudar mi alma. Estábamos enamorados y era aterrador. Lauren seguía trabajando y yo también. Ella era una chica de la Costa Este y yo un chico de la Costa Oeste. No queriendo reclamar demasiado de su independencia, logramos negociar bastante bien el asunto de la larga distancia. Confiaba en ella y, a su vez, era digna de confianza. Incluso, consideré el matrimonio hasta que recibí la llamada telefónica. Aún puedo recordar cada palabra, a pesar de que fue hace casi cinco años.

“Hola, ¿puedo hablar con Xavier Dean, por favor?”, preguntó una voz oficiosa.

Era una voz sombría, una que envió una conmoción de terror a través de su cuerpo sin siquiera saber el motivo de su llamada.

“Lamento informarle, señor, que Lauren McClure estaba en un pequeño avión de cercanías que se estrelló justo después del despegue esta mañana. Ella lo nombró como su pariente más cercano”, dijo la voz grave.

Iba a venir a San Francisco como todos los fines de semana. Le había comprado el boleto como le había comprado todos sus boletos de fin de semana. Usábamos un servicio de jet privado porque no la quería en vuelos comerciales. No era mi jet, sino uno encargado por mi empresa. Hubo un error del piloto en el despegue y todas las personas a bordo del avión murieron, incluida Lauren, la mujer más hermosa, amable y cariñosa que había conocido. Desde ese día en adelante, me aseguré de no volver a salir con una “Lauren”. En cambio, me decanté por encuentros de una noche sexy y superficial. El sexo y solo el sexo iba a ser mi juego. Si había una pizca de amistad involucrada, corría. Así que, después de pagarle al camarero por mi resaca líquida de alto grado, pasé directamente por delante de los mayores de pelo abultado y los excursionistas hawaianos vestidos con camisa, todos colgando sus esperanzas en un bandido manco, y me fui directo al trasero que me llamaba por mi nombre.

Esta mujer con el trasero perfecto tenía arrogancia, podría decir mucho por ella. Probablemente estaba un poco más borracha que yo; estaba inclinándose profundamente sobre la mesa de dados y riendo tontamente con otro jugador que estaba a su lado. No creo que estuviera tratando de hacer alarde de ese cuerpo perfectamente suntuoso porque estaba haciendo un buen trabajo sin ella. A la atracción se sumaba una naturaleza efervescente, sociable, hermosos ojos verde esmeralda y cascadas de cabello dorado. Alrededor de su cuello llevaba un curioso collar en forma de ankh convertido en mariposa.

Cuando me acerqué, noté que también era la ganadora actual, ya que tenía muchas apuestas detrás de su tirada. Cuando me uní a la mesa, estaba hablando de cómo Vegas se metía con el ritmo circadiano del cuerpo y por eso la gente jugaba tan desesperadamente. Todos los hombres, e incluso una mujer, la miraron con diversos grados de incredulidad, mientras ella continuaba

hablando de lo importante que son los ritmos naturales de nuestro cuerpo para nuestra salud mental.

¿Quién habla así en una mesa de dados en Las Vegas? Joder, la amaba. Era difícil de ver en la penumbra, pero mientras miraba, parecía tener un brillo ámbar; un bronceado saludable. Si bien en Las Vegas hacía calor la mayor parte del tiempo, toda su conducta tenía una cualidad tan azotada por el viento; no me sorprendería que hubiera pasado la mayor parte de su vida en la playa. Era demasiado alegre y con los pies en la tierra para ser una chica de ciudad, y demasiado sofisticada para ser del campo. Supongo que era una mezcla de algún tipo. Cualquiera que fuera su razón para estar aquí, iba a ser mi misión averiguar más. Esta noche, ella sería mi premio gordo.

Se reía con el jugador a su derecha, su cabello rebotaba suavemente mientras sus hombros latían con una risa que casi sonaba genuina. Giró la cabeza y sus ojos miraron los míos. Hubo fuego. Sabía que era un hombre guapo, que no necesitaba nada más que mi mera presencia para despertar el interés. Quizás me reconoció; estaba esa valla publicitaria, y yo estaba en algunos comerciales. Mi rostro estaba en todo nuestro marketing, así que si conocías a Diseños Xavier Dean, conocías a Xavier Dean.

Estaba acostumbrado a tener el control y era naturalmente dominante. Ella sintió esto de inmediato, pero nuevamente, siendo ella, no se demoró en considerarme. En cambio, sus delgados dedos arrancaron los dos dados que quería para su lanzamiento y sensualmente dejaron que los cubos blancos cayeran en su delicado agarre.

Sus brazaletes repiqueteaban suavemente mientras masajeara los dados, considerando que su tirada quizás, o más probablemente, empleara un medio de seducción extrañamente efectivo. Si bien sus ojos nunca se desviaban hacia los míos, ella estaba allí conmigo. El calor de su cuerpo irradiaba y podía oler la tenue lavanda en su perfume. Todo en ella era poesía. Si bien podía haber estado borracha, solo la hacía más fluida, más lírica. No arrastraba las palabras ni era descuidada, sino suave y sedada. Todos en la mesa estaban hipnotizados con ella de una manera

etérea. Yo no lo estaba. Era un toro furioso; mi polla se endurecía con su cercanía. Su olor me volvía loco.

Quería tomar la palma de mi mano, forzarla a cruzar la mesa y dejar que los dados cayeran fuera de su seductora mano. La tomaría rápido y con fuerza por detrás, rompiendo su desconcertante seducción mientras ella jadeaba y gritaba de éxtasis. Hacía todo lo que estaba en mi poder para evitar actuar según mi fantasía. Ponía la oferta máxima en la línea de pase, y esto me daba algunas miradas curiosas, pero no de ella. Se inclinó un poco más sobre la mesa mientras su vestido se levantaba hasta su muslo. Luego, su mano se alzó frente a ella enviando los dados a volar.

“¡Siete!”, gritó el crupier, y cada uno de nosotros ganó con su lanzamiento.

Una sonrisa cruzó sus labios y fue entonces cuando se volvió para mirarme; sus ojos hicieron contacto directo con los míos. Mi polla casi atraviesa mi cremallera.

“Siete”, dije con voz ronca, confiada y seductora mientras me inclinaba hacia ella.

Levantó la barbilla hacia la mesa, indicándome que hiciera otra apuesta, pero nunca dijo una palabra. Nuevamente, puse el máximo cuando ella sacó un ocho y me miró de reojo con una sonrisa sarcástica mientras sacaba otros ocho. Un rayo de electricidad atravesó la mesa mientras todos recogían sus ganancias. Tomé la mitad de mis fichas y dejé otra oferta máxima en la línea. Ella hizo una puja modesta y se volvió para responder una pregunta que le había hecho el hombre a su lado. Tenía cuarenta y tantos años, más allá de su edad de atractivo, como lo evidenciaba la barriga apenas disimulada por su ropa mal ajustada. Sin embargo, su sonrisa era amable y el tirador no parecía de los que se comportan de forma grosera.

“Buena victoria, pequeña dama”, resumó. “¿Crees que puedo invitarte a una bebida? Seguro que me gustaría dar las gracias”, añadió como justificación.

Todo era una auténtica estupidez. Él quería estar en sus pantalones tanto como yo. Me reí.

No hay nadie con quien rivalizar. “Te compraré un Ferrari”, me jacté con una tranquila seducción.

No estaba seguro de que me oyera hasta que sus ojos verde esmeralda me apuñalaron de nuevo.

“Te obligaré a hacerlo”, dijo. Su voz era rica y profunda, inesperada.

Aunque era despreocupada, era una experta en seducción. A ella no le importaba una mierda nadie en la habitación, ni siquiera yo; eso es lo que la hacía tan notable. Después de que todos hiciéramos nuestras apuestas, lancé los dados. Si bien el Craps era un juego de azar, puse demasiado en el lanzamiento. Ambos dados chocaron contra las paredes de la mesa y cayeron a ojos de serpiente.

“¡Serpientes, mierda!”, gritó el comerciante.

Todos en la mesa perdieron. No podría importarme menos; el dinero no era nada. A ella tampoco parecía importarle, pero su energía había cambiado con la velocidad de la luz de una sirena sexual indiferente a un jugador de dados aburrido. Tomó su dinero ganado y se alejó de la mesa, lista para moverse a otra parte.

“¿Te vas?”, le pregunté tratando de detenerla sin tomarla de su brazo.

“Tengo sed”, dijo con una sonrisa.

“Déjame invitarte a una bebida. Es lo menos que puedo hacer por perder tu dinero. Fui sociable y juguetón. Era algo doloroso, pero pensaba que combinar su estilo podría funcionar.

“Perdí cinco dólares”, dijo. “Una bebida nunca será suficiente para curar el dolor”, ejecutó esta frase con una cara perfectamente seria.

“Ah, eso es trágico”, dije. “Solo perdí cinco mil, lo mínimo que puedes hacer es dejar que un pobre perdedor como yo te compre una bebida de diez dólares”. Le dediqué una sonrisa seductora, para que no se perdiera el significado.

No quería ser su amigo esta noche a menos que fuera su compañero de sexo. Tenía toda la intención de que nuestra bebida de diez dólares tuviera algunas ataduras muy gruesas. Ella debe haber sentido esto mientras se alejaba un poco de mí.

“Gracias, pero creo que deberías ahorrar tu dinero”. Seguía jugando conmigo, pero con cautela.

Pude ver la atracción en sus ojos. No había duda de la forma en que se habían empañado, y sus labios rosados y regordetes se separaron. Supuse, sin embargo, que su subconsciente estaba siendo volado entre el diablo en un hombro y el ángel en el otro, con uno notando que yo era la cosa más sexy de la habitación, y el otro completamente convencido de que era un asesino en serie encantador.

“Tengo bastante. Debería estar bien”. Sonreí y le tendí la mano. “Soy Xavier Dean, ¿y tú eres?”

Instantáneamente lamenté presentarme de esa manera. Mientras reproducía el momento en mi cabeza, no había forma de escapar de lo juvenil que era el acercamiento; como decir: “Tengo mucho dinero y soy famoso”.

Quizás ella no había oído hablar de mí. Ver sus ojos brillar y luego recuperarse confirmó que sabía quién era yo.

“Hola”, dijo. “Soy Arcadia Jones. Amo tus boxers; me los pongo para dormir”.

¡Joder, ella era todo!

“Bueno, no el mío, seguramente”, la tenté con una oscura y seductora dominación. “Al menos aún no”.

“No, el tuyo no”, respondió con seca seducción. “Tengo el mío”.

Capítulo 2

Arcadia

Ah, Dios mío. ¡Xavier Dean! El diseñador de moda más popular del mundo. Por supuesto, sabía quién era. Lo supe en el momento en que se acercó a la mesa. Era mucho más sexy en la vida real. Tenía un rostro fuertemente esculpido con ojos azul hielo y cabello castaño despeinado. Sabía que tenía poco más de cuarenta años, pero tenía un aspecto único y atemporal, que me recordaba a la portada de una novela romántica. No es una novela guarra, sino una en la que el héroe hace perder la cabeza a la heroína, siendo perfecto y elegante.

No quería volverme fanática de él, y sabía que si lo dejaba entrar, haría lo que quisiera. Por cierto, sus ojos me estaban mirando, definitivamente había algo en el menú. El hombre era una valla publicitaria para el sexo; literalmente. Había uno justo afuera del hotel. Sus anuncios eran calientes, su ropa era más caliente y fue el número cinco en la lista de los diez hombres más sexys de América 2018. Estaba tan jodida. Si no me alejaba de él en ese mismo momento, nunca saldría con mi virginidad intacta.

No era exactamente virgen; había tenido sexo un par de veces, sexo sin complicaciones, febril y clandestino. Mi papá era un bruto. Había asustado a más hombres de los que podía contar. Por lo general, me gustaban los surfistas, pero no eran rival para mi padre empresario, que tenía vínculos con la mafia. Era sobre todo un hombre de negocios astuto que se juntaba con gánsteres, pero eso asustaba a la gente de todos modos. Sabía que algo de lo que hacía era turbio, por eso era reacio a venir en nuestro viaje de “papá e hija” a Las Vegas, donde me abandonó inmediatamente después de registrarnos en habitaciones separadas.

Estaba aburrida de jugar en las máquinas tragamonedas, así que traté de conseguir entradas para el Cirque Du Soleil, pero se agotaron. Se suponía que debía verlo con mi papá, pero lo había esperado demasiado y no quedaban boletos. Pedí una bebida que debieron haber usado para

encurtir cadáveres y tiré por la borda toda precaución. Estaba en Las Vegas, y mi padre me dejó tan pronto como llegamos aquí. Así que estaba tentado al destino, y parecía que el destino estaba de pie frente a mí con ojos ardientes que decían “fóllame duro”.

Realmente usaba calzoncillos de Xavier Dean para ir a la cama. Los amaba absolutamente. Sabía vestir a un hombre, pero las mujeres también usaban su ropa. Una vez fue citado diciendo que amaba la forma en que las mujeres poderosas se veían en sus jeans. También había leído que era bastante conocido por tener una serie de amantes maravillosas; mujeres de todas las formas y tamaños. Sin embargo, por los ojos azules ardientes que me miraban esperando una respuesta, parecía haber puesto su mirada en mí por esta noche.

El problema de decir que sí a la bebida era que realmente no tenía la experiencia para ser tan genial y perfecta como se suponía que debía ser en ese momento. Tenía tantas ganas de aterrizar con este hombre y, sin embargo, las aventuras de una noche no eran algo que pensara que disfrutaría. Tenía veintinueve años y era reacia a crecer y poseer la sexualidad liberada de una mujer. En cierto modo, quería la libertad sexual y, sin embargo, sobre todo quería al príncipe en un caballo blanco. Vegas era el reino de las aventuras de una noche, así que me relegué a disfrutar de la vista.

“El camarero aquí hace una malvada 'araña lateral'. Un nombre espeluznante, pero es delicioso. Es lo menos que puedo hacer por perder”. Me guiñó un ojo y luego se acercó a la barra, sin esperar siquiera mi respuesta.

Corrí para alcanzarlo. “Creo que he bebido lo suficiente”, finalmente encontré el descaro para decirlo.

Se dio la vuelta y me miró mientras el camarero estaba vertiendo una bebida púrpura en una coctelera helada.

“Solo uno más no te matará”. Su voz profunda irradiaba, mientras su mano rozaba el

costado de mi cuerpo, pasando rápidamente sobre mi pecho, y luego encontrando mis caderas.

La otra mano también se plantó en mis caderas, y sentí un momento de pánico cuando me subió suavemente a un taburete alto. Maldita sea si mis piernas no se abrieron por el impacto de ser izada. Aproveché la oportunidad para deslizarse entre ellas, y la fina lana de sus pantalones rozó mi muslo desnudo.

“Podría”, contesté dejando que mi mano se posara en su pecho, advirtiéndole suavemente que se quedara quieto.

Ya estaba sintiendo que me estaba mojando con él tan cerca, y aunque no era de las que miraban fijamente, había notado que una erección bastante acerada se había formado elegantemente en sus pantalones hermosamente confeccionados. Fue un atrevido movimiento deslizarse como lo hizo, pero en su defensa, el bar estaba lleno. Se las arregló para conseguirme el único taburete mientras era golpeado en la espalda por una mujer grande y bastante ruidosa que llevaba un vestido estampado de flores. Ella se reía y ondulaba con otra amiga. Observando desde más cerca, estuve bastante segura de que los roces accidentales de su trasero contra el suyo fueron cien por ciento intencionales. Casi derribo mi propia barrera de mano para darle al pobre hombre un respiro de su ataque, pero no era realmente tan generosa; aún.

Se palmeó la mano en el pecho que le impedía poseerme y ofreció una sonrisa diabólica.

“Aquí están sus bebidas, Sr. Dean”, dijo el cantinero, inclinándose sobre la barra para entregarle dos copas grandes de martini e interrumpiendo lo que Xavier estuviera a punto de decir o hacer.

Cuando se volvió para recoger las bebidas, sus pantalones rozaron mi rodilla, dándome una sensación de su polla debajo de la tela. Era enorme y pedregosa. El trasero con estampado de flores golpeó su cadera cuando hizo una salvaje gesticulación que provocó que nuestras bebidas salpicaran. Estaba feliz por la diversión, ya que me estaba poniendo muy caliente y molesta con su

polla presionándome de la forma en la que lo hacía. Se volvió hacia la mujer con una mirada enojada.

“Disculpa”, dijo con brusquedad.

No quería conocer su lado malo; parecía que podía meterse en problemas si era tentado. Ella se dio cuenta de inmediato.

“Ah, lo siento mucho”, dijo efusivamente.

Su rostro se suavizó un poco. “Está bien”.

“Oye, estás... quiero decir, sé que es extraño, pero te pareces a Xavier Dean, ese diseñador. Hay una gran foto tuya en el vestíbulo del Palacio Cesar con un traje muy sexy y todas esas mujeres... deben ser amables”. Estaba parloteando borracha, con el rostro enrojecido y enamorada.

“Ese no soy yo”, dijo con una sonrisa de dolor antes de volver su atención hacia mí.

Mis ojos estaban muy abiertos y reprendiendo juguetonamente cuando me entregó mi bebida. “Acabas de mentirle a esa pobre mujer”, le susurré, regañándolo.

“A veces miento”, confesó, luciendo sexy, pero también dulce; era una extraña mezcla de contradicciones.

Sus ojos miraron rápidamente hacia mis piernas desnudas mientras el gran trasero detrás de él se domesticaba un poco. Hablaba en voz baja con su amiga, pero sonaba disgustada. Debí haber sabido que estaba mintiendo, y esto la enfurecía. Independientemente, ella no le había dado mucho espacio, así que abrí mis piernas, tomé la bebida de su mano y le di una sonrisa de consentimiento, lo que le dio la oportunidad de acercarse. Dio un paso y entonces estuve a centímetros de su rabiosa polla. Hice todo lo que estaba en mi poder para conectarme con sus ojos y tratar de olvidar cuánto lo quería dentro de mí. Como persona lujuriosa, loca y borracha que era,

estaba lista para tirar por la borda todas mis inhibiciones por una noche con Xavier Dean. ¿A quién le importaba si yo sería la mujer número cien y lo que sea? Era demasiado sexy, todo.

“Pruébalo y dime lo que piensas”. Su voz era suave y seductora.

Estaba tan feliz de que no dijera: “Salgamos de aquí y follemos”. Por supuesto, no iba a decir eso. En mi fantasía, no íbamos a estar mucho tiempo en este bar. Yo era un desastre. Bebí un sorbo de la bebida.

“Mmm, salado...” ¿Qué? ¿Qué diablos acabo de decir? Dios mío, Arcadia Jones. ¿Qué diablos te pasa?

El señor seductor captó mi insinuación de inmediato. Debo haber parecido una ramera.

“He oído que en realidad es bastante dulce”. Sus ojos ardían mientras se acercaba. Su furiosa erección estaba haciendo contacto directo con mi centro húmedo que goteaba. Joder, joder, joder.

“Excelente”. Le dediqué una sonrisa infantil enloquecida. “Beberé siete”. Bebí un buen trago del potente licor, lo que me garantizaba la embriaguez y quizás un cierto sentido de autoconservación.

“Estos están bastante cargados; creo que siete podrían llevarte al hospital”. Sonrió y me quitó el vaso, ya que ya había bebido la mitad. “Es posible que desees reducir la velocidad”.

“Bien”, es todo lo que pude decir.

“Entonces, Arcadia Jones...” Sus manos subieron a mis piernas abiertas y las acarició suavemente justo por encima de la rodilla. “Cuéntame de ti”.

Respiré hondo, entrecortado. Inmediatamente notó mis nervios y retrocedió un poco. Habíamos pasado de “Hola” a aplastarnos el uno al otro bastante rápido, así que dio un paso atrás, dándole a mi coño un respiro que no estaba segura de querer. Sin embargo, mantuvo sus

manos donde estaban, y sus intensos ojos azules miraron mi alma. Me reí incómoda.

“¿Yo?” Respira, Arcadia. “Soy una surfista chic y estoy trabajando en una maestría en biología marina. La conservación de los océanos es lo principal, pero también soy una gran fanática de los cetáceos. En este momento, solo los estoy etiquetando. Espero estudiar sus hábitos en la naturaleza, para que podamos avanzar en nuestros esfuerzos de conservación”, dije en una frase tonta.

Podía ver el cambio en su expresión desde el momento en que dije que era una surfista hasta mi charla sobre las ballenas. No diría que era admiración exactamente; parecía más una confusión abrumadora. Cualquiera que fuera su respuesta, definitivamente no iba a ser la que esperaba.

“Wow”, suspiró mientras bebía un sorbo de su bebida. “De repente, me dan ganas de diseñar camisas y pantalones. No lo he estado haciendo”.

“Ah, Dios mío, eres Xavier Dean... ¿hola?” Ahora sonaba como una adolescente.

“Hola”, fue su respuesta entrecortada. “Es un placer conocerte, Arcadia Jones”, agregó mientras se inclinaba hacia mí de nuevo, con esa misma polla caliente y dura en mis partes privadas una vez más, recordándome cuánto quería ser poseída por él.

Me plantó un beso borracho en los labios que sabía a regaliz y alcohol fuerte. Sus labios eran suaves y húmedos, su barba incipiente y áspera. La yuxtaposición de texturas me mojaba aún más. Su lengua se metía en mi boca lenta y tortuosamente; era bueno. Sabía cómo volver loca a una chica. Había pasado demasiado tiempo para ir a este ritmo; sin embargo, era inteligente. Si él no iba a apresurarse, yo tampoco. Combiné su deliberación delirante con la mía y lo sentí endurecerse con cada lánguido remolino de mi lengua. Mis piernas se abrieron un poco más para acomodarlo. Era un movimiento de ramera, seguro; me estaba volviendo loca, pero se sentía tan bien.

Podía oír al camarero reír en un rincón. Debería ver a la gente besarse y machacarse en su

bar casi todas las noches de la semana. Después de todo, era Las Vegas. No estaba segura de por qué podríamos ser una excepción, pero él parecía prestar especial atención a nosotros.

Probablemente era porque Xavier era famoso.

Para cuando terminamos nuestro beso, nos había dado dos bebidas más. Cogí mi primer trago y lo vacié necesitando el superpoder líquido. Aunque aún estaba bastante borracha, mantener la ebriedad iba a ser una necesidad si tenía la intención de pasar la noche.

Capítulo 3

Xavier

Entonces la pequeña zorra era bióloga marina. Una mujer inteligente y ardiente que también besaba bien, con una boca suave y deliciosa que sabía a caramelo mezclado con nuestras malvadas bebidas de regaliz. Era compleja, interesante, más que algo para entretenerme por la noche. Solo quería disfrutar el momento. Damon me había dicho repetidamente lo importantes que eran los momentos para disfrutar. Por lo general, los dejo volar, pero ella era algo para saborear.

El camarero nos dio una segunda ronda de bebidas de la casa; supongo que estaba disfrutando del espectáculo. Bebíamos nuestros tragos mientras mis dedos hacían círculos perezosos alrededor de la piel suave de sus rodillas y la parte inferior del muslo. Ah, cómo quería llegar más lejos. Su piel era como seda cobriza. Solo podía imaginar que su coño sería un paraíso de terciopelo. Esperaba que me dejara entrar. Aunque inicialmente se resistía a mi cercanía, finalmente dejó que mi entrepierna descansara en la curva de la suya. El bar abarrotado, siendo la mejor excusa para nuestra falta de espacio personal, era una oportunidad perfecta para darle un adelanto. La detestable mujer detrás de mí había sido recibida por dos amigos más, estrechando aún más el espacio entre nosotros. Todo se estaba volviendo un poco sofocante, pero no quería dejar el calor entre las piernas de Arcadia. Así que hicimos un brindis por nuestra segunda ronda de bebidas y tratamos de hablar por encima del ruido.

“¿Por qué estás en Las Vegas?”, gritó por encima del ruido, con los ojos brillantes y borrachos.

“Despedida de soltero”, respondí secamente.

Sus ojos se abrieron en estado de shock, y la sentí alejarse de mí, desconectándonos. Debió

haber pensado que la despedida de soltero era para mí. “Para un amigo”, aclaré, no queriendo perderla.

Sonrió.

“¿Y tú?”, pregunté mientras su teléfono se encendía por millonésima vez.

Había estado sonando toda la noche, pero nunca hizo un movimiento para responder. Incluso con esta última llamada, simplemente la miró y volvió a mirarme. Definitivamente estaba evitando a alguien. Esperaba que no fuera un novio, pero la frecuencia y la cantidad de llamadas que estaba recibiendo gritaba “novio”.

“Viaje de papá e hija. Simplemente, mi papá me abandonó hace como cinco horas”. Miró su teléfono. “Ese era él ahora. Quiere que vuelva a la habitación, pero no voy a ir”, hizo un puchero. Parecía una respuesta infantil, pero era evidente que se estaba fortaleciendo ignorando a su padre. “No soy una marioneta; tengo mejores cosas que hacer ahora”. Me mostró una hermosa sonrisa. “Se suponía que debía venir a cenar y no se presentó. Luego, nos perdimos el espectáculo del Cirque porque se suponía que debía comprarnos entradas y no lo hizo. Así que no, no voy a subir a la habitación. Probablemente sea algo poco convincente, de todos modos”. Bebió otro sorbo de su bebida.

Bueno, no era un novio; eso era un alivio. Sin embargo, su padre parecía estresarla, ya que inmediatamente se tensó.

“¿Quieres salir y tomar un poco de aire? De repente está demasiado cargado y lleno de gente para soportarlo”, ofrecí.

“Sí, un poco de aire estaría bien”. Saltó del taburete, vacilando un poco en su embriaguez, pero yo no era nadie para juzgar; ciertamente no estaba mucho menos borracho.

Una vez afuera, ambos nos alegramos del aire caliente de la noche. No era exactamente tan refrescante como esperaba, pero considerando que habíamos estado respirando aire reciclado

durante horas, estar fuera del casino era infinitamente mejor en todos los sentidos. Me encantaba que tuviera una reacción similar al estar libre de la sala de juego.

“Ah, Dios mío, me sentía como si me estuviera asfixiando allí”, dijo. El alivio se apoderó de su hermoso rostro.

Finalmente pude verla con un poco de luz más natural mientras sus ojos esmeralda brillaban a la luz de la luna, así como también su piel bronceada. Una surfista, ¿eh? Ella era genial en formas que las mujeres que había conocido antes nunca podrían imaginar. Salí con modelos, muchas. Muchas modelos, actrices, músicos, una ejecutiva aquí y allá, pero una surfista chic que tenía una “cosa por las ballenas” bueno, era una novedad absoluta para mí. Puede haber sido la bebida o puede haber sido el aire caliente de la noche, y lo más probable es que fuera la hermosa criatura delante de mí, pero por alguna razón, me sentía electrizado y muy borracho.

“¿Ahora dónde, princesa?” Por lo general, nunca dejo que la mujer tome la iniciativa, pero me sentía generoso y curioso, ¿adónde iría ahora esta zorra de espíritu libre? “Tu decisión. Yo gané dinero pero, lamentablemente, tú no ganaste nada. Tú decides el precio”.

Se rió y sus ojos se deslizaron hacia una mirada ardiente. “Fueron sólo diez dólares”.

“Estoy a tu merced. Tienes hasta la mañana; haz lo que quieras conmigo”, dije. Si se le ocurría algo que yo no quería hacer, lo más probable era que no lo hiciera, pero me sentía salvaje y quería ver a dónde nos podía llevar la parte indómita de mí que acababa de desatar.

Su rostro se contrajo en una sonrisa. “¿Algo, algo?”, preguntó.

Tragué saliva. “Dentro de lo razonable”.

Su rostro se entrecerró en una especie de seducción siniestra mientras estiraba las extremidades por encima de la cabeza y hacia los lados, quizás preparándose para nuestra próxima aventura o para resolver los problemas; no estaba realmente seguro. La longitud de su torso y sus delgados brazos eran poesía. Sus pechos estaban tensos y atrevidos y se erguían

firmes. Hice todo lo que pude para no acariciarlos allí mismo, en medio de la acera. Estaba tan dispuesto a invitarla a venir a mi habitación de hotel, pero eso era lo habitual; quería algo más esta noche, algo a su nivel.

Una chispa cruzó su rostro. Tomó mi mano como una adolescente entusiasmada y me hizo correr a través del tráfico, que seguía siendo bastante pesado a pesar de que era casi medianoche.

“¿A dónde vamos?”, pregunté, siguiendo su paso.

“Verás...” Fue todo lo que me dio.

Mientras nos hacía cruzar la calle en ángulo, mi corazón comenzaba a latir con fuerza en mi pecho. Frente a nosotros, tres escaparates a la izquierda, había un pequeño agujero de mal gusto en la pared con letras descoloridas sobre la puerta: COMERCIO DE LA PIEL. ¿Tatuajes?

“No”, protesté mientras ella me arrastraba por la puerta. “Esto es una locura. Lo retiro, vayamos a un bar tranquilo y tomemos otra copa. Ya no estás a cargo; no se puede confiar en ti”. No estaba en pánico exactamente, pero me estaba acercando al pánico, que trataba de cubrir con una rara clase de alegría de mi parte.

Dijo, de una manera extrañamente psicótica: “Tenemos que hacernos tatuajes”.

Comenzaba a poner mi pie en el suelo cuando ella nos empujó a través de la puerta. Una campana en el techo sonaba para alertar al hombre fuertemente tatuado en el mostrador, que los clientes habían llegado.

“Queremos tatuajes”, le espetó al hombre que estaba sentado leyendo una revista especializada, con aspecto cansado y aburrido.

“Sorpresa”, dijo sarcásticamente.

“Ella quiere un tatuaje”, le corregí. “Solo estoy aquí para mirar”. Le dediqué una sonrisa plástica. “Animar y ese tipo de cosas”.

Se rió de una manera sexy y alegre; ahora el artista tatuado se estaba dando cuenta. Maldita sea, estaba casi echando espuma por la boca cuando se inclinó sobre el mostrador y le dio un toque de los hermosos pechos que mantenía tan sueltos en su vestido.

“¿Y qué tienes?”, preguntó, fingiendo inocencia mientras su pie se deslizaba fuera de su sandalia y se enroscaba alrededor de su tobillo.

Sus uñas de los pies estaban perfectamente pulidas en un azul pálido y sus pies eran suaves y flexibles. Por ser surfista, seguro que cuidaba muy bien su cuerpo; estar en la playa todo el día podría afectar tu piel, pero no la de ella. De hecho, la idea de estropear esa piel perfecta con un tatuaje comenzó a parecer francamente criminal.

“¿Dónde estás pensando en hacerlo?”, interrumpí, preocupado de que pudiera manchar su hermoso tobillo con una marca indeleble.

El tatuador la miró, prácticamente echando espuma por la boca. “Estaba a punto de preguntarte lo mismo”, rezuma. “Pero quizás deberías consultar primero con tu novio”, dijo, sonando un poco triste.

Ella se rió, en realidad no, se rió a carcajadas: “Él no es mi novio”.

¡Maldita sea!

El tipo de repente pareció listo para saltar.

“No sé, ¿dónde debería hacérmelo?”, preguntó ella, provocando a su presa.

Estaba realmente encantado con Arcadia. No estaba coqueteando intencionalmente, aunque seguro que lo parecía. Estaba siendo ella, ligera, alegre, divertida, haciendo que todos en su mundo se sintieran especiales. Ese era su superpoder del que me di cuenta mientras miraba inocentemente un enorme libro de tatuajes que él había producido de la nada.

Mientras sus dedos rozaban hadas semidesnudas y dragones de aspecto peligroso, aterrizó

directamente sobre un delfín que salía del agua con la luna llena a la espalda. Era simple, elegante y hermoso. Si iba a tener algo permanente en su cuerpo, una bióloga marina en ciernes haría bien en elegir tal tatuaje. Sus ojos se iluminaron cuando lo vio.

“Ese es el indicado”, resplandeció y brilló, habiendo encontrado algo perfecto. “¿Es eso algo que puedes hacer?” Su voz era dulce y casi suplicante.

“Por supuesto que lo es”. Los ojos del tipo del tatuaje brillaron con orgullo. “¿Dónde lo quieres?” Sus ojos se posaron en su pecho y levantó la mano hacia ella como si fuera a tocarla, pero en lugar de eso, tocó la piel de arriba. “Se vería bien aquí”.

Joder, pendejo, quítale las manos de encima.

“Hmm”, se retorció, mientras su diminuto vestido fluido bailaba a su alrededor, con gracia. Se miró a sí misma y no pude contenerme más. Tenía que ser parte de esto; la forma en que el tatuador la tocaba, pensando que podría haber tenido una oportunidad en el infierno con ella, me hizo querer blandir una espada y salir a golpear. Estaba listo para defender el honor de una mujer a la que conocía desde hacía una hora y media. Trataba de pensar en el lugar más seguro en el que podría darle una marca, y a pesar de mis pensamientos anteriores en contra, pensaba que el tobillo era el lugar menos sexy de su cuerpo.

“Creo que deberías ponerte uno pequeño en el tobillo, cariño”, sugerí, acercándome más. “De esa manera, si quieres taparlo, usa calcetines”.

Su hermoso rostro se iluminó con una sonrisa cuando consideró mi sugerencia.

“O en tu pecho y simplemente usa un sostén”, tiró el neandertal tatuado allí.

Le di una mirada que apuñaló su rostro con dagas. “Creo que yo también podría hacerme uno”, dije, deslizándolo el libro lejos de Arcadia.

“¿De verdad?” Sus ojos se iluminaron.

“¡De verdad!” Miré al chico del tatuaje.

Esperaba que retrocediera, pero en cambio, se hinchó y se convirtió en el doble de su tamaño. No estaba muy interesado en que me pusiera una aguja en la piel, pero la bebida me estaba volviendo más atrevido de lo que debería haber estado.

“De hecho, cariño, yo iré primero”, dije, quitándome la chaqueta deportiva y doblándola cuidadosamente sobre la silla de acero y vinilo hecha jirones.

El lugar rezumaba energía sexual oscura y odiaba pensar en lo que se podía haber hecho en las sillas. Una tintorería definitivamente iba a estar en mi futuro cercano.

El tipo del tatuaje me miró con una profunda falta de entusiasmo. “¿Qué deseas?”, se burló.

Me subí la manga. “El nombre Arcadia tatuado en mi bíceps”. Me acerqué al libro y pasé a las fuentes: “Angel Tears”. Parecía melancólico pero apropiado. Me gustaba el aspecto de las letras.

“Ah, Dios mío, X”, exclamó Arcadia, acertando mi nombre a un nombre monstruoso. Yo no era “X”. No era lo suficientemente genial para tal apodo, y sin embargo, saliendo de su hermosa boca, quedaba tan jodidamente sexy.

“Es hermoso”. Sus ojos se empañaron en una neblina intoxicada.

Esto era divertido. Mi polla me estaba quemando los pantalones, y estaba bastante seguro de que tatuarme el nombre de Arcadia en mi bíceps me iba a dar un pase gratis al país de las maravillas. Me la estaría follando en una hora. Por ese solo pensamiento valía la pena el dolor insoportable que experimentaba. Maldita sea, me dolía. Estoy bastante seguro de que mi rival, el tatuador, estaba buscando el máximo dolor e incomodidad. Sin embargo, cuando todo terminó, su trabajo no era tan malo. Tenía un recuerdo delicado y muy doloroso de la noche, estampado en mi bíceps para siempre.

Arcadia gritó de alegría cuando vio la marca cruda y llena de ronchas. Se inclinó y le dio un tierno beso al tatuaje blasonado. Sentí mi polla saltar. “Valió la pena”, me dije a mí mismo, sintiéndome un poco menos borracho y un poco más asustado cuando me moví de la silla, confundido y mareado, y ella tomó mi lugar. Me senté y vi cómo su atractivo sexual rezumaba por toda la habitación. Decidió que el tatuaje debería ir en su tobillo. El tipo del tatuaje pensaba que la parte interna del muslo era una mejor opción, sugiriendo claramente que esto me cabrearía de una vez.

Me paré y me quedé flotando mientras él le abría las piernas, y su vestido caía ligeramente por las rodillas y se deslizaba por sus muslos. Tenía una vista increíble de sus bragas de seda púrpura y la magnífica pendiente de la parte interna del muslo abriendo un camino hacia el cielo entre ellos. Me incliné sobre el hombro del tipo del tatuaje dándole un leve codazo mientras enderezaba su vestido y se lo ponía de nuevo sobre las rodillas. Con mi mano libre busqué una silla, tomé el apoyabrazos con las yemas de los dedos y lo arrastré hacia ella. Podía ver el miedo en sus ojos mientras los movimientos hacia adelante del tipo del tatuaje eran sutilmente inquietantes y, como el mío, probablemente su zumbido se estaba desvaneciendo y estaba perdiendo el valor. Tan pronto como acerqué mi silla, se relajó.

“Lo estás haciendo muy bien, cariño”, le animé mientras pasaba mi mano por su brazo desnudo. Mis movimientos eran lentos y sensuales; ella se derritió.

“Mmm”, gimió.

Era en parte gemido y en parte chillido de terror sofocado detrás de labios y dientes. Conocía el sentimiento.

“No duele tanto. Te acostumbrarás”, dije seductoramente mientras le susurraba al oído.

“Sí, prometo ir despacio”, dijo el tipo del tatuaje, sonando demasiado jodidamente sexual.

Me acerqué más.

“Sólo relájate”, dijo mientras encendía la máquina de tatuajes y la colocaba suavemente sobre su piel.

Su espalda se arqueó con el dolor inesperado, y tomé su mano, sosteniéndola cerca mientras se mordía con fuerza el labio. Era una imagen que no podía quitarme de la cabeza. Quería ver esa cara exacta cuando mi polla la empalara por primera vez. No pude negar mi excitación cuando la polla, que estaba furiosa por un empalamiento, sobresalió notablemente a través de la fina lana de mi último diseño de pantalones casuales. La polla del chico del tatuaje no era menos prominente; la única diferencia era que la mía iba a marcar y la de él no. No había forma de que me fuera de Las Vegas sin una profunda excavación del coño de Arcadia Jones.

“Ay, ay, ay”, Arcadia se retorció en la silla.

En un impulso me incliné hacia su boca, dándole un beso sensual y caliente. Mi lengua se deslizó hábilmente detrás de sus dientes y sondeé su suave humedad. Gimió en mi boca abierta mientras su cuerpo se movía hacia mí.

“Quédate quieto”, ladró el ahora muy perturbado chico del tatuaje.

Me estaba divirtiendo cuando mi mano encontró su camino hacia el muslo de Arcadia y suavemente subí su vestido por su pierna, ofreciéndole al chico del tatuaje una vista de algo que nunca iba a tener. Con la forma en que Arcadia estaba llorando, solo podía imaginar que él también podía ver y oler la humedad que la mojaba mientras seguía moviendo mi lengua alrededor de su boca; saliendo y presionando hacia atrás entre besos suaves en sus labios, mejillas y cuello. Ella era un remolino de energía caliente que se encendía bajo mi atención.

“Ah, Dios mío”, exhaló casi inaudiblemente.

Todo esto estaba lejos de ser normal para mí. Quiero decir, excitar a una mujer estaba en mi camino, pero besarla mientras sus piernas estaban abiertas frente a un tatuador era, sin duda, la primera vez. Era un poco libertino incluso para mí. Por lo general, sacaba a una mujer para una

comida increíble, la arrastraba por una pista de baile o charlaba en una fiesta, y siempre terminaba en una suite en el ático de un hotel de cinco estrellas por la noche. Nunca llevaba a casa a las mujeres con las que me acostaba. Mi hogar era mi santuario; mi hogar era donde podía ser yo mismo y ninguna mujer, al menos ninguna que hubiera conocido desde Lauren, era digna de saber la dirección de mi casa.

Mientras seguía besando a Arcadia, estaba encantadora pero borracha. Tenía un potencial increíble, pero eso no era todo. Ella era una valla publicitaria iluminada en la tira, sexy, con aerógrafo y una fantasía perfecta. El tatuaje solo tomaba unos veinte minutos, y me di cuenta de que el chico del tatuaje se había molestado rápidamente con nosotros, así que aceleró las cosas. Afortunadamente, era bueno en su trabajo, o me habría negado a pagar, considerando que sus modales al lado de la silla eran tan deplorables. Estoy seguro de que lo dejamos con una imagen agradable para masturbar su erección, ya que su polla era tan prominente que parecía dolorosa; me sentía victorioso.

Capítulo 4

Arcadia

El aturdidor mareo de la bebida comenzaba a enfriarse, al igual que las brillantes líneas rojas del tatuaje en mi tobillo. Realmente dolía, pero era hermoso. Me daba una sensación de paz. A pesar de que estaba dolorosamente hinchado y era algo que nunca había considerado hacer en un millón de años, en realidad estaba feliz. Simbolizaba mi capacidad para lograr mis sueños. Esta noche era inesperada. Nunca hubiera creído en un millón de años que me haría un tatuaje con Xavier Dean. Y como nunca lo hubiera creído, no estaba planeando contárselo a nadie porque ciertamente tampoco lo creerían nunca.

Miré a Xavier, enfocando mi mente y mis ojos en sus labios sensualmente suaves. Me besó durante toda la experiencia del tatuaje; fue la cosa más romántica y sexy que había experimentado en mi vida. Mi corazón aún estaba saltando de mi pecho. Apenas podía respirar mientras me miraba con expectativas cargadas de lujuria que me apretaban las entrañas. Sabía que probablemente terminaríamos la noche juntos en la cama; sin embargo, sería mi primera y, con suerte, única aventura de una noche.

Realmente no era el tipo de persona que hacía algo así. Nunca me había dado la oportunidad. Pero ahí estaba él mirándome, con los ojos vidriosos y la respiración pesada. Todo en lo que podía pensar era en su pecho musculoso y sus grandes brazos perfectamente esculpidos que me levantaban en un abrazo, mientras me balanceaba contra su tambaleante polla, que sobresalía elocuentemente de sus pantalones.

El aire estaba electrificado con nuestra sensual necesidad del uno por el otro.

“Entonces”, dijo acercándose a mí y apartando mi mente de mis fantasías. “Creo que he

pagado mi abismal pérdida”. Frotaba mi brazo suavemente mientras se paraba lo suficientemente cerca para que yo pudiera oler el perfume que se desvanecía de su colonia con aroma a madera.

Mi corazón cayó al escucharlo decir algo que fácilmente podría convertirse en un “adiós”. Aunque su lenguaje corporal no me decía que nuestra noche había terminado, sus palabras parecían dirigirse en esa dirección.

“Mi brazo dice claramente tu nombre, Arcadia”. Inclino su bíceps perfectamente formado hacia mí.

Me reí incontrolablemente. ¡No podía creer que Xavier Dean tuviera mi nombre tatuado en su brazo! Eso por sí solo fue suficiente para mojarme, pero cuadré mis hombros hacia él y entrecerré los ojos con una sonrisa juguetona.

“Tu deuda no está exactamente pagada”, señalé, adoptando un tono realmente fingido.

“¿Qué demonios es esto?”, siguió el juego, presionando su bíceps tatuado más cerca.

Pensaba que se enfadaría, pero se estaba riendo.

“Fase uno”, sonreí diabólicamente.

“No estoy lo suficientemente borracho para más fases. Arreglemos eso primero”. Me devolvió mi sonrisa diabólica mientras pasaba su brazo alrededor de mi codo y me escoltaba al Venetian para otra ronda de bebidas.

“Beberé con usted, señor”, dije, tratando de mantener mi paso con su paso enérgico. “Pero si quiere salir conmigo esta noche, tendremos que casarnos. No tengo aventuras de una noche; soy una buena chica”. Me reí. Todo era muy divertido.

“¿En qué fase estaría el matrimonio?”, preguntó, con sus ojos expectantes y ansiosos.

“Ah, tres o cuatro”, rezumaba con astuta sensualidad.

“Va a ser una noche larga”, exhaló, pero no rompió su ritmo acelerado. Alguien estaba muy ansioso por meterse en mis pantalones.

El poder se sentía bien. Realmente nunca tuve mucho, así que tenerlo tan envuelto alrededor de mi dedo, aunque fuera un dedo borracho, era emocionante. Moví mis caderas, asegurándome de mover mi cuerpo de tal manera que todo se moviera sensualmente mientras casi corríamos hacia la barra.

Una vez dentro, encontramos un rincón tranquilo en medio del bullicio y el ruido metálico. Me miraba con deseo carnal. Si bien era un verdadero caballero y un famoso diseñador de moda, mirándolo ahora con poca luz, parecía casi salvaje.

“Vamos a beber”, coqueteé mientras pasaba mi mano lánguidamente sobre su pecho.

El calor irradiaba de él y, a pesar del dolor punzante en mi tobillo, nada me distraía más que mi pensamiento de meter la cabeza en ese pecho mientras él pulsaba dentro de mí, más y más profundamente. La idea envió un escalofrío por mi espalda. Él se retorció como si lo hubiera sentido o estuviera experimentando una atracción similar. Nos atraíamos el uno al otro de una manera indomable e inexplicable. Me incliné y le ofrecí otro beso, asegurándome de sentir su sabor. Su mano serpenteaba alrededor de mi espalda y acariciaba suavemente hacia arriba y hacia abajo, mientras trazaba los huesos de mi columna vertebral, deslizándose peligrosamente hacia abajo hasta que alisó el orbe de mi nalga.

“Vamos a ordenar”, susurró, rompiendo mi beso.

Dejé que mi mano cayera ligeramente de su pecho, y bailara deliberadamente sobre su polla mientras me volvía hacia la barra. Joder, era grande. Nunca había tenido un hombre con tanta virilidad. Tener una pequeña sensación fue suficiente para saber que era enorme; mi cuerpo

temblaba ante la idea de tratar de luchar contra su tamaño. Era un desafío que estaba más que dispuesta a aceptar con miedo.

Xavier pidió cócteles caros. Sabía que en realidad no necesitábamos beber más, pero parecía que los dos estábamos experimentando una especie de abandono imprudente que ninguno de los dos había intentado jamás. Nada te hacía más valiente que un Belvedere en las rocas con un toque de arándano. Las pequeñas tazas de plata líquida se sirvieron en vasos de martini helados con borde de azúcar. El primer sorbo fue el paraíso. Los siguientes tres vasos; euforia. Xavier definitivamente vivía en el estante superior y sabía cómo gastar su dinero. También sabía cómo emborrachar graciosamente a una mujer.

Era delicioso no tener que preocuparme por mi presupuesto ni por un minuto. Aunque mi padre pagaba, especialmente por un fin de semana de padre e hija del que había desaparecido rápidamente, siempre había condiciones. Si bien había una cuerda muy grande y descarada unida al vaso frío de delicia líquida frente a mí, era una a la que no me importaba estar atada. Dormir con un diseñador de ropa sexy y famoso, que era ingenioso, divertido y tenía tu nombre tatuado en el brazo definitivamente era excitante. Y si no quería pasar la noche con él, ninguna cantidad de dinero me impediría decir “no” y alejarme. Una bebida y un tatuaje no son suficientes para pagar un encuentro sexual no deseado. Pero en ese momento, mirando fijamente sus fascinantes ojos, no habría nada indeseado entre nosotros.

“Entonces, ¿cetáceos? Dime más”. Se inclinó hacia mí de nuevo, mientras bebía con una mano, y con la otra tocaba la parte interna del muslo. Su dedo giraba perezosamente.

Era dulce cómo quería saber más sobre lo que me interesaba y era difícil concentrarse con toda la necesidad sexual que estaba disparando en mi coño; tan peligrosamente cerca como su dedo.

“Creo que las ballenas son seres sensibles. Solo tienes que mirarlas a los ojos y saber que

son tan inteligentes e incluso quizás más inteligentes que nosotros”. Bebí un sorbo de mi bebida, esperando no haber empezado a aburrirlo con mi charla sobre criaturas marinas. “Cuando etiquetamos a las ballenas grises, normalmente se nos acercan, no tenemos que perseguirlas en absoluto. Lo mismo ocurre con las orcas y las jorobadas; todas quieren una conexión y comunicarse con nosotros de alguna manera. Es difícil de describir con exactitud, pero es mágico. Es como si te dejaran entrar en su mundo cuando las miras a los ojos, como si te estuvieran invitando a un lugar sagrado”. Le dediqué una sonrisa seductora y se rió entre dientes.

“Es gracioso cómo haces que las ballenas suenen sexys”. Su voz se convirtió en un húmedo ronquido mientras su mano se deslizaba más hacia arriba, acercándose a la zona de peligro.

Lo miré con burla y desprecio, no del todo lista para ir a donde se dirigía, y retrocedió un poco, pero mantuvo su fuerte dominio. “Soy un diseñador de moda famoso, óyeme rugir”, ese tipo de vibra. Sus ojos se encontraron juguetones con los míos. “Quizás no ahora, pero pronto”, parecían decir.

“Entonces, camisas con estampado tropical, dime de qué se trata todo eso?”, pregunté, para que dejara de hablar de mí.

Me preocupaba que la conversación se volviera aún más aburrida si nos centrábamos en mí y en mis intereses. Aún no era una narradora de ballenas. Trabajaba en la tienda de surf de mi papá dando clases de surf durante la semana. Los fines de semana me apresuraba a volver a casa para usar mi ordenador y terminar las tareas de mi maestría en biología marina. Ahorraba hasta el último centavo para pagar mi maestría y mi vida porque no quería que mi papá lo hiciera. Necesitaba que nuestras finanzas estuvieran mayormente separadas. “Tengo edad suficiente para vivir por mi cuenta” era lo que le decía constantemente cuando se ofrecía a pagar.

Estaba concentrada en triunfar en el mundo, lamentablemente no había mucho espacio para la emoción. Mi trabajo con las ballenas era increíble, pero era lo mío. Estoy segura de que a un

creador de tendencias como Xavier le importaba una mierda, relegando la conservación de las ballenas a los viajes de observación de ballenas de mal gusto y a las horribles exhibiciones de parques acuáticos. Ambos eran horribles en el mejor de los casos, pero también eran la razón por la que estaba interesada en las ballenas en primer lugar, por lo que tenían un punto débil en conflicto en mi corazón. Mi papá solía llevarme a cosas así todo el tiempo cuando era joven. Por entonces, yo era su preciosa niña. Aún lo soy, pero quizás ahora sea demasiado valiosa para él; era controlador y mezquino a veces.

Yo era su única hija. Mi mamá nos dejó cuando yo tenía nueve meses y él se subió al plato. Lo aprecio por eso. Odiaba a mi madre, pero a lo largo de los años, cuando hablaba de ella, me daba cuenta de que la había odiado mucho antes de que yo llegara, y parecía que el sentimiento era mutuo. Nunca supe de ella y no sabía nada de ella, aparte de que era una “ramera, mentirosa, infiel”. Palabras de papá. Todo eso me hizo querer trabajar, estudiar y prepararme para mi futuro. Xavier Dean, el Belvedere en las rocas y su mano errante era una buena distracción. No me había dado cuenta, pero realmente necesitaba un descanso de mi vida.

Mi padre no era un tipo horrible, no según los estándares de la mayoría de la gente, y era extraordinariamente rico, lo que mucha gente pensaba que era una ventaja total, pero yo no lo hacía; lo odiaba. Tenía negocios en todo el sur de California. Todo tipo de pequeñas tiendas y cafés, nada demasiado grande; la mayoría de sus negocios eran basurales junto a la playa. A menudo, me preguntaba de dónde venía su dinero. Su trato con la gente no siempre estaba al mismo nivel. Con frecuencia, había un desfile de hombres bien vestidos y algunas mujeres que frecuentaban sus establecimientos con toneladas de dinero, que entraban y no salían. Mi mente realmente no entendía mucho de eso, pero no veía que se intercambiaran bienes por las enormes sumas de efectivo en diferentes monedas que llegaban fuera de horario.

No tenía la astucia para saber realmente lo que estaba sucediendo, y mi padre se aseguraba de decirme que no era asunto mío, así que solo lo dejaba y me sentía con la sensación de inquietud

que me generaba. Aparentemente, nuestro fin de semana de padre e hija también iba a ser emparejado con una reunión de negocios. Estaba intentando instalar algunas cosas de energía eólica en Dana Point, por lo que este fin de semana también se reuniría con inversores. Esta fue la razón por la que estaba sentado al otro lado de la habitación del Sr. McDreamy Designer en lugar de ver el Cirque Du Soleil. Mi papá había llegado demasiado tarde después de la reunión y el espectáculo ya había comenzado. Lo esperé demasiado para conseguir las entradas antes de que se agotaran todas.

“Las cosas tropicales siempre van y vienen. Lo reutilizamos y alguien en la sala dice que es revolucionario porque es retro, basura o cliché. Personalmente, no soy un fanático de la moda, pero hago lo que puedo cada vez que vuelve a aparecer”. Xavier sonrió, respondiendo a la pregunta que le había hecho antes de dejarme llevar por mis pensamientos.

“De hecho, me gustan tus camisas tropicales. Son geniales”. Ladeé la cabeza y bebí otro sorbo. “Todo lo que haces es genial”, dije efusivamente. Mierda, no debería ser efusiva.

Se encogió de hombros. “Definitivamente, estoy cuestionando la frialdad de esto”. Miró su tatuaje. “En este momento”.

Le sonreí tímidamente, mientras soltaba la mano y acariciaba el costado de su pierna. Era como el hierro. Delgada y musculosa; era tan poderosa. Dejé que mi mano se deslizara hacia arriba mientras rozaba su nalga enseñada. Quería mis manos por todo su cuerpo.

“Baila conmigo”, espeté. “Me encanta esta canción”, mentí; solo quería bailar con él.

“¿Josh Groban? ¿Amas a Josh Groban?”, preguntó mientras yo lo hacía girar de la silla y lo llevaba a la pista de baile.

La música era arrolladora y dramática, y había algunas parejas colgando lánguidamente el uno del otro. Puse mis brazos sobre sus hombros y tomé la misma pose despreocupada que los

demás en la habitación, solo que presioné mi centro hacia el suyo y comencé a bailar sucio con “You Raise Me Up”, con la esperanza de que entendiera la ironía.

“¿Qué sucede con Josh Groban?”, pregunté, con los ojos muy abiertos e inocentes.

“Nada”, gruñó suavemente mientras su brazo rodeaba mi espalda y me presionaba con más fuerza contra él.

Su rigidez era casi insoportable cuando la fina tela de sus pantalones se frotaba contra el material ligero de mi vestido y el encaje aún más ligero y menos obstructivo en mis bragas. Sus caderas se mecían contra las mías y nos aplastábamos el uno contra el otro; quizás demasiado lascivo para un entorno tan dócil. Otros intentaban no mirar. Estaba poseída. Acaricié mi rostro en su cuello caliente, oliendo su colonia y su aroma de hombre almizclado, sintiendo el calor de su piel suave en mis labios. Lamí con mi lengua su cuello sedoso y lo mordí juguetonamente. En respuesta, su mano me acercó más a su palpitante polla y aterrizó de lleno en mi trasero.

“Haz eso de nuevo”, amenazó en broma. “Y te inclinaré en el baño”. Acompañó esto con un fuerte empujón, sosteniéndome firmemente en su lugar con su mano. Su polla pinchó mi coño. “Estoy bastante seguro de que te gustaría más una cama”. Se relajó un poco, sacudiéndose la tensión, tratando de moderar su lujuria.

“Aún tenemos que casarnos”, bromeé mientras levantaba mi pierna y le dejaba sentir la humedad de mi coño, que giraba alrededor de su sensible erección.

Calmó mis malvadas caderas.

“¿Qué estamos esperando?” Sus ojos estaban borrosos por la bebida y una neblina carnal que le daba una cualidad aún más salvaje e indómita.

Estaba jugando un juego tan peligroso, pero era divertido. Era Las Vegas; un lugar como

ningún otro, donde uno podía estar decadente por un día. Y así, con este razonamiento, le di a su polla unas cuantas caricias más lentas con mi coño cubierto de bragas, y dejé caer mi pierna, girando mi trasero hacia él mientras me estiraba para tomar su mano. Me iba a casar con Xavier Dean. Era insondable y, sin embargo, iba a hacerlo, incluso si anulábamos nuestro matrimonio por la mañana, habría una noche divertida por delante. Me había aventurado en una ciudad loca, donde no hice nada que hubiera hecho si Belvedere y las pociones contaminadas del barman veneciano no me hubieran dejado sin sentido.

“Vamos, entonces”. Lo guié suavemente, a través de los espectadores boquiabiertos, hacia la calle donde todo seguía girando, pero menos gracias a la ligera brisa contra el aire caliente de la noche.

Capítulo 5

Xavier

Rápidamente descubrí que habría seguido a esa mujer a cualquier parte, así que dejé que me arrastrara tres cuadras abajo, haciendo un giro a la derecha hacia una capilla de bodas en el auto. Había oído hablar de este tipo de lugares de boda de mal gusto, pero no creía que realmente existieran o funcionaran; especialmente pasada la medianoche. ¿No cerraban?

Afortunadamente para nosotros, la capilla de bodas en el autoservicio estaba abierta las veinticuatro horas. Puedes caminar o conducir hasta la ventanilla de servicio y casarte con un notario.

Esto nos fue explicado cuando Arcadia se acercó rápidamente a la ventana de servicio. Su pie encontró su tobillo en un intento de curvarse alrededor de él por costumbre. Solo se apartó para descubrir el tatuaje y el dolor allí.

Una leve risita escapó de sus labios mientras se inclinaba hacia mí. “Estoy tan borracha”, dijo entre dientes. Su mano serpenteaba alrededor de mi cintura, y mi polla ardía de nuevo. “¡Pero esto es divertido!”.

Sus labios brillantes me llamaban mientras inclinaba mi cabeza para un beso. “Lo es”, confirmé, deslizando mi lengua en su boca y envolviendo mi brazo alrededor de su cintura, apretando la distancia entre nosotros, golpeando mi polla contra su cuerpo ágil.

Estalló en otra dulce carcajada, cuando la oficiante se aclaró la garganta, cada vez más irritada. Por lo general, era el dominante en todo. Se sentía bien soltarse un poco y dejar que Arcadia condujera un rato. Aunque se sentía un poco como correr por una montaña hacia un pozo espumoso de lava caliente. Pero tenía razón; hacer algo completamente loco era divertido. Haría

que mis abogados resolvieran nuestro pequeño paso en falso por la mañana, y yo estaría soltero al mediodía.

Se apartó de mí, pero se aseguró de que su perfecto trasero aterrizara sobre mi furiosa erección. Planeaba tener ese trasero tantas veces que ella no podría sentarse. Quizás me quedaría casado con mi “esposa” por un tiempo para tener rienda suelta para usar ese trasero como quisiera, todo el tiempo que quisiera, con su consentimiento, por supuesto. Ella tenía el control total de mi polla y de cada pensamiento en mi cerebro, que estaba tan frito por el alcohol, que nunca envió señales de alarma que me dijeran que lo que estábamos haciendo estaba mal. Ya tenía un tatuaje. ¿Qué era peor que eso? Gracias a Dios, no estaba lo suficientemente cerca de ningún tipo de sobriedad para descubrirlo.

“Aquí está el papeleo. Simplemente completen esto y tendré un borrador impreso durante la ceremonia. ¿Tienen testigos?”, preguntó el oficiante de la boda en un aburrido tono monótono.

“No”. Arcadia sonrió mientras me deslizaba el papeleo con un bolígrafo con la inscripción “Pequeña Capilla de Autoservicio” en un rosa brillante y chispeante.

“Entonces seré su testigo oficial”, dijo, sonando un poco más alegre. “¿Y tienen anillos?”

“Ah, no”. Arcadia sonaba tan borracha. “No los tenemos”.

El oficiante sacó una bandeja de anillos para que los miráramos. “Los tenemos a la venta. El precio está al lado de cada anillo. Tenemos la mayoría de los tamaños disponibles”. Me gustaba cómo estaba vendiendo más una boda; me hizo reír.

“¿Cuáles te parece?” Arcadia parecía un poco soñadora mientras miraba los anillos.

“Cualquier par que quieras”, dije.

Sus ojos se agrandaron. “Algunos de estos son realmente caros”, susurró.

Eché un vistazo a la bandeja de horteras ofrendas de oro y platino; ninguna de ellas era cara o incluso agradable. El par más caro era el menos repugnante. Eran simples bandas de platino con remolinos y diamantes grabados en los lados.

“Yo compraría esos”, les señalé. Cada uno cuesta cinco mil dólares.

“Wow”, me miró en broma. “Podrías alimentar a un país pequeño por ese precio. Solo quiero algo simple”. Señaló los más baratos chapados en oro en la parte superior. “Estos estarán bien”.

Negué con la cabeza. “Al menos consigue los de oro de verdad”.

Hicimos un trato y obtuvimos dos simples bandas de oro.

“Serán doscientos noventa y nueve dólares”, declaró el oficiante.

Sentí que se me revolvía el estómago cuando saqué mi tarjeta de crédito, pero la ignoré y me concentré en el trasero que había comenzado este problema en primer lugar. Creí ver una nota de reconocimiento en el rostro del oficiante, pero pasó y me concentré en la tarea que tenía entre manos; la solicitud de una licencia de matrimonio. Estaba casi demasiado borracho para ver las palabras borrosas en la página, pero usé mi instinto para responder las preguntas. "Nombre, apellido, nombre... Nombre de nacimiento, etc”.

“Oye, ¿vas a tomar mi nombre?”, pregunté, arrepintiéndome inmediatamente de la pregunta. Pobre niña, no debería tomar mi nombre. Solo tendría que recuperar el suyo por la mañana.

“Claro”, chirrió. “Dean es más genial que Jones”. Mostró una hermosa sonrisa que hizo latir mi corazón.

A la mierda, toma mi nombre, mantenlo a la par.

“Dean es, entonces”. Iba a arder en el infierno por ser tan loco e imprudente, pero solo vives una vez. ¿Por qué no te casas con alguien que no conoces?

Ella arrullaba mientras garabateaba el nombre Arcadia Dean debajo de la sección “nuevo nombre” después de que terminé mi parte. La aplicación fue increíblemente corta; supuse que era mucho más fácil casarse que divorciarse. La idea del divorcio me llenaba de pavor, así que dejé de pensar en eso.

Después de completar el papeleo, me paré con los ojos borrosos y vi a dos de los oficiantes en la pequeña ventana metidos en una pared de estuco. La boda fue más corta que la solicitud.

“¿Tú, Xavier Dean”, preguntó el oficiante con otro destello de reconocimiento y una sonrisa esta vez...

Maldita sea, esto probablemente iba a estar ahora en la prensa.

“No soy ese Xavier Dean, por cierto, en caso de que te lo preguntes”, interrumpí pensando en el horror que enfrentaría si esto llegara a la prensa.

“Claro, por supuesto”, dijo con un guiño demasiado astuto. “Te pareces mucho a él y todo eso, igual que la valla publicitaria”, dijo con aire de incredulidad.

“Es bueno saberlo, en caso de que el verdadero Dean decida casarse aquí”. Le di una sonrisa igualmente zalamera, encendiendo mi intensidad. “Estoy seguro de que odiaría presentar cualquier tipo de demanda o cualquier cosa chillona”. Le guiñé un ojo y continuó la ceremonia.

“¿Acepta a Arcadia Jones como su esposa legalmente casada?”

Arcadia me miró con esos grandes ojos relucientes de cierva. Su sonrisa era juguetona y brillante. “Esto es divertido” decía su expresión, así que respondí: “Sí, quiero”.

El rostro de Arcadia resplandecía de alegría. “¡Y yo también!”, intervino antes de que se le preguntara.

El oficiante se mostró mucho más sombrío al preguntarle a Arcadia si quería tomarme como su esposo, a lo que Arcadia respondió con entusiasmo: “Sí, quiero”, por segunda vez, y nos casamos.

Salimos de la capilla de bodas en el drive-up como marido y mujer, con un certificado de matrimonio de aspecto elegante que decía lo mismo. Ahora debo encontrar mi hotel y follarme tontamente a mi esposa. Inesperadamente, se arrojó a mis brazos, envolvió sus piernas alrededor de mi muy tierna y sensible polla mientras nos besábamos largo, dulce y lento justo frente a la persona exhausta y desaliñada que se casó con nosotros.

“Pueden conseguir una habitación ahora”, dijo con mordiente desprecio mientras cerraba la ventana, dejándonos a Arcadia y a mí solos en la calle con nuestras lenguas jugando con la espada por el dominio.

Cuando Arcadia finalmente se cansó de sostenerse sobre mi polla con sus piernas apretadas fuertemente a mi alrededor, se movió por mi cuerpo y encontró su pie tembloroso nuevamente. “¿Podemos ir a tu casa? No estoy segura de estar lista para contárselo a mi papá aún”. Se encogió un poco mientras miraba su teléfono. Había una larga serie de mensajes de “papá” en él; suficiente para llenar la pantalla.

“Quizás deberías responder a sus llamadas y hacerle saber, al menos, que estás viva”, sugerí. Lo último que necesitaba era un padre enfadado respirándome por el cuello. Apagó su teléfono y lo metió en un bolsillo delgado de su vestido. Me di cuenta de que su identificación, tarjeta de crédito y todo cabía en ese pequeño bolsillo.

“Ya le he dicho cientos de veces que iba a salir, que no me esperara despierto. Quería que

conociera a un amigo suyo, pero ya me negué. Solo está siendo mandón. Mejor me quedo afuera y espero a que se enfríe un poco. Tengo veintinueve años, soy una adulta. Puede aprender a relajarse”.

Ciertamente esperaba que relajarse fuera lo que estaba aprendiendo porque si nos encontraba, sería un infierno. No estaba preparado para la ira de un padre enfadado, pero ella parecía tener razón, así que le dejé el drama familiar a ella. “Bueno, no me voy a preocupar si tú no te preocupas”, dije, sintiéndome un poco inquieto y mucho menos borracho. El matrimonio definitivamente te deja sobrio rápidamente. Aún estaba confuso, pero ya no tenía los ojos borrosos.

“No me voy a preocupar. Entonces, ¿dónde está tu hotel?”, preguntó, tomando mi mano dulcemente entre las suyas.

Estaba listo para hacer esto; estaba listo para cobrar mis ganancias por perder en la mesa de dados, y finalmente iba a tener el trasero de Arcadia Jones... eh, ¡Dean! Me costaba recordar dónde estaba mi habitación de hotel. Fue bastante fácil encontrar el hotel, pero las suites, olvidé en qué piso estaban. Me sentí abrumado instantáneamente por el ruido tan pronto como entré al vestíbulo con Arcadia en mi brazo. Fue ese horrible repiqueteo y repiqueteo de nuevo lo que me desorientó.

“Disculpe”, le pregunté al agente de recepción. “Parece que he olvidado mi llave y el número de habitación”. Le di una sonrisa avergonzada. “Xavier Dean”, confirmé, deslizando mi licencia de conducir.

“Sí, Sr. Dean”, dijo, con los ojos parpadeando. “Sé quién es. Está en la habitación 1252. Aquí tiene su tarjeta de acceso”. Me devolvió mi identificación y la tarjeta de la habitación con una gran sonrisa deliciosa.

Ah, cuánto amaba a las mujeres, y luego miré a Arcadia. Me preocupaba sentir una punzada de arrepentimiento al mirar sus brillantes ojos verdes, pero era todo lo contrario. Era incluso más hermosa que la agente de recepción, y estaba realmente emocionado de pasar la noche con ella.

“¿Subimos?”, preguntó, rebotando dulcemente en mi brazo.

Si ella estaba teniendo dudas, no las estaba viendo en su dulce sonrisa. Quizás no anularía nuestra boda de inmediato. Me preguntaba cuánto tiempo duraría el plazo de prescripción para la anulación. Quizás esperar hasta el último día, por si acaso. Si bien no estaba del todo descontento con la situación actual, me di cuenta de que probablemente necesitaba detenerme en siete bebidas en el futuro. No habría terminado con una marca permanente en la piel y una esposa si lo hubiera hecho.

Tan pronto como entramos en la habitación, se maravilló del tamaño de la suite con asombro infantil. Debe venir de una familia con algo de dinero, ya que no actuó groseramente o demasiado impresionada, pero notó los muebles finos y el espacio opulento. Era el ático, así que teníamos unas vistas deslumbrantes del Strip. También estaba asombrada por la vista. Se acercó a la ventana panorámica del suelo al techo y examinó el terreno de abajo.

“Esto es increíble”, suspiró mientras me deslizaba detrás de ella, finalmente listo para reclamar mi premio.

“Lo es”, dije mientras metía mi dolorida polla vestida de pantalón entre sus increíbles nalgas.

Movió su hermoso trasero alrededor de mi polla unos pocos movimientos cuando me incliné hacia su oído, reprimiéndolo con mi cálido aliento.

“¿Lista para consumir nuestro matrimonio?”, pregunté. Mi voz estaba goteando tensión sexual.

Levantó el dobladillo de su vestido, revelando más de ese perfecto trasero. Mi mano rozó la piel suave y me casaría con ella una y otra vez por este momento, este momento en el que todo era mío, cada centímetro. Por mucho que quisiera llevarla allí mismo de cara a todo Las Vegas, con mi polla embistiendo dentro de su coño con su trasero moviéndose en mi estómago, también quería más. La llevaría a la luna y regresaría. Así que por mucho que quisiera ser una bestia salvaje... mi mente me suplicaba que estuviera tranquilo por su bien. Reduje la velocidad, la miré a los ojos y quise conocerla. La bebida se había enfriado un poco en mi sistema y miré su rostro glorioso. Aún coqueta, era como una suave brisa de verano; ligera, aireada y difícil de atrapar.

Se apartó de mi vista y puso sus manos sobre mis hombros, frotando suavemente sus dedos a través de mis músculos enseñados, deseando salvar la distancia entre nosotros.

“Estás tenso”. Sonrió con gracia, sabiendo lo que vendría.

Me incliné hacia ella. “Es porque quiero follarte”, respiré en su cuello mientras lo besaba.

“Entonces hazme el amor”. Se dio la vuelta completamente para mirarme. “No quiero que me folles”. Dio una sonrisa maliciosa mientras levantaba su pierna y la rodeaba alrededor de mi cintura como lo había hecho en la pista de baile. “Soy tu esposa, aunque solo sea por esta noche. Hazme el amor como si fuera algo precioso”, instruyó dulcemente mientras su coño rastrillaba mi necesitada polla, y luego la presionaba caliente y húmedo. “Porque lo soy”.

Su boca se encontró con la mía con un suave beso. Abrí la boca y moví mi lengua sobre la de ella mientras sus caderas se apretaban contra mí. Mi erección ahora era dolorosa; tuve que aliviar la presión.

Rompí nuestro beso solo para escupir: “Lo prometo, no te arruinaré... pero un buen polvo...”

Llevó su mano a mis labios, colocando tiernamente su dedo índice allí. “Es para Las Vegas y aventuras de una noche. Un matrimonio de un día es más. Seamos más... aunque solo sea esta

noche”.

Ella era mi diosa, mi musa, tan atrevida, tan hermosa y tan justa. Nos debíamos más que un polvo caliente; nos debíamos una parte de nosotros mismos para recordar cuando ya no estuvieramos juntos en esta habitación. Dejó que su mano rozara mi mejilla, inflamando el deseo en cada uno de los nervios de mi cuerpo. Encendió el fuego dentro de mí. Esa mano luego recorrió el costado de su cuerpo hasta el dobladillo de su vestido corto y coqueto.

“¿ Lo prometes?”, preguntó, momentáneamente vacilante.

“Lo prometo”. Suspiré mientras esperaba con la respiración contenida a que revelara lo que apenas había escondido debajo de ese vestido.

Se levantó el vestido por encima de los hombros y lo dejó caer al suelo. Llevaba un sujetador de encaje suave que mantenía sus hermosos pechos firmemente en su lugar. Sus tetas eran pequeñas pero perfectas. Era delgada y delicada, pero podía ver el contorno de los músculos que recubrían sus piernas, brazos y estómago. Una chica surfista... y una bióloga marina; joder, ella era todo. No podía evitarlo, había terminado la espera. Ella había abierto un poco la puerta y yo estaba listo para atravesarla.

La levanté al estilo nupcial y la llevé a la cama, pensando que debería haber hecho esto al otro lado del umbral de nuestra habitación de hotel. Ya que estábamos jugando esta fantasía, debería haberla jugado a la perfección. Tenerla en mis brazos se sentía bien. Se sentía bien con la cabeza apoyada en mi pecho. Mi corazón se calentó. Por lo general, me acostaba con una mujer con maestría y habilidad, pero ella tenía mi corazón latiendo; esta pequeña ninfa / científica surfista era más emocionante de lo que jamás imaginé que sería.

La acosté suavemente en la cama y luego me arrastré cerca de ella, aún completamente vestido. Me miró con su pequeño sostén y sus bragas apenas visibles. Supongo que no usaba “mis” calzoncillos bóxer de hombre durante el día. Sobre todo, estaba agradecido por eso, ya que

su tanga de encaje no dejaba nada a la imaginación.

Cruzó los ojos y me hizo un puchero juguetón.

“Um, algo se siente mal aquí...” Sus ojos recorrieron mi forma perfectamente vestida. “¿No deberías estar más desvestido?” Mostró una sonrisa borrosa pero diabólica.

“Sé que deberías estar más desvestida”. Envolví mi brazo detrás de su cabeza y la acerqué a mí, hundiendo suavemente mi mano en su sostén para tocar su pecho suave y cálido; su pezón se alzó con fuerza entre mis dedos.

Sonrió mientras serpenteaba con su mano hacia mi cintura, tirando de la camisa cuidadosamente metida allí. “Y tú también”. Se sentó y comenzó a desabrochar los botones de la parte inferior de mi camisa.

Me hacía sentir un poco incómodo el roce de su pecho. Me sentía como un colegial corriendo para llegar a la segunda base detrás del baño de niños. ¡Ah! Decidí darle un poco de control, ya que ella era mi esposa, y esta era nuestra noche de bodas. Me uní a ella para desabrocharme la camisa, tomando los botones superiores. Nuestros dedos se encontraron en el medio. Acurruqué la camisa alrededor de ella por un momento antes de quitármela de los hombros.

“Tu turno”. Sonreí con seducción puntiaguda.

No esperé una respuesta mientras deslizaba los finos y sedosos tirantes de su sostén por cada hombro y besaba su cuello y clavícula, a la vez que desabrochaba el sostén y lo dejaba caer a la cama. Como se esperaba, sus

hermosos pechos pequeños se mantuvieron erguidos de forma independiente, orgullosos de ser perfectos. Lamenté haber estado usando una camiseta porque quería que mi piel tocara la de ella, sintiera esos dulces pezones en mi pecho. Ella debió haber tenido la misma idea cuando tomó el borde de mi camiseta y la levantó por encima de mi cabeza, exponiendo mi pecho a su boquita

codiciosa, que se abalanzó y lamió mi pezón izquierdo, enviando rayos de excitación a mi ya demasiado interesada polla.

Después de moverse hacia el pezón derecho y pellizcarlo con los dientes, lanzó besos a través de mi pecho. Mi piel se encendió con hielo y fuego. Ella era surfista, zorra y musa. Pasé mis manos por sus suaves hombros, queriendo tomarla, pero disfrutando de la exploración de mi cuerpo con su boca. Sus besos húmedos acariciaron mi cuerpo hasta mi ombligo, donde su lengua se arremolinó. Choqué contra ella involuntariamente; mi pene dolía por acercarme. Cayó hacia abajo, muy lentamente hasta que alcanzó la parte más torturada de mí. Desabotonó mis pantalones; mi polla sobresalía en su barbilla a través de la tela.

Sus hábiles dedos rodearon mi cintura y tiró suavemente de mis pantalones. La ayudé a sacarlos de mi cuerpo, dejándome solo con los calzoncillos bóxer que decía que le encantaba llevar a la cama. Evidentemente, era cierto; sus ojos se abrieron y una sonrisa coqueta adornó su rostro.

“Estos son mis favoritos”, arrulló, deslizando sus manos a ambos lados de mis nalgas.

No podía esperar más; sus atenciones me estaban matando. “Este es mi favorito”, exclamé mientras rasgaba mis calzoncillos y mi polla finalmente se liberaba, casi golpeándola en la cara.

Vi una mirada momentánea de pánico mientras miraba mi tamaño. “¡Mierda!”, exclamó y retrocedió un poco, con suerte no por miedo, sino para ver mejor. “Vaya, ¿qué voy a hacer con eso?”, preguntó, jugando sin piedad con la cabeza de mi polla morada. “Eres enorme”. Sus dedos bailaron alrededor de mi miembro con asombro.

Cuando su trasero me llamó a través del casino, nunca consideré realmente nuestra compatibilidad física. Sabía que era delgada y parecida a una ninfa, pero no pensé mucho en mi polla más grande de lo normal. Estaba bastante avergonzado de que creciera. Las duchas en el gimnasio eran dolorosas, porque incluso sin despertarme, era un monstruo. Mis bolas no eran

mejores; gruesas, redondas y pesadas. Fui hecho para criar; una de las mujeres con las que había salido, había dicho cuánto quería que le diera un hijo, sin condiciones.

Lauren también era pequeña, así que sabía cómo ayudar a Arcadia; sabía cómo hacer que mi polla trabajara para ella.

“Iré lento; va a estar bien”, le dije, dándole un beso tranquilizador.

Su expresión se relajó y sonrió con una dulce y genuina sonrisa que iluminó su rostro. “Ah, estará bien...” Acarició mi polla suavemente con su mano. “Muy bien”, cantó, mientras inclinaba la cabeza hacia mí.

Tomó mi carne ardiente, rígida e hinchada en su boca suave y cálida mientras deslizaba mi polla hacia el cielo.

Capítulo 6

Arcadia

Su piel aterciopelada tenía un sabor fantástico. Si bien me asusté un poco al verlo, pensé que la mejor manera de abrazarlo era sumergirme. Pensaba que si podía rodearlo con mi boca primero, sabría mejor cómo manejar su tamaño. Solo había estado con otros dos hombres antes; uno era delgado y larguirucho con una polla a juego. El otro estaba bien formado como Xavier, pero rechoncho y pequeño en el departamento de hombría. Por el contrario, el miembro grueso, largo y acerado de Xavier sería un desafío.

Estiré mi mandíbula lo más que pude para acomodar su circunferencia. Su piel sedosa se deslizaba fácilmente en mi boca cuando oí a Xavier soltar un gemido. Olía a jabón persistente de una ducha anterior y me encantaba su sabor dulce y salado. El líquido preseminal goteaba desde la punta de su cabeza en forma de hongo, y yo movía mi lengua a su alrededor, saboreando su esencia. Sus bolas eran pesadas y gruesas, mientras mis dedos rodaban alrededor de ellas, encontrando su vello púbico cuidadosamente recortado y mantenido. Un hombre que se arreglaba, ah, qué alivio.

Deslicé mi boca más abajo sobre él mientras masajeara sus bolas. Sus dedos se enredaban en mi cabello cuando oí otro gemido escapar de él, y se inclinó sobre mí en éxtasis, por un momento, vulnerable. Se sentía genial; le estaba haciendo eso con solo mi boca. Lo estaba arrojando; Xavier Dean estaba jadeando sobre mi espalda desnuda. Sentí una cálida franja de orgullo derretirse de mi boca a mi sexo, que ya estaba húmedo y comenzaba a gotear. Tan pronto como pusiera su dedo allí, descubriría lo mojada que estaba. Mi ramera interior se revelaría, lo cual estaba principalmente en mi cabeza; no era una ramera, solo una chica que necesitaba amor, el tipo de amor que todos realmente queremos.

No era muy probable que Xavier fuera ese amor, pero me aseguré de que por esta noche lo fuera. No quería nada de Las Vegas; no quería dejar atrás ningún resto libertino de mí. Quería casarme una noche con el hombre de mis sueños.

Quería escapar del miedo y el pavor que me había invadido toda la noche mientras leía algunos de los mensajes de texto que me enviaba mi padre, en cada uno de los cuales se enojaba cada vez más, exigiendo que lo viera a él y a su amigo.

Así que meter la polla de Xavier Dean más profundamente en mi garganta, luchar contra mi reflejo nauseoso para darle más placer era solo la fantasía que necesitaba. Tomé tanto de él por mi garganta como pude y tragué la saliva acumulada en mi boca. Era difícil, casi demasiado, pero quería darle esto a Xavier; sabía que a los hombres les gustaba. Nunca antes había intentado tomar a un hombre tan profundo en mi garganta. Era intenso. Me sentía obligada e impulsada a darle todo el placer que pudiera, así que abrí y relajé mi boca mientras se deslizaba hacia arriba y hacia abajo sobre él. Luego lo presioné hacia abajo tanto como pude llevarlo de nuevo. Sintiéndolo llenarme y cortarme el aire, entré un poco en pánico. Oí un gemido, entonces su polla chocó contra mí y me apartó la cabeza.

Jadeé en busca de aire y me limpié la saliva de la cara, tratando de sonreír, aunque me estaba recuperando un poco de la experiencia. Su rostro era dulce y cariñoso.

Estaba sin aliento. “Quiero que esta noche dure, amor. Si te quedabas allí abajo mucho más tiempo”, me levantó para enfrentarlo. “Me iba a correr en tu hermosa boca”, dijo mientras besaba mis labios en carne viva.

Me estremecí un poco. “Me alegra que no lo hayas hecho”, dije mientras pasaba mis dedos por su cabello. “Yo también quiero que la noche dure”. Estaba un poco más triste de lo que quería sonar, sabiendo que probablemente solo tendríamos esta noche juntos.

“Entonces, esposa”, resopló juguetonamente sintiendo mi cambio de humor.

Se abalanzó sobre mi espalda mientras su cuerpo se movía entre mis piernas. Podía sentir el tamaño y la fuerza de él en mí. Besó mi boca de nuevo; su lengua pedía entrada mientras se arremolinaba y bailaba con la mía. Esta vez su lengua, fuerte y ardiente, tenía un poder propio. Se había estado conteniendo y estaba a punto de demostrar que tenía el control de la noche.

“Dos pueden jugar a este juego”, gruñó mientras su lengua lamía mis labios y sus dientes mordían mi labio inferior mientras yo chillaba, sintiéndome salir a borbotones.

“Em”, se me escaparon las palabras. “¿Esposo?”, dije con voz áspera cuando su barbilla sin barba se abrió paso hacia mi cuello. Mis piernas se movían a ambos lados de él, y estoy segura de que podía sentir mi humedad empapando mis bragas con mis piernas tan abiertas.

Lanzó cálidos besos por mi cuello, enviando hormigueos de emoción a través de mí, mientras pequeñas mariposas se disparaban desde mis dedos de los pies. Quería reírme pero me mordí el labio. Su aliento caliente y su barbilla áspera se arrastraron hasta mis pechos doloridos. Primero, pellizcó el pezón izquierdo con sus dedos un poco más fuerte de lo que esperaba, y todo en mi cuerpo explotó. Usó su lengua para rodear el derecho, plantando besos en él, luego lo ubicó en su boca; difícil. Sus dientes mordieron el pezón erecto, no demasiado duro, pero lo suficientemente fuerte como para disparar un rayo de necesidad a través de mí. Sus dedos en el otro pezón reflejaban lo que estaban haciendo sus dientes. Mi espalda se arqueó para encontrarme con él, sintiendo la dureza de su polla desnuda en mi vientre.

Jadeé y grité; la sensación era casi excesiva. Al sentir esto, suavizó su boca, aplanando su lengua sobre mi capullo de guijarros, calmándolo.

“Eres demasiado deliciosa, Arcadia”, murmuró en mi pecho. Su mano bailaba por mi cuerpo.

Me estremecí. “Cuidado, podrías comerme”.

“Ese es el plan”, gruñó.

“No estoy preocupada”, me decía a mí misma, mientras su boca se deslizaba hacia mi otro pecho y hacía lo mismo, enfriando su dolor con suaves caricias de su lengua. Sus dedos acariciaban el tierno capullo de mi otro pecho mientras su mano, que buscaba alimento, hacía contacto con la delgada barricada púbica que protegía mi empapada humedad. Estaba tan contenta de haberme afeitado y arreglado mi propio mantenimiento. Era solo parte de mi rutina, pero estaba feliz por mi fastidioso cuidado personal, todo preparado para un hombre que ni siquiera existía hasta ahora.

Su mano sentía mi humedad mientras se deslizaba por mis bragas. Sus besos descendieron hasta mi ombligo; entrando y saliendo de la sensibilidad allí. Su dedo se sumergió casi perezosamente en mis pétalos goteando, despertando sensaciones excitadas profundamente dentro de mí.

“Ah, no deberíamos tener problemas para entrar aquí, cariño”. Se rió, levantando su dedo empapado para mostrarme cómo brillaba a la luz de la luna. “Eres como un resbalón y deslizamiento”.

Me acobardé un momento sintiendo el calor de la vergüenza en mis mejillas. Había pasado demasiado tiempo desde que alguien más que yo me había tocado, y se notaba.

Su dedo húmedo levantó mi barbilla para que nuestras miradas se encontraran. “Me encanta que estés tan lista para mí. Te he estado deseando toda la noche. Era difícil pensar en otra cosa”. Su voz era almizclada y amable mientras acariciaba mi cuello y besaba mi piel hormigueante.

Su mano regresó a mi montículo y metió un dedo dentro de mí. Jadeé de nuevo e incliné mi cuerpo hacia su dedo invasor que estaba entrando y saliendo de mi humedad, mientras los otros

bailaban a lo largo de mis pliegues. Después de darme cuerda con su toque experto, se sentó, se arrodilló entre mis piernas y sonrió con una sonrisa zalamera.

“¿Podemos intentar ver si encaja?”, le supliqué sin aliento, mientras me miraba. Sus ojos estaban hambrientos y casi salvajes.

“Mi esposa está tan ansiosa...” Su voz era fuerte y controlada mientras besaba mi pecho. “Querías amor, así que...” Besó el otro pecho. “Déjame amarte”.

Suspiré cuando su mano se movió de nuevo a mi humedad y pellizcó el capullo de mi clítoris, volviéndome loca mientras lo inundé con otro chorro. Se rió entre dientes y acarició el jugo reluciente sobre su cabeza bulbosa, haciéndola brillar. Pintó su polla con más de mí mientras hundía su dedo en mí de nuevo. Su polla se levantó fuerte y orgullosa entre sus piernas. No necesitaba bombearlo en absoluto; estaba listo para mí, y estaba bastante segura, pero no del todo; estaba lista para él. Sabía que lo quería en mí más que nada. De hecho, sentía un vacío sin él. Ansiaba la conexión entre nuestros cuerpos. Pensaba que si infringíamos eso, el resto seguiría y quizás nos llevaría a algo más profundo.

Sentía que había algo más entre nosotros. Esto no era solo sexo. Era casi como si hubiéramos pasado “hola” y las interminables horas de conocernos, nuestros gustos y disgustos, nuestras vidas, nuestros deseos, y simplemente nos hubiéramos decidido a permitir que esas cosas se infiltraran en un amor que podría estar floreciendo en alguna parte entre nosotros.

“Vamos a deshacernos de esto primero”, bromeó, quitando la tanga de encaje de mi cuerpo. Tan pronto como me la quitó, me miró con una mezcla de consternación y asombro. “¿Y cuál sería el punto de esto exactamente?”, preguntó, colgando el pequeño trozo de tela mojada en el aire.

Me sonrojé. Xavier se llevó las bragas a la nariz y las olió, lo que me volvió loca por completo, así que se las quité de las manos y las arrojé al otro lado de la habitación.

“Eso es realmente tan asqueroso... ¡eh!” reprimí.

“No para mí”. Se rió mientras tomaba mis dos piernas y las sacaba de debajo de mí, abriéndome más frente a él. “Pero esto es mejor”. Su nariz olió mis labios abiertos, y me aparté de ellos con absoluta vergüenza. “Y esto también”, agregó mientras su lengua golpeaba mi abertura vaginal; un arco iris de calor se arqueó desde su lengua hasta mi corazón. “Pero este es mi favorito”, tarareó en mi sexo mientras sumergía su lengua en mi centro.

Mi cuerpo se contrajo contra su rostro, presionando su lengua más profundamente.

“Ah, Dios mío”, suspiré. “Ah, mi Dios”.

Unas cuantas embestidas más de su lengua, y eso fue todo lo que hizo falta. Mi mente era un borrón de remolinos y luz, sensación, humedad, tensiones anudadas en lo profundo de mi núcleo atornillándose en nudos hasta que tomé las sábanas. Mis manos se agitaban cuando un grito se escapó de mi boca y mi cuerpo se contrajo violentamente alrededor de su lengua. Mi excitación inundó su boca. Temblé, me sacudí y exhalé hasta que pasé por encima de la cima de mi deseo, cayendo en picada hacia la caverna de abajo.

“Por favor”, rogué. “Por favor... ¡te quiero!” El sonido de mi voz era tan hambriento y codicioso, después de haber volado a Marte. Estaba flotando desde el orgasmo más poderoso que jamás había tenido, y todo lo que hizo fue usar su lengua... imagina... ah, Dios, imagina su enorme vara, ¿qué podía hacer?

“Gracias, mi amor”, Xavier tragó y se secó la boca húmeda. “Creo que ahora podrías estar lista para mí”.

Sus ojos se entrecerraron en una burla juguetona mientras se deslizaba por mi cuerpo. Sus manos me extendían hasta donde alcanzaban mis piernas. Miré sus gloriosos ojos que miraban directamente a mi alma.

“Confío en tí”, susurré mientras besaba su barbilla, flotando tan cerca de mi cara.

Devolvió mi beso con uno en mis labios. “Espero que siempre lo hagas”. Su voz era gentil y amable.

¿Siempre?

La cabeza de su polla estaba colocada en la entrada de mi coño mojado mientras la pasaba por mi tierna piel, pintando mis pliegues con nuestras dos excitaciones. Entonces, se inclinó sobre mí hasta la mesita de noche detrás de mi cabeza y sacó un condón envuelto en papel de aluminio. Lo mordió con los dientes y lo abrió.

“Soy un tipo de seguridad”, dijo con una sonrisa.

“Me alegro”. Sonreí. Me alegré porque no estaba tomando la píldora, ya que no había necesidad. Habría sido peligroso, supongo, pero una parte de mí también estaba un poco triste por eso; quería sentirlo completamente dentro de mí. Se sentó momentáneamente y pasó el condón sobre su enorme polla. Me obligué a mirar y prepararme para lo que vendría. También me aseguré de sonreír con la felicidad que sentía por dentro. Le habría hecho el amor a una excavadora si estuviera conectada a él. Sabía que podía manejar cualquier cosa que tuviera.

Cuando estuvo excitado, se inclinó sobre mí. Ansiaba su cercanía. Entonces, regresó su polla a la entrada de mi coño. Tomé una respiración profunda.

“Sólo relájate”, me tranquilizó. “Iré muy lento y me aseguraré de que me digas si algo te duele”. Con eso, deslizó la punta de su polla hacia adentro.

La cabeza abrió mis labios y mi corazón se aceleró un poco. Esto era solo el consejo, pero tomé otro respiro.

“Buena chica”, dijo con voz ronca, embriagado con sus propias pasiones mientras se apretujaba más contra mí.

Sentía que me ensanchaba a su alrededor. Entonces, levantó mis rodillas e inclinó mis caderas más hacia afuera para poder acomodarlo mejor. Presionó más profundamente. Luchó solo un poco, pero mi astucia se deslizó sobre él y pudo presionar más.

“¿Estás bien?”, preguntó. Su voz bordeada de necesidad carnal.

“Mmm...” No podía hablar; eso era lo mejor que iba a conseguir.

“¿Quieres que pare?”, respiró, borrando la decepción en su voz.

Negué con la cabeza “no”, mientras mis manos encontraban su trasero y lo acercaban, deslizándolo más profundamente.

Me llenó hasta profundidades insoportables. Grité. Algo de eso era dolor; sin embargo, la mayor parte era felicidad. Su cuerpo se quedó inmóvil mientras estaba sentado casi hasta la empuñadura dentro de mí. Respiró hondo y me besó la sien, el lóbulo de la oreja y la barbilla antes de sacarlo un poco y dejarme respirar. Aspiré un poco de aire, preparándome para lo que vendría.

Estaba lista para afrontar la plenitud y el estiramiento. Quería que me hiciera el amor, así que deslicé mis caderas hacia atrás todo lo que podían. La cama me impedía ir muy lejos, entonces me empujé contra él, haciendo una pequeña mueca. Tenía que probarlo, ver cómo era. Astillas y fuegos artificiales, eso es lo que era. Como si su lengua en mí solo estuviera afilada con un cuchillo. Quería más... Quería que todo el desfile transcurriera por la calle principal, banda de música, carrozas, bailarines, jinetes a caballo; quería que empujara y palpitara... soltándose en mí. Quería ser su mundo.

Se empujó de nuevo lentamente, como lo había hecho la primera vez. Y cuando estuvo sentado completamente dentro de mí, con su saco de bolas descansando sobre mi trasero, tomé su cabello, entrelazándolo con fuerza entre mis dedos.

“Estoy lista para ir”, gemí.

Rió. “¿Lo estás ahora?”

“Sí, sí... por favor, sí”. No podía soportarlo más; necesitaba su virilidad para maniobrar en mí, hacerme el amor, unirse a nosotros.

“Está bien. Yo también estoy listo para ir”. Se rió, burlándose un poco mientras se retiraba muy lentamente. Su polla rozaba el interior de mi coño, encendiendo e inflamando cada nervio sensible dentro de él.

Cerré los ojos, preparándome para lo que vendría.

“Mírame, Arcadia”, ordenó Xavier. “Quiero hacerte el amor; recuerda que no estamos follando. Te quiero aquí conmigo”. Su voz era tierna y cariñosa. “De esa forma, sabré si estás realmente bien”.

Mis ojos se abrieron de golpe ante su hermosa mirada. “Estoy aquí, Xavier”, le dije. Mis ojos se conectaron con los suyos, enraizando en su alma.

“Ahí tienes”.

Mis piernas temblaban y temblaban mientras empujaba su cuerpo hacia mí con más fuerza y velocidad. Mi espalda se arqueó de nuevo mientras me mordía el labio inferior. Una vez más, se retiró y presionó una y otra vez, apoyándose más pesadamente en mí mientras comenzaba a empujar en serio. Se hubiera detenido si se lo hubiera pedido; sabía que podía detenerlo, pero estaba mayormente perdido en su propio placer. Sus ojos, aún conectados a los míos, estaban vidriosos de deseo mientras acercaba su cuerpo, empujando cada vez más profundamente. Era doloroso, pero me encantaba cómo me llenaba.

Mi cabeza rodó hacia atrás, no queriendo romper nuestra mirada, pero veía estrellas

mientras sus embestidas se volvían más fervientes. No había forma de escapar de esto, estábamos en ello. Dentro y fuera, cortante, duro, profundo y ancho. Apenas podía mantenerme consciente; mi mente estaba en tal rugido.

No esperaba que pesara tanto. Estaba bien formado, perfectamente musculoso y su cuerpo estaba cincelado a la perfección como el de Adonis, pero era pesado en mi pequeño cuerpo. Trataba de sostenerlo lo mejor que podía, pero cuando él bombeaba dentro de mí, una y otra vez, sentía que todo en mi mente se partía y se resquebrajaba. No quería correrme en ese momento, pero me iba a romper. Él me sentía; sabía que estaba tan cerca y se quedaba quieto. El sudor de su cuerpo goteaba sobre el mío, con su respiración pesada en mi oído. Grité un poco del dolor y necesité orientarme de nuevo.

“¿Qué me estás haciendo, Arcadia?”, se preguntó más a sí mismo que a mí.

Mis piernas se envolvieron suavemente alrededor de su espalda y trasero mojados. Respiré hondo unas cuantas veces, dejando que el ardor dentro de mí se enfriara. Mis manos acariciaron suavemente su espalda húmeda, masajeando sus músculos tensos.

“Estoy bien; está bien, puedes volver”. Sonreí y besé su hombro.

Sacudió la cabeza. “Sacas el monstruo que hay en mí”, dijo, riendo.

“Me gusta”. Sonreí, aliviando su vergüenza.

Besó mis labios. Su polla aún se alojaba profundamente dentro de mí mientras me miraba con tanto asombro e, incluso me atrevería a adivinar, con amor. Me sentía cálida y completa. Moví su polla, tratando de que se pusiera en marcha de nuevo. Gruñó y mordió mi cuello.

“Vixen”. Respiró mientras salía y se deslizaba hacia adentro; esta vez su polla golpeó todos los nervios sensibles y devastados de mi vagina, pero golpeó un punto que me cegó de placer; lo

tomé, maullando.

“Allí está”. Sonrió y se hundió en el lugar una vez más, golpeándolo una y otra vez.

Entrando y saliendo, con giros lentos, golpeando el lugar, perdiendo el lugar, empujes fuertes, expulsando pulsos. Me estaba deshaciendo. Mi mundo comenzaba a dar vueltas cuando el remolino en mi vientre entrelazó todo dentro de mí. Mis piernas se apretaron contra él, tanto como pude. Sus movimientos comenzaron a ser cada vez más rápidos hasta que me quemé por todas partes. No podía contenerme esta vez. Mi mundo se hacía añicos mientras gritaba. Mi coño apretaba su polla y no la soltaba, lamiendo la leche. Me llené de ampollas y me quemé, tomando su trasero, empujándolo más profundamente dentro de mí.

“¡Mierda, Arcadia!”, gritó mientras su cuerpo se estremecía y se retorció, martillando más y más rápido el mío.

Su peso me presionaba más y todo lo que quería era envolverlo en mí para siempre. Lo oí gemir. No era un sonido varonil; era el sonido de un hombre que se había entregado por completo a la agonía del éxtasis. Mi coño se apretó más fuerte y él se resistió más, derramándose por completo. El sudor goteaba de su frente mientras su rostro era la expresión de dolor de su esclavo. Un último golpe dulce e involuntario, y se desplomó sobre mí, juntando mis piernas a su alrededor, respirando con dificultad.

Lamentaba el condón que llevaba. Quería sentir su liberación dentro de mí. Quería que goteara entre mis piernas como si me hubieran reclamado para siempre. Nunca dejaría que un hombre entrara dentro de mí, pero pensaba en lo bien que se sentiría si estuviera en casa. Si él fuera mi lugar seguro; mi esposo. Una oleada de tristeza me invadió.

Disfruta el momento, Arcadia.

Lo intentaba, pero no podía deshacerme de esa tristeza, así que por un momento, me permití

lamentar no haber sido su verdadera esposa mientras sus pasiones se calmaban.

Capítulo 7

Xavier

Nos acostamos juntos respirando el aliento del otro. La piel caliente y sudorosa goteaba sobre las sábanas. No podía pensar; mi mente estaba revuelta. Sentía su pequeño cuerpo tonificado debajo de mí, y mi polla aún envainada dentro de ella. Estaba equivocado, ella no era una ninfa, era una diosa. No quería dejar el calor de su cuerpo, incluso cuando mi pene se había ablandado dentro suyo. Incluso cuando sentí la humedad del condón saturado en mi piel. Estaba reacio a apartarme de ella. Estaba tan tensa, tan aturdidamente tensa. Podía quedarme en ella sin ningún esfuerzo, así que nos quedamos acostados, simplemente estando en este increíble espacio el uno con el otro.

Me volví hacia su dulce rostro, tan hermoso y sonrojado por el resplandor. “Gracias”, le dije besando sus labios.

Parecía sorprendida. “Soy yo quien debería darte las gracias”, suspiró, con su mano trazando pequeños círculos en mi pecho.

Dios, si ella no enviara electricidad a mi polla cansada y furiosa. Normalmente, era bueno para otro intento bastante rápido después del primero, pero no había tenido un orgasmo tan poderoso en mucho tiempo. Dudaba que pudiera volver a la acción tan rápido esta vez.

Mi mano rozó su perfecto trasero, acercándola a mí mientras me retiraba lentamente del coño más glorioso que podía recordar. Su rostro se curvó en un ceño fruncido, y besé sus labios fruncidos al sentir la pérdida de su calidez. Gritó un poco del dolor cuando finalmente saqué mi cabeza de ella.

“Eso fue divertido”, coqueteó mientras sus manos se deslizaban por mi pene y suavemente

me quitaba el condón.

Estaba cargado de mi semilla y estaba feliz de estar libre de ella. Debió haber sabido lo mucho que mi polla cruda y devastada quería respirar y sentir de nuevo. Ató el condón que estaba lleno de esperma, se dio la vuelta y lo tiró a la basura.

“Adiós”, bromeó mientras tiraba mi esperma. Era tan dulce.

No sentía ni una pizca de la locura que había visto en otras chicas, las que me rogaban por un hijo o se aferraban a mí después del sexo esperando lo que tenía Arcadia; un anillo de bodas y mi nombre. Sin embargo, sentía una pizca de arrepentimiento; quizás no por tener esta aventura juntos, sino por no ser más que un interludio de borracheras.

Pasé mis manos por su espalda atrayéndola hacia mí, sin querer que nada de esto terminara.

“¿Utilizas control de natalidad?”, pregunté, probablemente demasiado tarde. De todos modos, habría usado condón, pero quería comunicarme con ella; conocerla, tener la conversación si era necesario.

“No, es bueno que usemos protección; lo habría hecho independientemente”. Sonrió, tratando de ocultar sus sentimientos.

“¿Quieres tener hijos algún día?” Qué pregunta tan estúpida y peligrosa. No tenía idea de por qué lo preguntaba, era solo que se veía tan triste. Quizás yo también estaba triste. No estaba seguro.

“Por supuesto”, dijo sonriendo. “Cuando sea el momento adecuado”. Luego vaciló. “Con la persona adecuada”. Ladeó la cabeza, sabiendo que la realidad podía doler. “¿Qué hay de ti?”

Asumía que preguntaba más por cortesía, ya que no leía ninguna excavación o clave en su pregunta. “No estoy seguro”, dije, y no lo estaba. Nunca fue algo que hubiera considerado.

Lauren y yo probablemente hubiéramos tenido un hijo, pero ambos estábamos muy ocupados. Nunca esperé que no estuviéramos ocupados, así que la pregunta nunca surgió. Después de que ella se fue, deseé haber tenido un hijo, entonces aún hubiera podido ver su cara. La idea me dolió. Arcadia notó el dolor.

“Estás tan ocupado; estoy segura de que los niños no son algo en lo que piensas”. Arcadia se estaba alejando.

Nos estábamos deslizándonos en nuestros roles nuevamente: diseñador de moda famoso y el pedazo de trasero de surfista / científica caliente que él escogió para la noche. No quería eso, especialmente no para ella.

“Quizás con la persona adecuada, como dijiste”. Aligeré el estado de ánimo rodando sobre ella. La incómoda conversación, de alguna manera, encendió mi codiciosa polla de nuevo.

Probablemente eran las tres de la mañana. La noche tenía una especie de quietud perezosa. Algunos la llamaban la hora de las brujas. No sabía qué había planeado para el día siguiente. Sabía que Damon tenía una pésima mierda de despedida de soltero que cubrir, en la que ahora tenía menos interés que antes. Realmente, mi única razón para venir a Las Vegas era para sentarme con él y asegurarme de que realmente se casara con la mujer de sus sueños; lo dudaba.

“¿Tienes que estar en algún lugar en particular mañana?”, le pregunté con la esperanza de que estuviera libre para pasar el día conmigo. “Supongo que hoy porque ya es de día”.

Con mucho gusto dejaría a Damon por Arcadia si estuviera libre. Era un idiota al pensar que podría detener su boda, de todos modos.

“Mi papá sigue haciendo explotar mi teléfono. Quiere que conozca a este cliente, pero yo, no lo sé”, interrumpió, creando una mayor distancia entre nosotros.

“¿No sabes qué? ¿Crees que tu papá está jugando a casamentero?”, bromeé, moviendo su pezón atrevido y hermoso con mi dedo. “Si es así, es demasiado tarde; ya estás casada”. Esperaba que las burlas la alegraran, pero solo respiró hondo; maldición.

“Supongo que no estoy segura”. Sus ojos miraron hacia abajo. “Fue bastante insistente”.

“¿Vas a ir?”, pregunté, preocupado. “Quiero decir, ¿a qué hora?” Me enderecé, recuperando mi dominio. “Quiero asegurarme de que descanses un poco”. No, no lo hacía. No quería que descansara; quería hacerle el amor hasta que ambos nos desmayáramos.

Mi polla ya estaba rugiendo durante la segunda ronda.

Su rostro decayó. “No lo sé; es demasiado tarde para preguntar. Yo solo... no estoy segura; quizás no iré”. Parecía tan estresada y preocupada, definitivamente el drama de papá allí; pobre niña.

Quería amar ese dolor, seguro.

“Bueno, tengo cosas horribles de despedida de soltero que hacer más tarde en el día, y lo más probable es que también te haga volar o te arrastre si decides deshacerte de tu padre de nuevo”. Sonreí amplia y duramente, canalizando mentalmente una orden de deshacerse de su padre, quizás para siempre.

Se rió. “Definitivamente dejaría a mi papá por otro día contigo”. Finalmente se veía alegre de nuevo.

“Quizás incluso más que eso”, dije mientras besaba su sien. Su dulce rostro se derritió cuando mi mano ahuecó su mejilla; me podría acostumbrar a esto.

Estaba feliz de no estar más borracho, pero aún estaba confundido, sobre todo, por estar cautivado por la pequeña surfista científica. Era encantadora.

“¿Cómo te sientes?”, realmente pregunté, mientras mi mano encontraba su increíble coño de nuevo, y masajeara los hinchados labios rojos.

No estaba tan empapada como antes, pero aún estaba resbaladiza.

“Un poco dolorida”, confesó mientras mi corazón se desmoronaba.

“¿Demasiado dolorida?” Metí mi dedo en ella, y respondió hermosamente con un tic mientras sus manos tocaban mis bíceps. “¿O simplemente te duele lo suficiente como para recordarme?” Metí un segundo dedo.

Se meció sobre mis dedos, perdiéndose un poco. “Para recordarte”, respondió mientras se apoyaba contra mí, meciéndose mientras yo pulsaba mis dedos dentro y fuera de ella.

Su cuerpo rápidamente resbaló en mis dedos y estaba tan deliciosamente mojada como antes. Estaba hecha para mi polla, hecha para mi cuerpo. Era pequeña pero poderosa. Me encantaba la sensación de ella debajo de mí y a mi lado. Ahora era el momento de tenerla conmigo. Retiré mis dedos de adentro suyo y usé su humedad para acariciarme hasta lograr una erección completa.

“Déjame hacer eso”, susurró mientras se arrodillaba ante mí.

“Esta vez no hay garganta profunda, Sra. Dean. El pequeño Sr. Dean no puede soportarlo”, le advertí en broma.

“Difícilmente llamaría pequeño al 'pequeño Sr. Dean’”, se burló mientras su dulce boca descendía sobre mi miembro sensible, mojando la cabeza bulbosa con su lengua, que se deslizaba hacia arriba y hacia abajo por la ranura.

Ah, estaba hecha para mí. Joder, la deseaba de todas las formas en que podía doblarse. Su boca era tan apretada y maravillosa. No era una experta en lamer pollas, pero ponía su corazón en

ello, y cuanto más hacía por mí, más llegaba a amar ese corazón suyo. A pesar de que nos acabábamos de conocer, estaba comenzando a asumir que su corazón era más grande que cualquier cosa en la habitación.

Estaba en toda mi capacidad cuando le toqué suavemente la barbilla, instándola a que se detuviera.

“¿Te gustaría dar un paseo por el gran pequeño Sr. Dean? Te sentirás mejor de esa manera. Tendrás el control”, le animé mientras me deslizaba fuera de su boca.

Su rostro estaba radiante. “Por supuesto”. Pasó sus dedos sobre mi punta hinchada como un signo de puntuación.

Sus hermosos rizos rubios y húmedos se estaban apretando, haciéndola lucir aún más etérea. Me recosté, mi polla se puso firme y le di una palmada en su perfecto trasero.

“Toma asiento”. Sonreí. Su sonrisa se volvió juguetona mientras movía su trasero y se sentaba a horcajadas sobre mi longitud.

“El pequeño Sr. Dean es travieso”, dijo riendo.

“Tiene hambre”, gruñí cuando mis manos encontraron sus caderas.

Sabía que por su inexperiencia, estar en la cima sería un poco difícil al principio, pero sería la mejor manera de asegurarme de que no sufriera. Mientras estaba sentada a horcajadas sobre mi polla, dejé que mis dedos bailaran sobre sus pliegues; su rostro se había sonrojado cuando se mordió el labio. Tan sensible, tan dulce. Hice girar mi dedo sobre su clítoris pellizcándolo con fuerza, pero no lo suficiente como para provocar dolor. No quería que sufriera, pero un pequeño golpe fuerte la prepararía para lo que estaba por venir.

Como era de esperar, algunos pellizcos intercalados con una fuerte presión y frotar su

clítoris, abrieron las compuertas cuando la respiración se atascó en su garganta.

“Déjeme oírla, Sra. Dean”, suspiré, amando el sonido de su éxtasis.

Gimió mientras yo acariciaba la cabeza de mi polla a lo largo de su empapada raja húmeda.

“¿Quieres esto?”, le pregunté introduciendo la punta de mi polla en ella.

“Sí, lo quiero”, apenas pudo decir.

“¿Si?”, bromeé, avanzando un poco más.

“Xavier, por favor”, suplicó, tomando mis muslos.

Me encantaba escucharla decir mi nombre; era tan íntimo, tan perfecto. Presioné mis manos sobre sus caderas y ella se deslizó más hacia mí.

“Está bien, vaquera, es todo tuyo”. Le di una palmada en el trasero y la dejé ir.

“¿Qué sucede con el condón?”, gritó cuando golpeé su punto sensible.

“Me retiraré cuando esté listo para venir. ¿Estás de acuerdo con eso?” Observé su rostro en busca de signos de estrés, pero no había nada más que placer. “Puedo conseguir uno”, presioné, necesitando una respuesta.

“Está bien, sólo retírate”, suspiró mientras luchaba por permanecer montada sobre mí.

Sus magros músculos estaban completamente flexionados mientras trataba de permanecer a horcajadas sobre mi polla sin empalarse por completo. Deslizó sus caderas hacia atrás sobre mí y se inclinó hacia mí, pero sus ojos se veían muy abiertos y parecía incómoda. Su coño estaba tan apretado. Luchó un poco con sus piernas, tratando de trabajar sobre mí. Entonces apoyé mi espalda contra la cabecera mientras sostenía sus caderas, y las bajaba lentamente sobre mi polla,

estabilizando su cuerpo. Era la mirada que quería ver; alivio, placer... quizás alegría.

Me encantaban sus expresiones y la forma en que sus perfectas tetas se mantenían erguidas mientras yo la rebotaba sobre mí y ella se aclimatava a mi tamaño. Sentí que mis bolas se apretaron con solo unas pocas docenas de empujes. Pensé que no me quedaría mucho más para ella después de casi vaciarme en la primera ronda, pero podía sentir el semen brotando de mis testículos, preparándome para disparar; tuve que frenarla.

“¿Crees que puedes intentarlo ahora?”, dije ásperamente. “Inclínate un poco hacia adelante, con las manos en el pecho”.

Obedeció, y de nuevo, una mirada de alivio mientras bombeaba lentamente mi polla dentro y fuera de ella. Podía sentir su excitación aumentando mientras mantenía el ritmo tortuoso, construyendo mi erupción exquisitamente. Se estaba volviendo más de lo que podía soportar, el lánguido balanceo de sus caderas mientras se aplastaba hasta mis bolas. Estaba completamente enfundado en ella; impresionante. Cuando se presionó un poco más sobre mí, no pude soportarlo más. Se balanceaba hacia adelante y hacia atrás, su respiración era corta y gemía, estaba allí en la cúspide. Mis manos encontraron sus caderas de nuevo. No pude evitarlo; arrojé mi polla dentro de ella rápidamente con golpes rápidos y duros.

Gimió y gritó mientras se corría. Su excitación se deslizó sobre mi polla y mi vello púbico, y eso era todo. El gran pequeño Sr. Dean y yo estábamos en la gran final. No quería dejar su cuerpo, pero tuve que hacerlo cuando la levanté suavemente de mí y tomé mi polla, acariciándola hasta que soplé una enorme carga en el aire. Mi estómago se agitaba mientras respiraba con dificultad. Mi semen aterrizó por todas partes.

Joder, ella era todo.

Mientras yacía recuperándose, su querida mano se arremolinó en mi eyaculación haciendo

imágenes en la parte inferior del abdomen, tan peligrosamente cerca de la fuente. Sus deditos locos pintaban con mi propio semen. Los detuve; no sobreviviría a otra ronda. Sus hermosos pechos estaban justo en mi cara; ella también estaba jadeando, descendiendo de la agonía de la pasión. Me incliné y ubiqué su pezón en mi boca. Adoraba su sabor, incluso con la sal del sudor y la liberación sexual. Sus manos encontraron mi cabello, cubriéndolo con mi esencia. Todo olía a ella y a mí. Definitivamente, nos habíamos reclamado el uno al otro esa noche.

“Gracias, Xavier; gracias por una hermosa noche”.

Sentí que podría estar al borde de las lágrimas. No podía suceder eso, no quería lágrimas, esto no había terminado. ¿Quién dijo que había terminado? Me asustó un poco. “Conseguiremos algunos anticonceptivos mañana”. Fue una tontería decirlo, estúpido de hecho, pero no podía pensar en otra forma de decirle que quería más.

Me miró pero no dijo nada; sus ojos aún estaban distantes. Me dolía la cabeza por la fatiga y el comienzo de una cruda terrible. Quería que se sintiera acogida y amada, y también quería dormir; eran casi las cuatro de la mañana.

“Necesitamos una ducha”. La levanté en mis brazos. “No me gusta irme a la cama pegajoso y...” Me miré el estómago pintado de esperma. “Estoy muy pegajoso en este momento”. Me reí; esto le sacó una sonrisa. “¿Quién sabía que eras una artista?”, dije mientras me ponía de pie con ella en mis brazos.

“No sé por qué hice eso”, dijo riendo. “Es un poco asqueroso”.

“No, es jodidamente sexy y me dan ganas de tenerte de nuevo, pero el gran Sr. Dean necesita descansar”. Se desplomó contra mis brazos, su rostro cayó en mi pecho. “Y tú también”, dije más suavemente llevándonos al baño.

“Eso es bueno”, bostezó mientras la bajaba y abría la ducha. “No creo que pueda manejar

más al gran pequeño Sr. Dean en este momento”, dijo mientras su mano acariciaba inadvertidamente su coño hinchado como para calmarlo.

Parecía doloroso y mi corazón se derritió. Yo le hice eso.

“Quizás deberíamos conseguirle al Sr. Dean un bozal y una correa. Se suponía que tenías que decirme que me detuviera”, casi la regaño.

“Me gustó”, sonrió. Su querido rostro era serio e inocente.

Cuando el agua estuvo lo suficientemente caliente, tomé su mano y nos metimos en las cascadas de agua limpia y cálida. Lavé su cuerpo, cada curva, memorizando su trasero perfecto, la peca en la parte superior de su nalga derecha, el lunar cerca de su omóplato izquierdo, sus pezones rosados, su cabello dorado y castaño, sus dulces muslos inclinados con un espacio perfecto.

Quería bañarla en amor mientras ella luchaba por conciliar el sueño para mantenerse de pie, arrullando con mi detallada atención a cada centímetro de su cuerpo. Cuando le di la vuelta para enjuagar el jabón, volvió a bostezar.

“Déjame lavarte ahora”, ordenó detrás de los ojos medio cerrados.

“En otro momento”. Besé su frente y la dejé descansar sobre mi hombro. Deslicé el jabón rápidamente por mi cuerpo, enjuagué y cerré el agua.

La levanté de nuevo y tomé una toalla, envolviéndonos a los dos con ella. La habitación estaba lo suficientemente caliente como para secarnos bajo las mantas. Saqué la mayoría de las gotas antes de meterla en la cama. No pasaron segundos antes de que se desvaneciera.

“Buenas noches, Xavier”, medio murmuró. “Gracias por casarte conmigo por un día; fue divertido. Prometo no decírselo a nadie...”, y con eso, se quedó dormida.

Su rostro era perfecto y encantador. Quería despertarla y decirle que no me importaba si se lo contaba a la gente; no la iba a echar mañana. Quiero decir, recién estábamos comenzando esto, fuera lo que fuera. Honestamente, nunca había sentido tanta emoción abrumadora desde Lauren. Arcadia era diferente a Lauren pero parecía igualmente asombrosa. Sin conocerla realmente, me daba cuenta de que había algo en ella digno de mi interés. Quería tomarme el tiempo para conocerla mejor. No quería despedirla. Me sentía triste; se quedó dormida pensando que sí. Ella había sido respetuosa con mi estatus y nunca se aprovechó de quién era yo. Era divertida, encantadora... y muy loca. ¿Quién le dice a alguien que tiene que casarse contigo para tener sexo y lo sigue? Arcadia Dean lo hace... y estaba empezando a quererla.

Miré el tatuaje en mi bíceps y en lugar de encogerme, sentí una punzada de orgullo. Si no podía quedarme con ella un día, al menos podríamos mantener juntos este recuerdo permanente de nuestra noche. Estaba seguro de que me arrepentiría más por la mañana, pero cuando me acosté a su lado, colocando su delicioso cuerpo delgado cerca del mío, todo se sintió bien.

Capítulo 8

Arcadia

Mi vejiga me arrastraba pateando y gritando de uno de los mejores sueños que podía recordar haber tenido. Le estaba haciendo el amor a Xavier. Estábamos en medio de un campo abierto tendidos en una manta de picnic mientras él me hacía el amor bajo el cálido sol de un día dorado brillante. Estaba completamente cómoda con su tamaño y podía acomodarlo fácilmente, a diferencia de la forma en que mi pobre coño luchó con él durante toda la noche. Aún me sentía bastante en carne viva cuando desperté. “Al menos me recordarás allí”, dijo su voz en mi cabeza. Poco sabía él que no había forma de que lo olvidara. Dean Xavier bombeó dentro de mí, y me apreté a su alrededor mientras respiraba en mi cuello. Pude sentir el éxtasis irradiando de su cuerpo, y supe que le estaba dando el amor que su mente y alma necesitaban.

Éramos imprudentes, hermosos y jóvenes. Libres para explorarnos el uno al otro; dejaba que su semilla llenara mi útero y era su verdadera esposa. Era un sueño tan delicioso. Cuando mi vejiga gritando tiró y me despertó, pude sentir el calor de su cuerpo y su polla semidura entre mis nalgas. Me encantaba la forma en que se sentía. Era cálido y perfecto. No quería que el momento terminara.

Estaba comenzando a preocuparme profundamente por él; sin embargo, tendría que reflexionar sobre ese pensamiento más tarde, ya que mi vejiga no podía esperar. No solo la vejiga me estaba golpeando por no orinar antes; el sol brillante también entraba furiosamente por la ventana. Me maldije por no cerrar las cortinas opacas anoche. Hubiera sido bueno tener un par de horas más para dormir en paz. Ninguno de los dos tenía nada urgente esa mañana; podríamos habernos quedado en la cama y habernos vuelto a tener. No podía creer que pudiera quedarse dormido con toda esta luz a todo volumen.

Lentamente me solté de su agarre mientras él gemía un poco pero no se despertaba. Deslicé mi cuerpo fuera de la cama, corrí hacia las cortinas opacas y las cerré para que pudiera seguir durmiendo. Quizás volvería a mi lugar y al hermoso sueño que estaba teniendo.

Corrí al baño; llegué justo a tiempo. Mientras estaba allí, oí sonar mi teléfono, lo que me recordó que también deseaba poner mi teléfono en silencio. Cuando terminé en el baño, fui a ver quién había llamado. Tenía las veintisiete llamadas perdidas que había ignorado durante la noche, así como también toneladas de mensajes de texto, cada uno aumentando en su nivel de ira y urgencia. Todos eran de mi padre. Al principio, los mensajes se disculpaban por llegar tarde. A aquellos a los que les había respondido con un “No se preocupen. Saldré con un amigo, no esperen más”.

Los siguientes se preguntaban dónde estaba. Parecían preocupados por mi bienestar, así que confirmé que estaba con un amigo, pero no especificué quién, y les dije que no se preocuparan, que estaba a salvo, que todo estaba bien. Los siguientes textos eran más exigentes, diciéndome que regresara al hotel inmediatamente. Le recordé amablemente que era una adulta, no una niña, y que lo vería más tarde al día siguiente y para darle mis disculpas a su amigo, a quien seguramente conocería algún otro día.

Fue entonces cuando los mensajes de texto dieron un poco de miedo y supuse que mi padre estaba borracho. Ciertamente ya estaba en ese punto. Entonces, simplemente bloqueé mi teléfono pero no lo apagué; lo ignoré por el resto de la noche. Lo que estaba leyendo, sin embargo, en los últimos textos que habían llegado unos momentos antes, congelaba la sangre en mis venas. Su amigo y él estaban en mi habitación de hotel y estaban desesperados por encontrarme. Iban a llamar a alguien para que me arrastrara de regreso y no me moviera. Alguien vendría a buscarme pronto.

El último mensaje de texto que había recibido era de hacía seis minutos, diciéndome que

había usado mi aplicación “dónde está mi teléfono” para rastrear mi teléfono hasta el Bellagio, y que venía a buscarme ahora. Ese me hizo entrar en pánico. Mi corazón latía tan fuerte que casi vomito. Su texto explicaba, además, que me había regalado a su amigo como parte de un trato comercial. Tenía que empacar mis cosas e ir con él de inmediato por un período de tiempo no revelado. Tenía que hacerlo sin quejarme y satisfacer las necesidades de su amigo sin resistencia. Me sudaban las palmas y apenas podía pensar.

¿Iba a ser la esclava de este hombre? ¿Su juguete? Casi me desmayo al leerlo; todo parecía ficción. Entonces se había atrevido a hacer uso de la adulación diciendo que su amigo me quería porque me había visto una vez y pensaba que yo era la mujer más hermosa que jamás había visto. Me sentía enferma. Me sentía enfadada y aterrorizada. Si acudía a la policía, podían haber muchos problemas para mí. Mi papá tenía conexiones con la mafia; había trabajado con ellos toda mi vida. Lo descubrí cuando “tíos” extraños solían venir a la casa o a la tienda, llevando toneladas de dinero en efectivo, con olor a colonia repugnante, lleno de besos para mí y luego nunca los volvía a ver. A veces, se quedaban con nosotros por un tiempo, a veces se quedaban solo unas pocas horas. Todo lo que mi papá hacía con su trabajo estaba encubierto en secreto o mentiras. Me imaginaba que era un gran jefe de la mafia con horror cuando era más joven, pero resultó ser cierto. No era el jefe, pero seguro que conocía a mucha gente muy corrupta. Había momentos en mi vida en que la gente desaparecía. Nunca aparecía ningún policía para investigar y las cosas se escondían debajo de la alfombra. Durante mi niñez me di cuenta de que mi padre podía ser letal; hacerlo enojar a menudo significaba ir a una tumba prematura.

Sabía que no podía quedarme con Xavier en su habitación. Mi papá y su “amigo” el monstruo probablemente ya estaban en el hotel, si no de camino hacia allí. No podía estar segura; nuestro hotel estaba al menos a una milla de distancia. Como acababa de llamar, apagué mi teléfono y saqué la batería, con la esperanza de que desactivara su capacidad para encontrarme. Presa del pánico, traté de descifrar mi cerebro y hacer un plan. Tenía que salir del hotel y

alejarme de Las Vegas lo más rápido que pudiera.

No quería que Xavier se viera envuelto en todo esto; no se lo merecía. Miré su hermoso rostro dormido y mi corazón se rompió en un millón de dolorosos pedazos. Busqué mi ropa en el suelo. Al encontrarla, me di cuenta de que no quería volver a ponerme mi tanga ni mi vestido. Teniendo en cuenta que no estaba segura de a dónde iba, no podía usar el vestido de manera segura durante el día; era un poco demasiado suelto y corto.

Eché un vistazo a la pila de ropa de Xavier y decidí que podía soportar ser una ladrona si eso significaba salvar mi vida. Con suerte, algún día lo entendería. Me puse su ropa interior, sus pantalones y su camisa. Todos eran demasiado grandes para mí y olían maravillosamente a él. Si no podía tenerlo, al menos tendría su olor. Volví a mirar su rostro, su rostro perfecto e increíble, su cuerpo fuerte y cincelado, sus brazos poderosos y su pene asombroso; todas las partes del hombre que había llegado a amar en una sola noche. Sabía que lo extrañaría para siempre.

Tomé mi pequeño bolso con tachuelas en el que no cabía mucho; mi billetera, mi teléfono y mi pasaporte. Dado que mi licencia de conducir se había caído de mis pantalones cortos mientras daba una clase de surf la semana anterior, llevaba mi pasaporte como identificación hasta que llegara mi nueva identificación. Tomé mi teléfono, temiendo el poder que tenía ahora y nuestra licencia de matrimonio. Si tuviera que cambiar mi nombre, necesitaría este documento. Estaba segura de que a Xavier no le importaría si se había ido. Estaba bastante segura de que habríamos estado anulando nuestra boda en algún momento hoy, de todos modos. Después de encontrar un lugar seguro, me pondría en contacto con él y me aseguraría de que se resolvieran los problemas legales entre nosotros. No quería que pensara que estaba tratando de obtener más de lo que me había dado.

Lo miré una vez más; el tatuaje aún estaba rojo y doloroso en su brazo. Arcadia. Esperaba que no le importara tenerlo. Estábamos tan borrachos, pero la noche... fue absolutamente increíble.

Una que nunca olvidaré, nunca. Eché un vistazo a mi propio tatuaje, también curativo; un delfín saltando al cielo. Tenía más importancia ahora de lo que jamás había anticipado. Me quité el anillo de bodas y lo puse junto al de Xavier en la mesita de noche, pero se sentía tan definitivo soltar el anillo, soltarlo. Me lo volví a poner, sintiéndome un poco culpable, pero era la única parte de él que podía conservar. Le lancé un beso y salí silenciosamente de la habitación, aterrorizada de que pudiera encontrar a mi papá en el pasillo. Todo lo que tenía que hacer era salir... sólo salir y escapar.

Corrí hacia el ascensor, deseando haber robado un sombrero para cubrir mi cabello. Me subí el cuello de la camisa. No era un buen disfraz, pero al menos mi papá no estaría buscándome con ropa de hombre. Comentó sobre mi vestido cuando se fue a su maldita reunión de negocios, así que sabía lo que estaba usando. Probablemente también sabía lo que podría haber estado haciendo con mi “amigo”, así que no estaba totalmente a salvo; podía haber esperado que yo llevara ropa de amante. Eso por sí solo haría que tanto a Xavier como a mi nos mataran, muy probablemente.

De hecho, era tan raro que me hubiera acostado con hombres que mi papá probablemente pensaba que había conocido a una chica jugando, y nos estábamos divirtiendo en el casino. Probablemente no pensaba que estaba con un hombre, ya que sabía que mataría a cualquiera que se acostara conmigo sin su permiso. Eso es lo que hervía la sangre en mis venas. No dejaba que un hombre decente me tocara, pero no tenía problemas para venderme a un monstruo. ¿Cómo diablos planeaba salirse con la suya? Todo era demasiado surrealista para considerarlo; solo tenía que salir. Cuando se abrieron las puertas del ascensor, me eché hacia atrás y escaneé el vestíbulo en busca de señales. No había nada; la habitación estaba relativamente tranquila. Una criada estaba pasando la aspiradora por el suelo y un agente de la recepción estaba de pie junto al largo mostrador. Revisé mi entorno nuevamente y me dirigí al mostrador.

No estaba exactamente segura de adónde iba, pero tenía una idea. Tenía mucho dinero que

había estado ahorrando para mi próximo pago de matrícula. Tendría que cobrar eso para que no consultara con mi banco para ver dónde estaba gastando dinero. Entonces, pensé en tomar el autobús Greyhound a México. Mi tía Claudia y yo siempre habíamos planeado que yo pudiera tomar un autobús a México y luego desde allí, tomaría un autobús a Costa Rica, donde ella vivía.

“Es tan barato”, decía siempre. “Solo ven a visitarme y aléjate de todo ese trabajo duro. Pasa el verano aquí”. Era tan dulce y maravillosa.

Papá nunca me dejaba salir de casa en realidad. Solo trabajaba y estudiaba. A veces salía con amigos, pero rara vez. Lo último que quería decirle era que la tía Claudia quería que fuera de visita. Lo bueno era que no sabía que la tía Claudia estaba en Costa Rica, ya que siempre iba de un lugar a otro. La tía Claudia no era realmente una tía; era amiga de mi madre. A pesar de que mi mamá se había ido, la tía Claudia me vigiló mientras crecía. Siempre soñé que algún día me diría que a mi mamá le importaba y que lamentaba haberme dejado. Cuando la tía Claudia pensó que estaba creciendo bien, también se escapó, pero yo aún la amaba.

En los pocos minutos que me llevó cruzar nerviosamente el vestíbulo desde el ascensor hasta la recepción, tuve un plan. Iba a retirar mi dinero del cajero automático del hotel ubicado a la izquierda de la puerta, en un bonito rincón oscuro, y tomar un taxi hasta la estación Greyhound. Mi padre no me encontraría allí, ya que ni en un millón de años esperaría que me subiera a un autobús para ir a ninguna parte. Estaba por encima del transporte público. Si no fuera por la tía Claudia, nunca hubiera considerado un autobús. Para mí, los únicos modos de tránsito eran un automóvil privado o un avión. Un autobús nunca figuraría en las sospechas de mi padre.

Si sacaba todo mi dinero del cajero automático, él podría pensar que me lo había jugado todo y por eso lo estaba evitando. Era una buena tapadera. Debe haberme dicho un millón de veces que vigile mi dinero en Las Vegas. Debería haber sabido que yo era más responsable que eso, pero me alegraba que no fuera lo suficientemente perspicaz como para conocerme tan bien. El

último mensaje que me envió sobre su amigo no solo fue una amenaza, sino quizás también un castigo por hacer inevitablemente algo estúpido como pasar la noche fuera con alguien que acababa de conocer, y perder todos mis ahorros. Mi corazón latía con fuerza en mi garganta cuando fui a ver al agente de recepción, que parecía aburrido y somnoliento.

“Necesito llamar a un coche, por favor”, le dije, mirándolo mientras caminaba.

No pensaba mucho en mi apariencia, pero apuesto a que era tan mala como pensaba que podría ser; con el cabello sin peinar y secado al aire, con ropa de hombre holgada y arrugada. Era Las Vegas; estoy segura de que había visto una buena cantidad de rameritas desaliñadas. Yo era solo una más. Miré mi pequeño anillo de bodas. Era la esposa de Xavier Dean. Eso me reconfortaba. A pesar de la fantasía, yo era su esposa, aunque solo fuera por una noche. El pensamiento me mantenía cuerda mientras mis ojos continuaban escaneando la habitación, esperando a que mi padre apareciera y me arrebatara.

Si entraba por esas puertas, estaba segura de que iba a provocar una escena, una tan grande que todos los agentes de seguridad del lugar vendrían corriendo. No había manera en el infierno de que yo fuera “regalada” a alguien. Esto también me daba paz. No importaba cuándo o si era detenida, no caería sin pelear.

“Disponemos de un servicio de coche de hotel; ¿te gustaría usar eso?”, preguntó el agente de recepción en un tono divertido y educado.

“Sí, por favor”, respondí, sin importarme ni el costo. Solo necesitaba la forma más rápida de salir de allí.

El auto llegó mientras yo retiraba mi dinero del cajero automático. Por suerte, lo hice sin ver ninguna señal de mi padre. Me deslicé en el asiento del coche de cuero pulido, cerré la puerta y finalmente respiré hondo. Lo había hecho, había escapado. Nos alejamos de las relucientes

paredes doradas y mi corazón se sintió ligero de alivio y pesado de dolor. Estaba dejando atrás a Xavier.

Capítulo 9

Xavier

“¿Qué carajo, amigo? Es como el mediodía, te perdiste el desayuno”, oí entrar en mi habitación desde algún planeta lejano.

No había forma de que saliera del calor de mi cama. Aunque estaba saciado y cómodo, tenía la extraña sensación de que faltaba algo; algo se sentía increíblemente vacío. Lo descarté porque mi estómago necesitaba comida, y mi pobre cerebro maltrecho necesitaba un analgésico de una noche de exceso de alcohol... y agua... y, follar. Intenté volver a dormirme e ignorar lo que fuera que lo interrumpía.

La cama se hundió.

“Entonces, si Crystal pregunta, el baile erótico de anoche después de que nos abandonaste, bastardo, no fue sexo. Fue solo un poco de molienda. Pero ah, Dios mío, fue una molienda alucinante. No le digas eso... nunca. Pero en serio, me corrí tan duro y ni siquiera me saqué la polla”.

Gemí ante el sonido de la voz de Damon.

“Vete, idiota. ¿No ves que estoy durmiendo?” Esperaba sonar tan irritado como estaba.

“No, idiota, tenemos golf con mi futuro suegro en una hora. Prometí que estarías allí. Puede que sea un poco fan, pero me lo debes, hermano, por dejarme anoche. Me dejaste con mis salvajes e irresponsables amigos, así que es tu culpa si Crystal descubre que pagué otro baile erótico en mi habitación de hotel. Muy privado... muy jodidamente alucinante, y de alguna manera, mi polla se escapó entonces. Una vez más, Crystal nunca lo sabrá... ¿Qué diablos tienes en tu brazo?”

Su voz estaba tan sorprendida que abrí los ojos solo para ver de qué estaba hablando. Mi brazo estaba muy tierno y dolorido.

“¿Es ese el maldito nombre de alguien tatuado en tu brazo?” Su voz estaba helada por la incredulidad.

Salté de la cama, completamente desnudo, agradecido por la sábana que cubría mi madera matutina. Estiré el cuello para ver mi brazo y todo volvió a mi mente. ¡Arcadia!

Apoyé la cabeza en la almohada y miré al techo en estado de shock.

“¿Arcadia? ¿Quién diablos es Arcadia y, hermano, es una alianza de boda? Quiero decir que es de mal gusto, pero está en tu maldito dedo izquierdo... ¿quieres explicarlo?” Vio algo de humor en mi situación ahora, donde todo lo que tenía era pavor.

Todo regresó rápidamente, y los recuerdos no estaban nada mal, de hecho, todo lo que hice que mi cerebro recordara era agradable y maravilloso. Me incorporé lentamente y miré alrededor de la habitación; una sensación de pérdida se filtró en mi piel. ¿Dónde estaba ella?

“Arcadia”, dije lentamente. “Es la chica con la que me casé anoche”.

Eso fue divertido. Ver el horror y la conmoción en su rostro no tiene precio.

“¿Qué diablos?”, fue todo lo que pudo lograr. “Historia, por favor”. Se levantó de la cama y se sentó en una silla. “Tenemos algo de tiempo”.

Me reí. “Veré tu baile erótico con un deslizamiento accidental de la polla y te haré follar un trasero caliente, un tatuaje y una boda”, dije con orgullo, no siendo normalmente “uno de los chicos” de una manera tan vulgar. “Ella era encantadora”.

Busqué por la habitación mi ropa interior y mis pantalones, que resultaban ser mis favoritos

en la nueva línea, no queriendo tener esta charla con Damon desnudo, y descubrí que se habían ido.

“¿A dónde fue mi ropa?”, pregunté, realmente asombrado.

“¿Te refieres a estos?” Damon se inclinó y recogió el vestido vaporoso de Arcadia y la diminuta tanga de encaje.

“¿Ella robó mi ropa?”, le pregunté al aire.

“Estoy seguro de que robó más que eso, idiota. Esto es Las Vegas, y acabas de jugar. Vístete y llamaré a la policía”.

“Tendré que posponer el juego de golf. Estoy seguro de que no querías ir de todos modos”, dijo, levantándose de la silla.

“Espera un momento antes de llamar a la policía. Puede que nos esté sirviendo el desayuno o algo así. No nos volvamos locos. Ella es encantadora, Damon. La adorarías. Tendría que luchar contra ti por ella, en realidad”, gruñí.

“Em, me voy a casar”, advirtió. “El próximo fin de semana”.

“Vas a terminar odiando a una esposa trofeo. Créeme, las pollas no se resbalan a menos que ya estén un poco resbaladizas. Deberías estar cegado por el amor, hermano. Si fuera así, la idea de engañarla debería enfermarte”. Me incliné hacia el cajón junto a la cama para sacar un par de ropa interior que me puse debajo de las sábanas.

Viajaba mucho; odiaba vivir con una maleta. Siempre guardaba mi ropa en los cajones y armarios cuando llegaba a un hotel. No me gustaba sentirme como si estuviera fuera de casa, y ese pequeño toque siempre ayudaba. El rostro de Damon se puso un poco de color sabiendo que al menos parte de lo que había dicho era verdad.

“Bueno, al menos no estoy cegado por la lujuria. Te daré un minuto para que te recuperes, pero te sugiero que llames a tu banco antes de hacer cualquier cosa y averigües cuánto dinero queda allí... si es que lo hay. Regresaré en diez, luego espero escuchar la historia completa. Debo admitir que estoy bastante horrorizado, Xavier, pero también muy impresionado. ¡Todo esto no eres tú, bravo!”, dijo el bastardo en un tono condescendiente.

Tomé mi teléfono celular y fui a mi aplicación de banca en línea mientras me vestía. Solté un suspiro de alivio; cada centavo seguía allí. Revisé mi billetera, lo mismo. Los cinco mil en efectivo aún estaban ordenados en filas agrupadas por mil. Si había tomado algo, no era mucho. Luego miré en el baño y en el balcón para ver si se escondía cuando oyó a Damon entrar. Conociéndola como casi la conocía, sería algo que consideraría, no querer interrumpir mi vida real.

Ella no estaba por ningún lado y, como prometió, Damon regresó esperando respuestas.

“No falta nada”, confirmé mientras caminaba por la habitación.

“¿Aún? Aún no falta nada. ¿Tiene tu información? ¿Firmaste un certificado de matrimonio? ¿Dónde está eso?”

Miré hacia el tocador junto a donde estaba su ropa amontonada después de que Damon la dejara caer. En la cómoda estaba mi billetera, mi teléfono y el recibo de los anillos, pero no la licencia de matrimonio.

“Joder”, espeté. “O lo dejé en la capilla de bodas de autoservicio o ella lo tomó. Dios, me duele la cabeza. Tráeme un poco de Le Coix y un sándwich de desayuno mientras soluciono todo esto, ¿quieres?”, le grité a Damon, angustiado, confundido, enojado.

“Sí, Maestro”, se inclinó el idiota arrogante. “Recuerda que estás aquí para MI despedida de soltero. No necesito este drama”, me dijo. “Ve a buscar tu propia mierda”, dijo, dejándose caer

en una silla.

“Bien, solo le diré a Crystal que te follaste a la bailarina de regazo. Sirve para el propósito por el que vine aquí”. Mostré una sonrisa malvada. Dios, me duele la cabeza.

“¿Y qué diablos significa eso?”, preguntó luciendo un poco menos arrogante y un poco más temeroso.

“No creo que debas casarte con Crystal. Ella es un cerdo, y tú te divorciarás un año después de que ella haya desviado todo tu dinero, lo que te hará pagarle la mitad de tu salario por el resto de su vida. Supongo que contratará a un abogado especializado en tiburones y encontrará la manera de follarte más fuerte de lo que tú te follas a la bailarina erótica”, gruñí.

“Eso de un hombre que acaba de casarse con una ladrona después de conocerla por menos de veinticuatro horas, eso es rico”, dijo mientras se levantaba, salía de la habitación del hotel y cerraba la puerta.

Grité en la puerta: “Huevo y arena de jamón y un expreso triple”.

Él estaba en lo correcto; era un idiota. Tenía que aclarar mi cabeza; dónde podría estar ella. Miré mi teléfono en la cómoda y pensé en llamarla, pero ni siquiera conseguí su número de teléfono. Sí, eso fue brillante; casarse con una mujer, lo cual fue completamente idiota, y no obtener ni un apellido, y mucho menos información de contacto. Bueno, me dijo su apellido, pero estaba tan borracho que no podía ni pensar en eso. La llamé Arcadia Dean; sonaba bien. ¿Por qué tomaría la licencia de matrimonio?

Entonces, me di cuenta. Probablemente iba a ir a los tabloides. ¿Por qué arriesgarse a pasar tiempo en la cárcel robando mi cuenta bancaria cuando podría vender información que me difamaría por mucho más dinero? Mi corazón cayó de rodillas. Estaba tan equivocado. Simplemente no pensaba que ella fuera el tipo de persona para hacer tal cosa. Supongo que podría

haber sido peor; la mayoría de la gente pensaba que yo era gay. Había una teoría bastante popular en Internet de que en realidad yo era gay y algún modelo lo confirmó. Las mujeres y el mujeriego eran solo una estratagema para desviar a la gente de la verdad.

Conocía al idiota que decía que era gay. Era un pequeño consumidor de metanfetamina agresivo que intentó meterse en mis pantalones más veces de las que podía contar. Era un modelo de estampados popular y prácticamente era el rostro de la moda masculina, pero había llegado tarde a demasiadas sesiones de fotos, y lo despedí. Fue impactante descubrir que yo era gay justo después de eso, y él tenía pruebas, conocimientos personales que nadie podía comprobar, de las noches que habíamos pasado juntos... en sus sueños. Era un poco complicado para las relaciones públicas, pero mi agente me decía constantemente que todas las relaciones públicas eran buenas relaciones públicas. “Agrega un poco de intriga”, alentaba mi agente. Supongo que tenía razón. Las mujeres aún me querían y podía acostarme con ellas con bastante regularidad. Mi ropa aún era sexy y solicitada, por lo que no había daño ni falta. El pobre ya se había arruinado la vida con las drogas y ahora estaba en la cárcel por chantajear a un fotógrafo, así que al final era un ganador.

Sentía que la tristeza se apoderaba de mí. Arcadia parecía diferente. Justo cuando estaba a punto de lanzarme a una fiesta de lástima en toda regla, Damon llegó con el desayuno.

“No puedes decírselo a Crystal”, dijo, casi arrojándome la comida. “Ella me dejaría seguro. Y a pesar de lo que piensas de ella, la amo. No tengo ni idea de por qué te casaste con una criminal por capricho, pero realmente amo a Crystal. Estaba borracho y aterrorizado de que en una semana el suyo fuera el único coño que volvería a tocar. Me asusté, ¿de acuerdo? Hazme un favor y mantenlo entre nosotros. Imagínate meter la polla en el mismo agujero todas las noches para siempre. Me gusta la vagina de Crystal y todas sus partes, pero solo tuve un momento. ¿No son para eso las despedidas de soltero? Se supone que debes tener un último hurra. Y honestamente, todo lo que hizo fue demostrar que la amaba a ella y a su vagina lo suficiente como para casarme con ellas. Dudo que tengas eso con tu pequeña novia criminal”. Estaba siendo

honesto. Esto era real para él.

Tuve que dar marcha atrás.

“Si Arcadia regresa, es probable que anulemos nuestro matrimonio de inmediato. Te doy crédito, Damon, por hacer el compromiso. Eres mejor hombre que yo”, le dije, desenvolviendo el sándwich y tomando un bocado saludable. “Y gracias por esto”. Le levanté el bocadillo. “Soy una bestia sin desayuno”.

“Tú lo estás diciendo”. Puso los ojos en blanco y sonrió.

Capítulo 10

Arcadia

No podía deshacerme de los sentimientos de tristeza y náuseas que seguían golpeándome en oleadas. Estaba tan perdida cuando entré al auto.

“¿A dónde?”, preguntó el conductor después de que partimos del Hotel Bellagio.

“Estación de autobuses Greyhound, por favor”, dije en voz baja.

Necesitaba alejarme lo más posible de la franja. También necesitaba ropa, pero no podía tomarme el tiempo para comprarla aquí. Quizás había algo en la estación de autobuses. Quizás usaría la camisa y los pantalones de Xavier todo el camino hasta Costa Rica. Me acurruqué más en su reluciente camisa de algodón blanco. Oía como él, y eso me hacía sentir cómoda y segura. También me hacía sentir muy triste.

Estaba planeando devolverle el anillo para que pudiera recuperar su dinero, y realmente no quería robar la licencia de matrimonio; era solo que, si tuviera que cambiar mi nombre, si llegaba a eso, podría. Probablemente pensaba que los había robado para demostrar que estaba casada con él. Debía odiarme. Eso era todo lo que podía pensar mientras estaba sentada en la estación de autobuses esperando mi autobús de la una en punto a la Ciudad de México. Iba a ser un viaje de cuarenta y ocho horas. Cuarenta y ocho horas en autobús. En la Ciudad de México, me trasladaría a otro bus que me llevaría a Costa Rica, y nuevamente serían unos días más para llegar.

No había llamado a mi tía Claudia para decirle que iba a ir. Pensaba que lo haría cuando estuviera fuera del país y pudiera comprar un teléfono. Iba a vivir en una fe durante los próximos días, con la esperanza de llegar a Costa Rica a salvo y que Claudia aún viviera allí. Todo lo que tenía por delante hacía que mi corazón se acelerara de miedo, pero lo que me perseguía me

asustaba más, así que cerré los ojos y me perdoné por dejar a Xavier sin decir nada y salir corriendo. Las consecuencias eran demasiado espantosas.

Casi esperaba que mi padre atravesara la puerta, pero nunca lo hizo. No pude encontrar una tienda de ropa, pero había una pequeña tienda de regalos. Compré una mochila, unos bocadillos, una camiseta que decía Vegas en azul brillante; era eso o rosa, y un par de pantalones cortos, también luciendo Vegas en ellos. No había nada en la tienda que no tuviera el blasón de Las Vegas, y los dos artículos que escogí eran los menos chillones.

Cuando llegó mi autobús, sentí otra oleada de alivio. Con él vino un sentimiento igualmente poderoso de tristeza cuando entré al autobús y encontré un asiento escondido en la parte de atrás. No había forma de que Xavier me encontrara alguna vez. Quizás algún día llamaría a su oficina y trataría de explicárselo todo. Aunque no era una ladrona ni una mentirosa, me sentía como ambas. ¿Cómo algo tan feliz se había vuelto tan horriblemente triste? Seguía diciéndome a mí misma que sería triste de todos modos. Esto solo hacía que la tristeza fuera más rápida y permanente.

No había forma de que pudiera quedarme con un hombre como Xavier Dean; sólo íbamos a durar un día. A pesar de que se burlaba del control de la natalidad y de querer más, era solo parte de su encanto. Tenía pruebas de que no era gay, lo que hacía que los otros rumores fueran más ciertos. Tenía muchas mujeres. Yo era solo una de ellas. Probablemente, ya se estaba quitando el tatuaje. Eso fue solo un sueño. Aún lo sentía dentro de mí, aún dolorida por nuestro amor. Sólo era incómodo porque quería que él calmara el dolor y me llenara de nuevo. El vacío se estaba volviendo insoportable.

El solo pensamiento de él llenándome tan completamente me hacía mojarme de nuevo. Decidí pensar en otras cosas porque no quería arruinar el único par de ropa interior y pantalones que tenía que usar durante las próximas cuarenta y ocho horas. Lo que me hacía pensar en mi traicionero padre. No era de extrañar que mi madre lo dejara. Yo también lo hubiera hecho. Si la

trataba la mitad de lo mal que me trataba a mí, yo también lo hubiera dejado todo... bueno, probablemente no a mi bebé, pero ¿quién era yo para juzgar? Ella estaba libre de él, tal como yo lo esperaba estar.

El autobús tenía centros de entretenimiento personal en cada asiento, por lo que estaba agradecida. Sólo veía películas en exceso para tratar de distraerme de las cosas. Una agradable anciana se sentó a mi lado en el asiento del pasillo y, como no hablaba mucho inglés, sería un viaje largo, tranquilo, aunque aburrido.

Dormí algunas horas, habiendo descansado muy poco la noche anterior. Los sueños llenaban mi visión dormida, y como me dormí tan rápido, no sabía qué era real y qué eran sueños. Sentía el sol entrando por la ventanilla del bus, caliente e intenso; sin embargo, a pesar del sol, el sueño me reclamó fácilmente; el sol era sólo una irritación lejana.

Estaba en una pequeña playa costera; el sol ardía sobre nosotros. Xavier y yo yacíamos juntos en la arena tibia. Sabía que era una playa privada y que nadie nos molestaría. Éramos dueños de la tierra que nos rodeaba, y el vasto océano que teníamos en frente nuestro era la única forma de llegar a nosotros sin cruzar nuestra propiedad. Poseíamos todo lo que teníamos a la vista. Nuestra riqueza se sentía poderosa pero codiciosa y abrumadora. En mi mente, estaba considerando decirle a Xavier que necesitábamos compartir la tierra; era demasiado para los dos, pero el momento en la playa era pequeño, sensual e íntimo. Más tarde, habría tiempo para esas discusiones.

Podía escuchar las olas rompiendo en la orilla; era un sonido reconfortante, uno que me daba paz. Nos acostamos sobre una manta enorme y suave, con la arena al alcance de la mano. Xavier estaba tumbado a mi lado y estábamos desnudos al sol. Su polla semi-erecta se balanceaba sobre su pierna, la punta apenas rozaba el vello de sus fuertes muslos. Después de haber hecho el amor varias veces ya, estaba exhausta y mi coño cansado me dolía por sus pasiones, pero aún así,

quería más.

No podía tener suficiente de él. Pasé mis manos por su fuerte y musculoso pecho. Bronceado por el sol, su piel aún era suave como la de un bebé. Rodeé mis dedos sobre sus pezones y los vi erizarse. Ambos eran tan sensibles a mi roce.

Sonrió y tomó mi mano. “Arcadia”. Era firme pero juguetón. “Deberíamos descansar un poco”, me regañó seductoramente.

“No quiero dormir”. Hice un puchero como una niña, dejando que mi mano bailara más por su pecho.

“Lo sé”. Su voz estaba mezclada con una ligera irritación.

Mi mano se escapó de su agarre y continuó bajando hasta el mechón de cabello justo encima de su suave pene. Amaba su cabello. Me encantaba la forma en que definía los límites de su virilidad. Y la forma de sus fuertes piernas, bordeando su enorme miembro; eran fuertes y musculosas, pero delgadas. Cómo había sentido el poder de esas piernas sobre mí, impulsando sus embestidas dentro de mí, sosteniéndome sobre ellas mientras me sentaba sobre él, apretando fuerte. Amaba sus piernas, su pecho, sus dedos de los pies, su rostro, sus ojos, pero amaba más su corazón. Era cálido y gentil. Podría ser fuerte y autoritario con los demás, pero no conmigo. Yo era su igual, su socia. Nunca me ordenaba a menos que fuera juguetón o sexual. Elegíamos estar de acuerdo, negociar, respetarnos mutuamente en nuestro matrimonio, todos los días.

Deslicé mi mano sobre sus piernas fuertes y musculosas, haciéndole cosquillas en la piel, viendo cómo se le erizaba el vello. Sus bolas pesadas colgaban suavemente bajo su impresionante polla como si me estuvieran llamando. Mi mano avanzó poco a poco hacia ellas.

“Arcadia”, advirtió.

Solo quería tocar su piel, saborearla.

“Es posible que aún no puedas recuperarte lo suficiente de la última vez”, razonó mientras su respiración comenzaba a engancharse y yo me deslizaba por su cuerpo y acariciaba con la nariz su suave saco.

Olía a hombría, a mar y a jabón con aroma a sándalo.

“Posiblemente pueda hacerlo”, bromeé mientras mi lengua lo saboreaba, poniendo un saco de bolas en mi boca y luego el otro. Entonces, mi boca se movió para lamer desde la parte inferior de su eje hasta su punta brillante.

“Por supuesto. Entonces, por favor, continúa”. Su voz era cedida, casi alegre cuando puso sus manos detrás de su cabeza y me miró.

Su polla comenzó a inflarse, respondiendo dulcemente a mi tacto. Le separé las piernas y le besé los muslos de arriba a abajo. Mi cara, intermitentemente acurrucada en sus bolas, lamió el suave sabor salado. Esto lo hizo ponerse más duro. Mi mano lo ayudó a avanzar, moviendo su prepucio hacia arriba, sobre la cabeza de su polla y hacia abajo nuevamente. Su pene se volvió más resbaladizo y húmedo mientras seguía acariciando su piel. Mi pulgar le hacía cosquillas en la cabeza, tan suavemente que era como una brisa. Sabía que esto lo volvía loco.

“Me estás torturando”, gimió.

Besé la reluciente cabeza de hongo y miré el líquido gotear por la ranura, preparándose para mí. Su polla creció en mi boca, y la deslicé hasta mi garganta, tomando cada centímetro que podía. Se puso aún más dura cuando mi boca subía y bajaba, deseando tanto de él como podía.

Su mano llegó con urgencia a mi cabeza mientras lamía su eje, metiéndose en mi garganta y sacándolo de nuevo, suavemente para no lastimarme, dejándome asociarme con él para encontrar

su placer. Había mejorado en todo. Conocía cada centímetro de su cuerpo y sabía cómo despertarlo de muchas maneras diferentes. Me encantaba experimentar, me encantaba traerle alegría y liberación. Estaba sólido como una roca cuando mi boca estuvo lista.

Me senté y me arrastré de rodillas para colocarme encima de él. Era una de mis posiciones favoritas porque me permitía guiar cuánto de él tomaba al principio, mientras mi coño se estiraba y acomodaba su tamaño. Primero me deslicé hacia arriba y hacia abajo sobre él lentamente, mientras él gemía y cerraba los ojos, tambaleándose por la sensación.

“Dios, Arcadia, te sientes tan bien, cariño”, dijo mientras su mano acariciaba los lados de mi delgado cuerpo bronceado.

“Tú también, bebé”, ronroneé mientras lo presionaba más profundamente contra mí y mis caderas encontraban un ritmo y velocidad más rápidos.

Nuestro hacer el amor no era urgente, sino tierno y apasionado. Rodé y me ondulé sobre él, acercándolo más a mi centro. Mi humedad nos resbaló a los dos. Subí y bajé sobre él, sintiendo su dureza atravesar mis entrañas, rastrillar las paredes de mi vagina con una sensación alucinante. Una mezcla de dolor y placer, todo haciendo que mis entrañas se tensen cada vez más. Unas cuantas embestidas más, y encontré mi primera liberación cuando mi coño se apretó alrededor de él, presionando mientras mis muslos se congelaban, y mi cuerpo temblaba de placer.

“Me encanta la forma en que se ve tu cara cuando estás en medio de la pasión”, dijo con voz ronca, mientras caía en cascada desde mi orgasmo, retorciéndome en el viento como una brasa moribunda.

Sus manos encontraron mi trasero, acariciándolo dulcemente, separando las mejillas y dejando que el viento tocara mi coño desnudo tan inflamado y enrojecido con mi liberación. El aire golpeó la ambrosía que nos cubría a los dos y enfrió nuestros sexos. Quería más; en la fría

ráfaga de aire flotaba el deseo sobre mis nervios destrozados. Sin previo aviso, se sentó y me tomó; su boca reclamaba la mía. Su lengua era caliente y codiciosa, y lamía mi boca mientras me deslizaba más sobre él, introduciendo su polla más profundamente en mí. Hice una pequeña mueca; casi estaba tocando mi cuello uterino. Usó sus manos para aliviarme un poco de él.

Su boca se volvió reconfortante y dulce.

“Podría comerte”, gruñó mientras me acostaba en la manta, mientras su cuerpo duro envolvía al mío.

Sus dedos luego separaron mis labios inferiores para encontrar el botón sensible en mi centro. Lo frotó con dureza y suavidad como solía hacer, enviando relámpagos en todas las direcciones diferentes... volviéndome a enrollar. Sentía el sol cayendo sobre nuestros rostros, mis caderas ondulando y balanceándose bajo las suyas. Mis brazos lo acercaron más mientras aceleraba su paso, saliendo de mí y empujando hacia adentro. Sentía la brisa del aire en mi enorme agujero, perdiendo la plenitud cuando usó mi increíble humedad para deslizarse hacia adentro, una y otra vez.

Estaba llena y despojada, llena y despojada hasta que su cuerpo se abalanzó sobre mí con su fuerza y su sexo martilló el mío. Estaba impulsado solo por la pasión, por su necesidad de acercarse y encontrar su propia liberación. Su rostro estaba serio y cautivado. Era la cara que amaba, el hombre que adoraba y la vida que solo me atrevía a soñar tener. Arañé su espalda queriendo que fuera más rápido, cavara más profundo, golpeará mis puntos sensibles más fuerte.

Gimió e hizo gruñidos agudos mientras se acercaba a su clímax, aplastándome con fuerza. Su boca encontró mis pechos y los besó, tirando de los pezones con tiernos tirones mientras torturaba a cada uno, sin disminuir su velocidad enloquecedora. No pude aguantar más. Apreté mis piernas alrededor de él y arqueé mi espalda, enviando mi pezón más profundamente en su boca mientras gritaba; mi liberación nos inundó. Eso era todo lo que necesitaba mientras él

también maullaba y gritaba, y su semen se disparaba profundamente dentro de mí, mezclando su semilla con mi propio placer, arremolinándose dentro de mi cuerpo.

Apenas podía respirar, abrumada por la pasión y las sensaciones. Su cuerpo se desplomó sobre el mío, todo su peso. Estaba sin aliento mientras jadeaba por aire. Nuestros cuerpos estaban calientes y empapados de sudor bajo el sol del mediodía. Me calentó la piel húmeda cuando su semen goteó fuera de mí y entró en mi raja, haciendo que mi cuerpo desnudo se enfriara con la brisa del océano. Me encantaba ser reclamada por él. Un día tendríamos hijos y en mi vientre nuestra familia crecería.

“Te amo, Arcadia Dean”, dijo mientras besaba mi mejilla y rodaba hacia un lado, dándome más espacio para respirar antes de quedarse dormido.

El sueño llegó fácilmente tumbada al sol junto a él. Dormimos una siesta juntos en una tarde calurosa y ventosa. Nos quedamos en la playa agotados y desnudos hasta que un escalofrío heló el aire. Me acurruqué contra él, pero él también estaba tan frío; no había manta ni nada para protegerse del hielo que se formaba en mi piel. Abrí los ojos a regañadientes y me encontré con una explosión de aire frío de un respiradero de aire acondicionado personal en el techo.

Me desperté fría y desorientada en el autobús Greyhound. El sol se ocultaba tras el horizonte, pero la ventana aún ardía con el calor creado por la luz del sol que se desvanecía. Miré a la mujer a mi lado; sus ojos eran amables, si no un poco preocupados. Me preguntaba si había hecho ruido durante mi sueño sexual. Realmente esperaba no haberlo hecho. Me ofreció una galleta cubierta de algo rojo sobrenatural. La tomé solo por cortesía, quizás por haberla ofendido con sonidos de éxtasis. Probé el sabor brillante y llameante y me devolvió a la realidad. Picante, picante, salado, era real. Xavier Dean y nuestra casa en el océano no lo eran. Me dio una sonrisa dulce, casi cómplice, y volvió a su película. Le agradecí y apoyé la cabeza en la ventana caliente, viendo desaparecer el sol.

Me sentía un poco avergonzada y desorientada, pero más que nada, estaba triste. Una abrumadora desesperación me cubría, envolviendo todo mi ser. Con el sol poniente vino una oscuridad invasora. Me di cuenta de que no solo perdí a un hombre que no conocía, sino que también perdí a mi única familia. Mi papá no era un gran tipo; ni siquiera era un buen tipo, pero era mi padre. Y estaba dispuesto a vender a su hija a un monstruo para saciar su codicia. No necesitaba más negocios; ya era millonario. ¿Para qué necesitaba más dinero?

Estaba dispuesto a poner a su única hija a merced de un mafioso, para que fuera su juguete sexual, su pareja, su esclava... quién sabía para qué me quería. Todo este sacrificio era solo para ganar más dinero. Sin pensar en mi vida, mi carrera o mi bienestar. Apenas una noche con su “amigo” y yo estaría arruinada. No pude pensar más en eso.

Eché un vistazo a las películas que se ofrecían, pero ninguna de ellas atrajo mi interés, así que miré el paisaje pasajero de pueblos anodinos en algún lugar en medio de la nada mientras avanzábamos sin cesar. Me acurruqué más profundamente en la camisa de Xavier y aspiré su olor. Parecía que no tenía nada más en el mundo que eso, solo el leve aroma de él.

Capítulo 11

Xavier

“No sé por qué simplemente no dejas pasar esto. Ya llamaste a tu publicista, cambiaste tu cuenta bancaria y enviaste una alerta a la seguridad social. No hay nada más que hacer. Ella se ha ido. Quizás era solo una fan extraña. Nunca he visto que te preocupes tanto por nadie. Bueno, desde...”

Miré a Damon. “No lo digas”. Lo miré, sintiéndome ansioso y con algo sin resolver.

“No entiendo por qué no la dejas ir. Tuviste una aventura de una noche, has tenido cientos”.

Una vez más, lo miré.

“Unas pocas”. Puso los ojos en blanco mientras se corregía. “Sin embargo, esta, Xavier, fue una de las más estúpidas. Que te quiten ese tatuaje va a doler”. Casi se rió. “Creo que tienes que encontrarla si quieres que tu matrimonio sea anulado. No pensé en eso”. Su rostro se tornó preocupado.

“Si tan sólo pudiera recordar su apellido...” Entonces me di cuenta, finalmente. Fui tan idiota. “Necesito volver al lugar donde nos casamos. Tendrán un certificado duplicado que tiene su nombre, número de teléfono, todo”. Una oleada de alivio se apoderó de mí.

Damon me miró sin emoción. “¿Asumo que querrás que me pase el resto de mi despedida de soltero ayudándote a encontrar a tu 'esposa' fantasma?”

No había pensado en lo mucho que le estaba arruinando el día. “Bueno, ¿qué más tienes planeado?” Retrocedí un poco, tratando de parecer interesado.

“Se supone que todos debemos ir a La Casa del Filete para dar un último hurra. Todos tienen que trabajar mañana, incluido tú. De hecho, es tu jet el que nos lleva de regreso a San Francisco”, me recordó.

Mierda. Una cosa más por hacer.

“No voy a volver hasta que la encuentre. Llamaré a mi asistente. Solo tengo algunas reuniones esta semana y una fecha límite de diseño. Puedo trabajar de forma remota o hacer retroceder la línea”. Sabía que estaba parloteando, pero me sentía lleno de energía porque podría encontrarla.

“¿Hablas en serio? ¿Empujar la línea hacia atrás por una CHICA CON LA QUE TE CASASTE POR CAÍDA?”, gritó. Odiaba cuando gritaba.

“Ella estaba nerviosa ayer; su teléfono seguía sonando y mencionaba a su padre. Parecía preocupada”. Cada vez que sonaba su teléfono, parecía más estresada. Era una mujer adulta. Le dijo dónde estaría; no necesitaba ser tan controlador con ella. No debería haberme preocupado tanto, pero algo en mi interior me decía que se estaba escapando, o quizás su padre la había encontrado. Ambas posibilidades me parecían peligrosas.

“Sí, probablemente estaba preocupada de que él descubriera que estaba follando con un chico y, ah, no sé... ¿se casó con él? ¿Qué edad tenía ella? ¿Dieciocho?” Realmente se estaba poniendo debajo de mi piel.

“Tenía veintinueve, idiota. No salgo con niñas. Quizás deberías ir a cenar; no quiero que te lo pierdas. Prometo compensarlo con un lujoso regalo de bodas que a tu esposa le encantará durante mucho tiempo, garantizado”. Necesitaba que se fuera. Era molesto en el mejor de los casos, y por lo general, éramos muy buenos amigos, pero esto era algo más profundo de lo que mi buen amigo podía lidiar. Esta era mi cordura.

“Esto es divertido; es como un misterio. Saldré unas horas, la cena no es hasta las siete. Incluso llamaré a tu asistente por ti y le diré que hubo una emergencia. Lo haré todo dramático y terrible, te conseguiré unos días”, dijo.

“¿En serio?” Realmente apreciaba su ofrecimiento de ayuda; quizás no era tan molesto después de todo.

“Nunca he visto que alguien te importe, Xavier. Esta chica debe ser algo”, dijo con una sonrisa.

“Para ser honesto, ni siquiera lo sé. Solo estoy actuando por una corazonada. Nos divertimos mucho anoche, y ella es dulce, Damon. Ni siquiera sabe lo hermosa que es. Le encantan las ballenas y da clases de surf. Es única y me robó el corazón. Puede terminar siendo una estafadora o una perra. Puede que simplemente pise mi corazón y lo rompa, pero fue solo una noche, me recuperaré. Quizás, lo más probable es que ella sea la niña de un papá controlador, pero quiero perseguir la fantasía hasta que se derrumbe a mi alrededor. Normalmente soy tan práctico; quiero ser un poco imprudente”. Ah... había confesado mi pecado, allí estaba.

Arcadia sacó al chico malo que había en mí, el humano libre de preocupaciones que hacía cosas locas e irracionales. Me gustaba y me aterrorizaba. No podría ser esto sin ella. En todo caso, quería tener la oportunidad de decir adiós. Estaba planeando darle el resto de la matrícula de su maestría como agradecimiento. Lo más probable era que no lo aceptara, pero yo quería hacerlo por ella, hacerle la vida un poco más fácil. Si resultaba ser una estafadora, yo no lo sería, pero si aún era la dulce Arcadia... le ofrecía un rayo de esperanza. Estaba lleno de preocupación y temor de que se hubiera metido en algo muy peligroso y aterrador.

“Bueno, señala el camino, Romeo”, dijo Damon mientras se ponía de pie. “Estamos perdiendo la luz”.

“Está bien. Es una pequeña capilla para autos”, miré el recibo en mi mano. “Vegas Lane”.
Tenía el control de nuevo.

La encontraríamos y llegaría al fondo de esto.

“Eso es clásico, Xavier... una capilla de autoservicio. Perfecto”. Damon se burló.

“Cállate”, dije mientras cerraba la puerta y nos íbamos.

Hice que un coche nos llevara hasta allí porque realmente no sabía dónde estaba, pero el conductor parecía poder encontrarla sin ningún problema. Anoche, Arcadia y yo caminamos, borrachos de nuestras mentes. Apenas recordaba la mayor parte, solo destellos y destellos de ella. Su sonrisa, su trasero, su ingenio y vivacidad, el dolor del tatuaje, ese horrible tatuador. De lo que tenía un mejor recuerdo era de nuestra hermosa relación sexual. Me había pedido que no follara, incluso me había hecho casarme con ella solo para que no la follara y la dejara.

Hacer el amor era mucho mejor; ella valía la pena. Un buen polvo sería divertido con la zorra algún día si alguna vez la volvía a encontrar. Cuando subí a la capilla, un hombre nos saludó en la ventana. No me sorprendió ver a alguien diferente; nos casamos alrededor de la medianoche de anoche.

“Hola”, lo saludé con Damon a mi lado. “Estuve aquí anoche, o más bien, muy temprano esta mañana”.

“Bien, eres ese famoso diseñador”. Ah, genial, esto no iba nada bien; el mundo entero pronto sabría lo que había hecho.

Damon puso los ojos en blanco y me dio una mirada seria, que me encogí de hombros.

“Bueno, es un poco vergonzoso. Lo entiendo todo el tiempo, pero no soy el verdadero Xavier Dean. Quiero decir, soy real, pero no soy el diseñador famoso. Estoy en el sector

inmobiliario, pero he oído que seguro que nos parecemos mucho”. Le dediqué una sonrisa tonta, tratando de hacer que mi mentira se mantuviera.

“Extraño”, dijo, sin creer una palabra. “Entonces, ¿cómo puedo ayudarte?”

“Otro poco de vergüenza, me temo, pero mi prometida y yo estábamos tan borrachos cuando nos casamos anoche que creo que perdimos nuestra licencia de matrimonio”. Le dediqué una sonrisa tímida y profundamente vergonzosa.

“Podemos conseguirte un duplicado. Solo tomará un minuto imprimir uno. ¿Quieres entrar y tomar asiento?” Era agradable y complaciente, pero yo realmente no quería entrar al lugar; casarme fuera de él fue suficiente.

“Ah, esperaremos aquí”. Sonreí de nuevo.

“Bien, entonces”. No se tragó una sola palabra de lo que dije; estaba seguro de ello.

“Estás tan jodido”, susurró Damon tan pronto como el chico se fue.

“Aghh”, es todo lo que pude darle.

“Espero que valga la pena todo esto”, regañó, dudoso.

“Sí, yo también”, agregué, no muy seguro de nada.

El hombre regresó. “Está bien, tengo una copia para ti. Serán veinticinco dólares”. Su voz era alegre y brillante, extrañamente. “Entonces, ¿dónde está la pequeña señora?” Haciendo palanca.

“Em, durmiendo”. Le di otra sonrisa avergonzada.

“Noche de bodas salvaje ¿eh?”

No, no voy a ir allí. “¿No son todas así?” Tomé el certificado y le dediqué una gran sonrisa. “Sería genial si yo fuera el diseñador, qué historia sería. Le diré a mi esposa que pensabas que yo era realmente él; se divertirá”. Le di un saludo tonto y me fui con Damon.

“Sabes que llevas puesta tu propia marca y te subes a un coche urbano negro con conductor. Estás más jodido que todos los jodidos”. Damon se rió.

“Cállate y sube al auto”. Estaba en lo correcto. Bueno, todas las relaciones públicas son buenas relaciones públicas. “Al menos, esto prueba que no soy gay”. Me reí.

“Ah, no es así. Una boda relámpago a medianoche en Las Vegas con una chica misteriosa... vas a ser gay por esto. La prensa te comerá vivo”. Parecía que se estaba divirtiendo mucho con mi situación, más bien con Arcadia y yo.

“Tan pronto como la encuentre, haré que me ayude a limpiar este desastre”, confirmé más para mí que para él.

“Cierto, sí... Estoy seguro de que todo saldrá como lo planeaste. Estoy seguro”, se regocijó.

“Bien, ¿llamaste a la oficina?” Tuve que cambiar de tema.

“Sí, la tía Morgan murió y tú estás en Minnesota... casándote”. Hizo una pausa y le di una mirada malvada. “Es una broma. Estás postrado de dolor. Y te quedas un poco más para ayudar a su pobre familia perdida a recuperarse. Volverás a la oficina el viernes. Pensé que te daría un par de días para encontrar a tu novia avergonzada. Sin embargo, después de esto, estás solo; no me perderé el mejor bistec de Las Vegas por tu novia fantasma que demuestra de una vez por todas que eres gay, porque ella es tu barba grande, gorda, larga y descuidada”. Ah, se estaba divirtiendo demasiado con esto.

“Te gusta esto, ¿no?”, bromeé, llamándolo por su tortura.

“Ah, sí, mucho”. Sonrió de nuevo.

Eché un vistazo al certificado de matrimonio. “Arcadia Jones, eso era todo. Aquí está el número de teléfono”. Sentí la fresca brisa de alivio invadirme.

Llamé al número y nada; ni siquiera fue al correo de voz. “Debe tener su teléfono apagado”.

Damon miró el papeleo. “Aquí se incluye la información de los padres. Quizás deberías llamar a su papá, ya que ella es una niña de papá y todo eso”.

A veces odiaba a Damon, pero en ese momento lo amaba. “Perfecto, lo llamaré cuando regrese al hotel. Siento no poder estar contigo en tu despedida de soltero. Te compensaré en la boda”. Solo esperaba poder. “Gracias por toda tu ayuda hoy”. Lo decía en serio.

“Espero que encuentres a tu chica, en serio, dejando de lado las bromas. Espero que sea una estafadora; de lo contrario, estaría muy asustado por ella. Espero que esté bien”. Estaba siendo sincero; me alegraba de que fuera mi mejor amigo.

“Espero encontrarla también aunque solo sea para descubrir qué diablos sucedió”. Definitivamente estaba dudando de mí mismo y ciertamente dudaba de ella, pero tenía que resolver el misterio.

En unos minutos sabría lo que había sucedido.

Cuando llegamos al hotel, Damon regresó a su habitación para refrescarse antes de la cena, y me dijo que lo llamara tan pronto como la encontrara. Entré en una esquina del vestíbulo, que estaba lleno pero no tanto. Todo era quieto y opulento. El Bellagio era un lugar donde los

libertinos llegaban a sentirse elegantes y refinados. Por alguna razón, quería estar en público para esta llamada. Tenía un mal presentimiento y quería estar en el nivel del suelo, listo para entrar en acción si era necesario.

Marqué el número de teléfono celular de su padre.

“Hola”, fue la respuesta brusca y grosera.

“¿Sr. Jones?”, pregunté, sintiéndome un poco incómodo, como si fuera un pretendiente de secundaria que quisiera cortejar a su hija.

“Sí”. Su voz era aguda y enojada.

“Mi nombre es Xavier Dean. Conocí a su hija anoche. Nos separamos y no tenía su número. Pensé que podría saber dónde está...” ¡Mierda, mierda, mierda! Llamé sin pensar en una excusa de por qué tenía su número.

No podía simplemente decir 'Hola, Sr. Jones'. Me casé accidentalmente con su hija anoche, me tatué su nombre en el brazo, le hice el amor hasta que se derramó por todas las sábanas y luego, puf, se ha ido y la quiero. Esta llamada se estaba haciendo incómoda a un nuevo nivel, pero yo era un macho alfa, un diseñador de moda famoso y mejor en esto de lo que estaba dispuesto a darme crédito.

“¿Estuviste con ella? ¿Cómo conseguiste este número?” Su voz se convirtió en rabia.

En mi opinión, un nivel de ira realmente innecesario. Hablábamos de su hija de veintinueve años, su hija adulta.

“Sí, señor, como ya he dicho, estábamos separados. Supongo que usted tampoco la ha visto”. Era fuerte, despectivo. “Ah, y su celular se quedó sin batería. Ella me dio este número por si nos separábamos. No estoy seguro de por qué me dio el número de su padre, pero como

tampoco la ha visto, supongo que no sabe dónde está”.

“Necesito saber exactamente dónde estuvo anoche. ¿Estuvo contigo toda la noche? ¿Con quién más estuvo? ¿Quién eres tú? ¿Estás en el Bellagio? La seguimos hasta el Bellagio, pero la perdimos en el hotel esta mañana. ¿Cuál es el número de tu habitación? ¡La necesito de vuelta aquí ahora! ¡Es absolutamente imperativo que vuelva aquí en este momento!” El hijo de puta estaba realmente furioso.

“Solo dije que estaba separado de ella; no voy a entrar en detalles”. En este punto, quería encontrarlo y despedazarlo.

El tipo la estaba siguiendo y había llegado hasta mi hotel para encontrarla. De repente, me emocioné de que se hubiera ido. Bravo, pequeña zorra. Parece que pudo haber escapado.

“¿La tocaste?”, él hervía. ¿Te la follaste? Tendré tus malditas pelotas en un frasco si lo hiciste”.

“Esa es una pregunta inapropiada, señor, y, francamente, no es de su incumbencia”. Estuve tentado a colgar el teléfono. “Claramente, no sabe dónde está. Gracias por su tiempo”.

“¡Necesito saber dónde estuvo!”, gritó. “Está jodiendo esto totalmente”. Qué loco.

“Adiós”. Colgué y traté de calmar los temblores en mi cuerpo.

En segundos, su número apareció en mi pantalla. Lo puse en la lista de “bloqueados” y traté de calmar mi respiración.

Estaba casi seguro de que Arcadia estaba huyendo de su padre. Debe haber ocurrido algo horrible. No quería pensar demasiado en tabúes o violencia familiar, pero ambas imágenes flotaban en mi cerebro, no deseadas. Tenía que encontrarla. Me sentía muy obligado a llegar al fondo de este problema y ver si estaba a salvo. No me importaba si resultaba ser una mujer

horrible que estaba haciendo una especie de escándalo con su padre. Para mí, ella era dulce y genuina; quería asegurarme de que la Arcadia con la que hice el amor anoche estuviera bien.

Sin embargo, no estaba seguro de cómo hacer eso hasta que miré hacia la recepción; seguramente, alguien la había visto irse esta mañana. Esperé, recé... necesitaba un milagro.

“Disculpa”. Me acerqué al agente de recepción gratuito, sintiéndome nuevamente un poco desesperado. “Había una mujer esta mañana, bonita, de cabello rubio un poco rizado”, le di una mirada cautelosa. “Molesta, quizás. Su nombre es Arcadia. ¿Viste por casualidad adónde podría haber ido? Habría sido bastante temprano esta mañana”, traté de reunir todo el poder que 'Xavier Dean' tenía en su arsenal, ya que claramente estaba preguntando por una chica con la que el agente de recepción probablemente sabía que había follado.

“No estaba trabajando esta mañana, Sr. Dean”, fue su respuesta de disculpa.

El saber quién era yo podría funcionar a favor o en contra mío. Sería más útil intentar impresionar y, sin embargo, esos molestos rumores podrían comenzar a arremolinarse más intensamente si la gente pudiera corroborar las historias. ¿A quién le importaba realmente? Los buitres de los medios estarían con esto por un segundo, luego pasarían al siguiente chisme más candente. Al menos, pasé la noche con la chica misteriosa con la que me casé. Que puede poner otra llave inglesa en la teoría “gay”. Independientemente, tenía que averiguar si estaba bien. Por eso, estaba dispuesto a arriesgarme un poco a la mala prensa.

“¿Hay alguna forma de hablar con alguien que haya trabajado esta mañana? Desafortunadamente, el asunto es bastante urgente”. Fui educado pero intenso.

“Sí, por supuesto, Sr. Dean. Déjeme hablar con mi gerente y ver qué puedo hacer”. Me dio una sonrisa coqueta, genial.

“Lo aprecio mucho”, le devolví la sonrisa, plástica, perfecta... desinteresada.

Esperé ansiosamente unos minutos hasta que una mujer mayor me saludó, bien vestida, bien peinada. Me gustaba su vibra.

“Hola, Sr. Dean”, dijo casualmente. “Entonces, llamé a nuestro agente de guardia esta mañana, y él recuerda a una joven. Me dijo que llevaba una camisa de vestir de hombre y un par de pantalones de hombre. ¿Podría ser esta la mujer que estás buscando?” Era educada y profesional, a pesar de que la conversación podía tornarse un poco de mal gusto si lo permitíamos.

“Sí, sí, es ella”. Mi sangre calentó mis venas. “¿Puedes decirme adónde fue?”

“Ella tomó nuestro servicio de auto esta mañana. Te haré hablar con el conductor”. Una inexplicable sensación de alivio me inundó; la encontraría, juré para mis adentros. La volvería a ver.

Capítulo 12

Arcadia

No sé cuánto tiempo había estado en el autobús, pero parecía una eternidad. El miedo y la paranoia que me llevaron a este autobús que viajaba a millas de mi casa y mis amigos no era tan completo como lo había sido. El filo del cuchillo del miedo y el dolor había embotado un poco. Estaba cansada; había estado sentada en la misma posición durante horas. Mi cerebro, cansado de ver película tras película, se emborrachaba con las historias. Trataba de no dar vueltas a mis pensamientos para no pensar en el mal que acechaba detrás de mí.

Me propuse no sentir repugnancia por la idea de que mi padre me vendiera como un chulo con su ramera. Luchaba contra las lágrimas que constantemente amenazaban con caer por la pérdida de Xavier, recordándome a mí misma que él también fue solo un momento. Como un pedernal brillante en un cielo negro, no se había comprometido más de un momento conmigo.

Era Xavier Dean; conseguía lo que quería. Mi padre ya no era alguien en quien pudiera confiar, pero estaba demasiado abrumada para siquiera considerar cómo este horror nos había cambiado para siempre. Ya no había un lugar seguro y sólido como una roca en mi vida. Solo tenía la lejana esperanza de que quizás la tía Claudia aún estuviera en Costa Rica. Estaba a la deriva con sólo un par de ropa interior, ropas robadas y ropa de moda de Las Vegas. No me quedaba nada.

Solo quería encontrar otra película que adormeciera la mente para ahogar el dolor; sin embargo, el autobús se detuvo. No parecía una parada de autobús, y ya nos habíamos bajado una vez para que nos revisaran los pasaportes cuando cruzamos la frontera con México una hora antes. Estaba oscuro. Todo se sentía quieto y vacío, pero había un pequeño restaurante al borde de la carretera con muy pocas luces encendidas; todos los bulbos desnudos zumbaban en el aire húmedo

y espeso. Los insectos daban vueltas como hadas clamando por la luz. El conductor dijo algo en español que no entendí. Mi sensación de desconcierto aumentó ligeramente mi pánico. La anciana a mi lado me tocó la mano suavemente. Su piel era suave y frágil.

“Vámonos”, dijo y asintió con la cabeza hacia la puerta. Pensaba que mientras me quedara con ella o cerca de ella, sabría qué estaba sucediendo. Me puse de pie sintiéndome vieja, feliz de bajarme del autobús y estirar mis piernas entumecidas y cansadas. Me tomó unos minutos para que mis apéndices comenzaran a funcionar nuevamente. Bajé los empinados escalones. Cuando mi pie tocó el pavimento agrietado, el aire caliente y húmedo golpeó mi cara y me sentí más viva. El lugar era tan extraño y distante; era una aventura, algo que preocupaba mis pensamientos.

La anciana me miró para asegurarse de que entrara. Le di una sonrisa, reconociendo su preocupación. El restaurante tenía algunas mesas viejas con manteles de plástico de colores brillantes en cada una, ninguna de ellas combinaba y las sillas estaban rotas. En la esquina había una cocina abierta con dos chefs sudorosos trabajando diligentemente, y una mujer corpulenta de pie frente a una caja registradora anticuada.

Había un tablero de menú en la pared escrito a mano en español. Sólo sabía unas pocas palabras en español, pero probablemente las suficientes para pedir algo. Cuando llegó mi turno de ordenar, entré un poco en pánico y tomé una bolsa de frutas secas por si acaso no salía bien. Sabía que eso me saciaría hasta la próxima comida si era necesario.

Había comprado una bolsa de uvas y una manzana en la estación de autobuses de Las Vegas y las había comido mientras veía películas. No pensaba que mi estómago pudiera soportar mucho más que fruta, ya que tuve náuseas durante todo el día. Definitivamente tenía resaca, pero el miedo y la desesperación la habían dominado durante la mayor parte del viaje hasta que también me golpeó. Casi me arrojé en el baño del autobús, pero pude contener las náuseas y dormir la mayor parte del tiempo. También estaba el estrés y la tristeza mezclados, por lo que esta sería la primera

comida real que consumiría en todo el día.

“Burrito con frijoles y queso, por favor”, le pregunté en mi español horriblemente americanizado.

Mi confianza alcanzó su punto máximo cuando vi una nota de reconocimiento en el rostro de la mujer. Con suerte, obtendría lo que pedí. Junto a la caja registradora había una unidad refrigerada alta con bebidas. Cogí una botella de té y pagué mi comida, sorprendida de lo barato que era. Las mesas se estaban llenando rápidamente de pasajeros. Decidí que me sentaría al final de una mesa que parecía tener muchos otros pasajeros solteros. Mi vieja amiga había entablado una conversación en una mesa cercana. Hablaba con animado fervor y me alegré de que encontrara compañeros de viaje.

Después de unos minutos, sentada allí sin mucho en mi cabeza, en mi propio consuelo del olvido, oí que llamaban “burrito con queso”. Miré a mi alrededor pensando que quizás esta era mi comida. La señora en el puesto de caja me miró y asintió. Me levanté y recogí mi comida; un burrito grande y jugoso con papas fritas y salsa; perfecto. ¡Exactamente lo que necesitaba! Probé el burrito, que era mejor que ninguno de los que había comido y abrí el té frío. Por un momento, estuve en el cielo. Tomé otro gran bocado de la deliciosa comida, sin importarme quién pudiera pensar que soy glotona si me miraban. La comida reconfortante estaba funcionando y me di cuenta, después de un bocado, de que me moría de hambre.

También me di cuenta de cuánto mejor sabían las cosas en su país de origen. Trataba de no parecer hambrienta mientras la salsa de frijoles goteaba por mi barbilla. Me limpié con una servilleta y me advertí que debía reducir la velocidad; había mucho tiempo para comer.

Sentada en el café con el español arremolinándose a mi alrededor como música, podía captar fragmentos, captar algunas palabras en el aire. Ni siquiera formaba una oración completa, solo un remolino de palabras y un sonido cadencioso. Disfrutaba un poco del aislamiento, en parte

porque me mantenía a salvo. Si nadie podía hablar mi idioma, nadie podría saber con qué me estaba enfrentando o qué me importaba. La gente solo me mostraba un interés pasajero de todos modos. Me miré a mí misma y me di cuenta de que debí haber parecido un completo desastre con una camisa de vestir de gran tamaño y pantalones con el pelo revuelto.

Trataba de no llorar. No quería hacerlo. Hacía todo lo que estaba a mi alcance para no dejar que las lágrimas cayeran, pero con el tercer bocado de burrito, las lágrimas mojaron mi mejilla. Deseaba poder encender mi teléfono y llamar a mi amigo Logan o distraerme con una búsqueda sin sentido en internet. Sin embargo, no me atrevía a encenderlo. No quería que mi padre me encontrara. Necesitaba comunicarme con la tía Claudia, pero pensaba que lo haría en la Ciudad de México. Tenía una larga escala entre los autobuses y tendría tiempo para sentarme y, con suerte, encontrar un teléfono mexicano o una tarjeta SIM mexicana o algo que pudiera usar para llamarla sin que mi papá se enterara.

Me las arreglé para terminar mi burrito y el té justo antes de que se oyera un fuerte grito en español. En muy poco tiempo estaríamos siendo llevados de regreso al autobús. Me sentía cansada de nuevo. No quería dormir; había estado durmiendo todo el día, pero la fatiga me estaba hundiendo. Los ojos de la anciana me encontraron y asentí con la cabeza. Hice la fila con ella y los demás para abordar de nuevo el autobús. Cuando encontramos nuestros asientos, me acomodé, sintiendo un poco de frío. Tan pronto como el autobús arrancó de nuevo, el aire sobre nosotros continuó. La anciana debió haber tenido calor porque también había encendido el mío. Me estiré por encima de mí y lo apagué con una sonrisa de disculpa.

Me devolvió la sonrisa y comenzó a buscar en su bolso. Sacó una manta de lana andrajosa que parecía muy querida. Luego la colocó sobre mí. Olía a limón y flores. Me volví hacia ella, pensando en protestar por su generosa oferta, pero no pude. Su sonrisa se ensanchó, tan cariñosa, tan maternal. Me di cuenta de que extrañaba tener una madre o incluso una abuela en mi vida.

“Gracias”, dije, inclinando la cabeza.

Palmeó mi pierna mientras me acurrucaba en su manta. No quería llorar... había estado intentando con todas mis fuerzas detener las lágrimas. Eran casi invisibles; hice un buen trabajo al recuperarlas, pero ese pequeño gesto de bondad era todo lo que necesitaba para abrir la inundación. Me senté acurrucada en su manta, sollozando suavemente.

No quería soñar ni volver a pensar en Xavier. Tenía que dejar nuestra noche atrás como un hermoso recuerdo. Tenía que dejar de lado esa fantasía. Me acomodé en la silla, metiendo la manta debajo de la barbilla, sintiendo como si fuera mi única seguridad, mi único consuelo. Esas horribles lágrimas que caían por mi rostro aumentaron cuando comencé a jadear y sollozar. La dama a mi lado puso sus manos suavemente sobre mi rodilla mientras la frotaba, diciendo algo dulce en español.

Miré su cara angelical que era tan cálida y reconfortante. Feliz de tenerla a mi lado, cerré los ojos y me quedé dormida.

Capítulo 13

Xavier

Sabía por el conductor del autobús que Arcadia había ido a la estación de autobuses de Greyhound, así que le pedí que me llevara allí. Cuando llegué a la estación, le pedí que me esperara. No estaba seguro de lo que iba a encontrar cuando llegara allí, pero esperaba que quizás estuviera esperando un autobús. Sentía que la tensión y el estrés aumentaban al considerar verla allí. Cuando llegamos a la estación, estaba abrumado. ¿Cómo abordaría esto, obteniendo información que es esencialmente ilegal? Comencé con el mostrador de información y hablé con una encantadora mujer de piel oscura que trabajaba allí.

“Hola, mi nombre es Xavier Dean”. Ella sonrió y estaba bastante seguro de que debió haberme reconocido.

Me di cuenta de que el cartel de mí en la tira era tanto una bendición como una maldición. La gente debió haberme reconocido porque mi rostro tenía setenta pisos de altura con mi firma en la marca y posiblemente pasarían por mi sonriente rostro en su camino hacia y desde el trabajo, haciéndome una parte tan importante de su rutina diaria como el café. Miré a la hermosa joven y decidí que la exprimiría todo lo que pudiera para encontrar Arcadia.

“Me casé anoche. Se me ocurrió algo. Estoy bastante seguro de que mi esposa se subió a un autobús sin mí. Bueno, sé que lo hizo. Le indiqué que se subiera al autobús y me reuniría con ella en la siguiente parada. Solo que la llamé y no contesta su teléfono, y mi conductor la está esperando y no está. Mira, estamos en una aventura de luna de miel un poco extraña. Fue su idea; ella es una artista sofisticada. Yo quería volar a Bali, pero ella dijo: ‘Veamos Estados Unidos o Canadá’. Luego fue México. Quería que se subiera al autobús porque se moría por ver el mundo de una manera íntima y detallada, pero terminé teniendo una reunión para mi nueva línea. Sin

embargo, creo que se ha equivocado de autobús y estoy muy preocupado por ella”.

“Bueno, Sr. Dean, ¿adónde se supone que debe ir?” Eché un vistazo al tablero que tenía delante.

“Se suponía que íbamos a ir a Chicago e iba a encontrarme con ella en la siguiente parada. Bueno, yo no; contraté a un conductor para que la interceptara. Ella quería que este fuera un loco viaje por el país. Ir en autobús a pueblos pequeños, donde nadie supiera quién soy, pero no puedo”. Le di una sonrisa cobarde. “Además, todo el mundo sabe quién soy”, le guiñé un ojo, interpretando el papel.

“Entiendo”. Había un brillo en los ojos de la mujer, gracias a Dios. “Suena romántico”. Su sonrisa se ensanchó. “Al menos en papel. Sin embargo, es una buena manera de poner a prueba un matrimonio”, bromeó. “Déjame ver dónde está. ¿Puedes darme su nombre?”

“Arcadia Dean, me refiero a Jones. Tengo nuestra licencia de matrimonio aquí mismo”. Saqué la licencia para mostrársela. “Seguí cambiando de opinión sobre a dónde íbamos a ir, pobrecita. Estoy seguro de que la confundí. Iba a ser una especie de carrera increíble. Le di dinero en efectivo...” Estaba divagando, tratando de parecer desesperado.

Jugó con el ordenador por un tiempo; el silencio era ensordecedor. Creía que podía escuchar mi corazón; estaba tan nervioso.

“Está bien, Sr. Dean. Parece que la tenemos en un autobús a la Ciudad de México”. Su voz se elevó más alto, interrogante.

“¡Claro, sí! Dios mío, sí. Mencionó la Ciudad de México. Ella ama México, y yo pensaba que deberíamos hacer un viaje a través del país e ir a Chicago; estuvo de acuerdo, y luego dije ‘no, quizás México sea mejor’, pero tenía una reunión y tuve que correr. Mierda, no le dije que había cambiado mi boleto a Chicago. Uf, soy un idiota”. La mujer arqueó las cejas.

Apuesto a que se estaba preguntando quién le haría eso a su esposa en su luna de miel. Y qué extraña luna de miel era; una aventura de Carrera Increíble improvisada. Menos mal que esto era Las Vegas y mi cara estaba en una valla publicitaria. Lo loco era algo importante aquí.

“Está bien. Entonces ella estará en nuestra estación de autobuses hermana en la Ciudad de México mañana por la mañana. ¿Quieres que imprima esto para que tengas la dirección?”

Amaba a esta mujer, ah Dios mío, la amaba. “Sí, eso sería asombroso, sí, sí, sí. Ni siquiera sabes cuánto me has salvado la vida”, le dije, buscando en mi bolsillo mi billetera. Me acerqué, tomé algo de dinero y se lo di mientras hacía la impresión, pero lo rechazó cuando se lo ofrecí.

“No quiero su dinero, Sr. Dean. Gracias”, dijo cortésmente.

“Bien, por supuesto. Sí, bueno, soy un diseñador de ropa masculina... podría darte algo de ropa masculina gratis. Tengo un código privado en línea que puedes usar”. Le di una sonrisa genuina. Tenía muchas ganas de hacer algo por ella.

“Bueno, me gustan sus pantalones cortos de niño. La tela es muy suave”. Bajó la voz. “Los uso como pijama”. Se rió un poco para sí misma.

“Parece que tengo que crear una línea de mujeres. Eres la segunda mujer en dos días que me dice que se los llevan a la cama. Está bien”. Garabateé el código en una hoja de papel. “Compra tantos como quieras, hay un límite de quinientos dólares, pero con suerte, es suficiente para mostrar mi agradecimiento por tu esfuerzo de hoy. Si mi esposa estuviera aquí, estoy seguro de que estaría igualmente agradecida”.

“No hay problema, Sr. Dean. Fue un placer. Definitivamente, usaré esto”, dijo metiendo el papel en su bolsillo y entregándome la copia impresa. “Y espero que pueda llegar a su esposa y disfrutar de su luna de miel”.

“Ah, Dios mío, no tienes idea de cómo nos has salvado la vida. Que tengas un gran día”, dije mientras me iba.

“Usted también”, me gritó.

Salí al auto que esperaba y le dije al conductor que me llevara al aeropuerto. Mientras estaba en el coche, reservé un boleto a la Ciudad de México; había un avión que salía en cuatro horas. En este punto, volar en una aerolínea comercial sería más rápido que organizar un jet privado. Busqué el horario de autobuses de Greyhound y me alegré de ver que ganaría a Arcadia allí en un montón de tiempo, perfecto. Por primera vez en todo el día, me recliné y sentí ganas de respirar de nuevo. No me había dado cuenta de que había estado apretando los dientes y conteniendo la respiración durante la mayor parte del día.

Aunque no estaba interesado en tener los ojos rojos esta noche, no me importaba. Volvería al hotel, haría las maletas y me pondría en camino. Había logrado algo increíble e imposible. Iba a verla de nuevo. El miedo alcanzó un punto máximo en mi corazón porque me preocupaba lo que descubriría cuando la encontrara, pero me decidí a lidiar con eso cuando la viera otra vez.

Regresé a mi hotel alrededor de las nueve y media de esa noche. Mientras empacaba y me preparaba para irme, Damon irrumpió con la llave de la habitación que había recibido esta mañana cuando no respondía a sus muchas, muchas llamadas.

“Entonces, pensé que se suponía que me llamarías”, me regañó cuando me vio empacando mis cosas.

“Mierda, me olvidé de llamarte”. Tenía muchas cosas en la cabeza. “La encontré, bueno. Está en un autobús a la Ciudad de México, y su papá, algo realmente extraño está sucediendo allí. De todos modos, me dirijo a México”, dije lo más casualmente que pude.

“¿Te diriges a qué?” Parecía sorprendido.

¿Por qué estaría sorprendido? Tenía que resolver este misterio hasta el final, ¿por qué no?

“Supongo que la muerte de mi tía fue más devastadora de lo que pensaba. Ya llamé a mi asistente. Estoy fuera esta semana, posiblemente más”.

“¿Posiblemente más?” Parecía algo triste. “¿Y serás el padrino de mi boda el próximo fin de semana?”

“Bien, sí. Estaré allí. Volaré de regreso a buscarlo, seguro”. Le dediqué una sonrisa tranquilizadora. “No me lo perdería”.

“Por favor, no lo hagas”. Estaba siendo muy serio. “Que estés allí significa mucho”.

“Lo prometo”. Tenía que ser un buen amigo. Necesitaba recordar que los amigos eran importantes. “Lo siento, he estado tan mal últimamente. Intentaré ser un mejor amigo”.

Siempre estaba tan ocupado, tan absorto en mi trabajo, que no solía hacer tiempo para los amigos. Incluso este fin de semana fue difícil de programar, y me di cuenta de que lo había abandonado durante la mayor parte.

“Lo entiendo. ¿De verdad te gusta esta chica? ¿Esto no fue solo una locura?” Su rostro se cruzó de confusión.

“Bueno, sí, lo fue, em, es una locura, pero no lo sé. Estoy preocupado por ella. Probablemente me esté metiendo en algo que no debería, pero no puedo simplemente dejarlo. Siento que necesito encontrarla”.

“¿Probablemente metiéndote en algo?”, interrumpió.

“Definitivamente metiéndome en algo, pero no puedo. Yo sólo... ”, las palabras realmente se me habían escapado.

“Me siento así con Crystal, realmente lo hago. Sé que la gente piensa que es una perra de plástico, pero es solo una pared que levanta. Es una persona bastante sólida”. Me dirigió una sonrisa cálida y amorosa. “Veo la mujer que nadie más ve”.

“Estoy feliz por ti”. Y lo estaba. Finalmente, tenía la oportunidad de entender lo que veía en ella.

“Espero lo mismo para ti algún día, de verdad. De acuerdo, basta de efusiones. Sube a tu caballo blanco y trae a tu chica de regreso a casa. Entonces déjala o conviértela en tu más uno. Llega al Jardín de Shakespeare antes del mediodía, es todo lo que pido”. Parecía preocupado, pero lo tranquilicé.

“¡Estaré allí! O moriré”. Me reí.

“Te obligaré a hacerlo”.

Con eso, se fue. Terminé de empacar, tomé un auto para el aeropuerto y me monté en mi caballo blanco... secretamente esperando que valiera la pena.

Capítulo 14

Arcadia

Finalmente llegamos a la Ciudad de México. Me sentía como si hubiera estado en el autobús toda mi vida; fue interminable y triste. Doblé la manta y cuidadosamente se la devolví a la anciana a mi lado y le agradecí una y otra vez. Estuve tan feliz de tener su compañía en el viaje; me proporcionó el consuelo flotante que necesitaba. Dos días en el autobús fueron mucho tiempo. Había dormido durante la parada del almuerzo y ella me compró otro burrito, supongo que notando que había comprado uno el día anterior. Le ofrecí dinero por él, pero se negó a aceptarlo. Dos días y dos burritos y un puñado de frutas después, finalmente estaba en la Ciudad de México.

Recogimos nuestras cosas y esperamos en una fila para salir del autobús. Ella sabía lo triste que estaba porque seguía mirándome con una mirada inquisitiva como si me preguntara si tenía algún lugar adonde ir. Trataba de poner cara de valiente, aunque no quería responder la pregunta, ni siquiera a mí misma. Cuando salimos, me volví hacia ella y le di las gracias por última vez, abriendo los brazos para abrazarla. Nos dimos un abrazo tentativo y dijo algo muy dulce en español que no entendí. Le dediqué la mayor sonrisa que pude esbozar, y ella agradeció el esfuerzo mientras tomaba mi mano, la palmeaba y se volvía para irse.

La vi suspirar y darme una última mirada. Luego se alejó para saludar a los niños pequeños felices que la apresuraron con sus padres. Era una abuela amada. Mi corazón se rompió un poco, deseando tener a alguien en mi vida. Tenía amigos, buenos amigos, pero no podía acercarme a ellos y decirles dónde estaba; era demasiado peligroso para ellos y sería devastador para mí. Tendría que desaparecer. La única forma en que podía pensar para salir de esto era escondiéndome, lo que significaba no verlos durante mucho tiempo.

Tenía amigos en la escuela y en la tienda a quienes consideraba mi familia, y para ellos,

simplemente me habría desvanecido en el aire. No quería empezar a llorar de nuevo, pero me sentía inquieta e incómoda, como si pudiera marchitarme y morir en cualquier momento.

Todo era extraño e incómodo. La Ciudad de México era ruidosa y bulliciosa con bocinazos de autos, colorida arquitectura colonial, y gente en todas partes. Quería explorar la ciudad, pero me sentía como un fantasma. Ni siquiera creía que mereciera viajar; todo lo que quería hacer era esconderme y permanecer escondida. Sabía que tenía otro largo viaje en autobús por delante, pero realmente necesitaba desayunar y ducharme. No estaba segura de si alguno de los dos estaría en mi futuro; sin embargo, tenía esperanzas. Me sentía extrañamente perdida y desorientada cuando entré a la terminal de autobuses. Sabía que tenía que buscar un autobús a Costa Rica porque si reservaba un vuelo, la gente de mi padre podría encontrarme en una lista de vuelos. Nunca pensaría en que yo iba a tomar el autobús a Costa Rica; era un escondite perfecto, por ahora. Estar sola y tan aislada me estaba agotando. Podía sentirme destrozarme por dentro mientras apenas me mantenía unida.

Mis ojos tardaron un momento en adaptarse a la poca luz de la terminal, pero podría haber jurado que vi a Xavier sentado en un asiento frente a mí con jeans y una camisa de vestir cuidadosamente planchada. Parpadeé para alejar la ilusión un par de veces, tratando de bloquear la neblina. Debía haberme vuelto realmente loca si estaba alucinando que él estaba aquí; solo hacía que mi corazón doliera más. Las mariposas cruzaron mi visión cuando oí su tono profundo y autoritario.

“¿Arcadia?”, fue todo lo que dijo.

Mi corazón se aceleró y el mundo dio vueltas. Se puso de pie y de repente me sentí mal. Una náusea caliente y abrumadora se apoderó de mí, y cada nervio de mi cuerpo se convirtió en hielo. Mi boca se secó como papel de lija. ¿Qué estaba sucediendo? Antes de que pudiera controlarme, todo se desvaneció con un leve y evaporado zumbido. Me desmayé justo cuando sus

brazos se extendieron para atraparme. Cuando el mundo volvió a enfocarse, estaba sentada en un duro banco oliendo a especias y cigarrillos rancios mientras el agua helada me tocaba los labios con un endeble vaso de plástico.

“Está bien, Arcadia. Tómalo con calma”, su voz profunda retumbó detrás de mí.

Bebí otro sorbo de agua helada, sin estar lista para hablar aun. Mi piel comenzó a irradiar calor y volvieron los zarcillos de sensación. Llevó la taza a mis labios de nuevo.

“Bebe un poco más”, me ordenó mientras me concentraba en inhalar y exhalar.

Después de algunos sorbos más, noté que Xavier pasaba su mano por mi espalda, haciendo espirales tiernos y cuidadosos mientras continuaba animándome a beber el agua. El aire caliente llenó mis pulmones y el peso familiar de la existencia me presionó de nuevo. ¿Por qué, cómo, estaba él aquí?

“¿Xavier?”, finalmente tuve el descaro de preguntar, estirando el cuello hacia arriba para ver su rostro.

Estaba bien afeitado y seguía siendo tan hermoso.

Rió entre dientes. “Sí, tu esposo”. Su mano pasó por mi cabello, tratando de desenredar el lío posado en mi cabeza. “Creo que necesitamos traerte algo de comer y luego quizás puedas explicar por qué estamos en la Ciudad de México”. Su voz era amable, pero había un hilo de irritación recorriéndola.

“Lamento haberte robado la ropa”, confesé con la cabeza inclinada.

Se rió completamente. “¿Crees que te sientes lo suficientemente bien como para estar de pie?” Era cariñoso y atento.

“Claro”, dije, saliendo de mi asiento. La sangre se me subió a la cabeza, que casi me derriba de nuevo.

“No, no estás lista. Siéntate”. Sus palabras fueron fuertes y autoritarias. “¿Tienes equipaje?”, preguntó, mirando hacia la puerta por la que había entrado, preocupándose por si había dejado algo allí afuera.

“Solo esto”, respondí, señalando con la cabeza a mi mochila, que aún colgaba suelta en mi espalda.

“Está bien”, dijo, acurrucándose en sus brazos. “Solo descansa un poco más”. Sus manos volvieron a trabajar en mi cabello mientras me inclinaba hacia su fuerte pecho.

Mis ojos estaban cansados de llorar y mi mirada estaba vacía y conmocionada. No había llegado a un acuerdo con nada de lo que estaba sucediendo. Dejé que pasara sus dedos por mi cabello mientras su otro brazo me sostenía cerca. A pesar de intentar desesperadamente no llorar, las lágrimas brotaron lentamente de mis ojos. Sus manos dejaron mi cabello y trazaron su línea por mi mejilla, en silencio por el momento. Después de secar las lágrimas de mis ojos y acariciar tiernamente mi rostro, se inclinó hacia mí, con su cálido aliento sensual en mi oído.

“Tu robaste mi par de pantalones favoritos”, bromeó seductoramente, “Y, Sra. Dean, me pregunto, qué clase de esposa se escapa mientras está de luna de miel sin su marido?” Su mano se arremolinaba suavemente sobre mi pecho mientras volvía mi rostro manchado de lágrimas hacia el suyo. “Si estás en problemas, avísame. No te juzgaré. Estoy aquí para ayudar”. Su voz era firme pero suave. “¿Estás bien?”

Todo lo que pude hacer fue negar con la cabeza “no” y eso fue suficiente para él; me levantó y me cargó en sus brazos.

“Te voy a sacar de aquí”. Era severo y autoritario, casi demasiado. “No tienes otros planes,

¿verdad? ¿La Ciudad de México es tu destino final? ¿Es aquí donde planeabas tener nuestra luna de miel?” Su intento de humor fue dulce pero cortante.

Me acurruqué contra él y murmuré en su pecho: “En realidad, no”.

“Te traeré algo de comer”. Su voz se quebró un poco, tratando de no mandar, deslizando su personalidad alfa.

Lo conocí cuando estaba increíblemente borracho, y yo también. Para cuando nos recuperamos, estábamos muy metidos el uno en el otro, literalmente, así que realmente no conocía al hombre que me sacó de la terminal del autobús. Tenía una vaga comprensión de quién era. La mayor parte eran rumores. O era un gilipollas mujeriego o un hombre gay que ocultaba sus huellas. Era infame por ser “detallista”, que a menudo se lee como controlador, y era uno de los hombres más guapos del planeta, según la revista People.

“Me muero de hambre”, fue todo lo que pude decir, ya que la conversación aún era un poco esquiva. Estaba superando mi conmoción.

“Te ves como si estuvieras muerta de hambre, amor”. Me despeinó el pelo. “Y un poco sucia. Apuesto a que a ti también te gustaría una buena ducha”. Sonrió, aun llevándome en sus brazos.

“¿Apesto?” Inmediatamente me preocupé.

Se rió. “No, pero parece que deberías estar en una película de zombis post-apocalíptica. Un poco de agua caliente y jabón harán maravillas. Pero primero, algo de desayuno. Tengo un hotel al final de la calle. Estaría encantado de llevarte mientras esperamos mi coche; sin embargo, ¿te gustaría caminar?” Me estaba ofreciendo opciones. Eso parecía sorprendente.

“Sí, por favor”, dije, recuperando mi voz.

Una vez en el aire fresco y caliente, recuperé el equilibrio. Lo miré, un poco avergonzada y aún mayormente sorprendida. “Lo siento, me desmayé”. Le mostré una gran sonrisa falsa mientras me sentaba en el pavimento caliente.

“Me alegro de haberte atrapado”. Me devolvió la misma sonrisa. Mierda, no me estaba apartando de esto. “Estoy seguro de que tendrás mucho que compartir conmigo durante el desayuno”. Su voz se suavizó un poco. “Y tengo algunas gotas para los ojos en mi maleta si las quieres”. Su dedo rozó mi mejilla. “Tus ojos están tan rojos; debe ser bastante doloroso”.

Los cerré por un momento, tratando de no llorar de nuevo. “Estoy bien”. Mis palabras se atascaron en mi garganta.

“¿Comida mexicana está bien? El hotel tiene un restaurante muy agradable. Estoy allí desde ayer por la mañana. No puedo decir que conozca bien la zona, pero en mi opinión, es el restaurante más bonito del área”.

Le di una cálida sonrisa. “Estoy bien con cualquier cosa siempre que no sea un burrito”.

“Tuviste tu parte suficiente de esos, supongo. Bueno, este será un cambio bastante agradable de un agujero en la pared junto a la carretera. Mi madre me llevó una vez a Chicago en un largo viaje en autobús. Fue la cosa más miserable que he hecho en mi vida. Siento tu dolor. Creo que estaba contemplando dejar a mi papá en ese viaje; sus ojos se parecían mucho a los tuyos”, su voz se fue apagando. “Tiendo a ser un poco agresivo y demasiado personal; un pequeño defecto de carácter”, dijo con indiferencia. “Avísame si mi curiosidad se vuelve incómoda”.

“Está bien”. Froté mi mano en su espalda. Era tan fuerte y delgado; me trajo recuerdos de rastrillar mis uñas a través de él mientras me llenaba hasta la empuñadura. Mi cuerpo dolía por él, por esa plenitud absoluta. “Tengo mucho que explicar”.

“No lo hagas si no quieres. Me siento muy aliviado de ver que estás a salvo”. Sus ojos

brillaban a la luz del sol cuando el coche se detuvo junto a la acera.

Capítulo 15

Xavier

Me sentía tan aliviado de volver a verla. Entró por la puerta como un ángel descendiendo del cielo, pero tan pronto como entró en la luz más clara, noté la mirada destrozada en su rostro blanco fantasmal. Su cabello revuelto parecía como si el peso del mundo hubiera aplastado su alma. Todo lo que quería hacer era tomarla en mis brazos y abrazarla. Era una mujer a la que apenas conocía, una por la que había viajado a otro país para encontrarla, y como la vi parada allí luciendo tan pequeña y perdida, todo lo que quería decirle era que la ayudaría en todo lo que necesitara.

Era una fracción de la mujer que había conocido hace tres días en la mesa de dados, cuyo trasero me llamaba desde el otro lado de la habitación. Atrás quedó la chica que me inspiró a hacerme un tatuaje y casarme por capricho. Ver este cambio me decía que algo andaba muy mal. Parecía débil y desorientada. Cuando vi su piel ponerse blanca y sus ojos vidriosos, corrí hacia ella. Solo había visto a una persona desmayarse antes. Era una modelo que tenía esa misma mirada distante antes de caer al suelo, justo antes de salir a la pasarela.

La modelo no había comido en dos días para asegurarse de poder usar su prenda. Arcadia tenía la misma expresión hambrienta. Pude sostenerla antes de que cayera al suelo sucio. Tan pronto como la atrapé en mis brazos, fuimos la atracción principal. Los pocos viajeros que se quedaron cerca de nosotros dirigieron su atención hacia nosotros. No hablaba mucho español y ahora me arrepiento de no haber estudiado más en la escuela secundaria, pero la moda era lo mío, así que no podía molestarme en preocuparme por lo que decía mi profesora de español. Ahora, me importaba. Tenía a una mujer sin vida en mis brazos y no había forma de conseguir su ayuda.

La gente se quedaba de pie.

“¿Podrían traer un poco de agua, por favor? ¿Agua, por favor?” Sabía que estaba hablando con el aire, pero esperaba que alguien viniera a rescatarnos.

Después de unos momentos de suspensión en el tiempo durante los cuales levanté a Arcadia y la coloqué en el asiento junto a mí, acariciándola y diciendo su nombre una y otra vez, tratando de revivirla, alguien se acercó con un vaso de plástico lleno de agua helada.

“Agua, señor”, dijo el anciano mientras colocaba el vaso de agua en mi mano.

Asentí con la cabeza y le ofrecí una sonrisa genuina. “Gracias, muchas gracias”, dije mientras me devolvía la sonrisa y se sumergía en el grupo de personas que flotaban en el aire.

Tan pronto como los ojos de Arcadia se abrieron, la gente pareció perder interés en nosotros y siguió su camino. Quizás sintieron la barrera del idioma con tanta fuerza como yo. Cualquiera sea la razón, se dispersaron y me dejaron llevar a Arcadia. Le llevé la taza a los labios.

“Está bien, Arcadia...” Estaba repitiendo la escena en mi cabeza, tratando de desentrañar el misterio sentada a mi lado en el auto. Su cabeza colgaba de mi hombro; silencio.

La atraje hacia mí, envolviendo mis brazos alrededor de su pequeño cuerpo, esperando que se sintiera protegida.

“No tienes que decirme nada si no quieres”. Eso no salió como lo había planeado. De hecho, quería que ella dijera algo, desesperadamente, pero necesitaba tomar sus propias decisiones. “Quiero ayudarte si puedo, pero si es demasiado... si estar aquí está mal, avísame”.

“Gracias”, respondió su vocecita.

Pasé mi mano sobre su cabello desesperadamente enredado. Mis dedos encontraron suavemente una manera de deshacerse de los nudos. Al encontrar mis esfuerzos infructuosos y

quizás insultantes, dejé que mi mano cayera sobre su espalda; no llevaba sujetador, solo mi camisa. Intenté con todas mis fuerzas asegurarme de que mi polla no tuviera ideas propias. Había un momento y un lugar para el sexo, y con Arcadia, mi polla debía pensar que siempre era el momento. Ojalá supiera comportarse; era muy inoportuno que estuviera tratando de llamar su atención en ese momento. Ella necesitaba más que mi polla. Necesitaba conocerme y saber que estaba aquí para ella.

Solo había unos 10 minutos desde la terminal de autobuses hasta el hotel más elegante de la Ciudad de México. Estaba en lo alto de una colina empinada con una vista de toda la metrópoli. El coche se acercó a la puerta y la ayudé a salir. Sus ojos se abrieron tan pronto como llegamos y vio el terreno. Era muy obvio que no la habían prodigado a menudo.

“¿Qué te gustaría primero? ¿Una ducha o comida?”, pregunté mientras nos acercábamos al vestíbulo.

Una hermosa sonrisa cruzó su expresión. “Me gustaría una ducha, por favor”. Su voz seguía siendo un poco trémula, pero se estaba recuperando.

“Una ducha, entonces”. La apreté con fuerza de manera fraternal, odiando no poder seducirla, pero deseando que se sintiera segura.

“Solo tengo estos”, dijo, soltando la mochila de sus hombros para sacar dos de las piezas de ropa más horribles que jamás había visto. “Aparte de tus pantalones favoritos. No tengo nada más que ponerme”. Su rostro decayó.

“Ah no, no, no”. Me reí. “No los usarás. Eres talla cuatro. Te buscaré algo para ponerte mientras te duchas”.

Me dedicó una sonrisa de alivio. “Muchas gracias. Tengo efectivo; te pagaré por lo que obtengas”. ¿Hablaba en serio? Creía que era tan linda cuando metió la mano en su bolso para

recuperar su billetera.

Detuve su mano y la besé. “Toma esto. Será un placer”.

“Gracias”, dijo casi comenzando a llorar.

La moví hacia el gran banco de ascensores. “Vamos a instalarte y luego iré de compras”.

Su rostro se iluminó con una hermosa sonrisa. Allí estaba ella, la chica con la que me casaría. Todo lo que tenía que hacer era darle una ducha, una siesta y algo de comida, y volvería a ser mi Arcadia. El asombro bailaba en sus ojos cuando vio la habitación. Siempre obtuve lo mejor; esta habitación en particular era demasiado opulenta incluso para mí, pero quería asegurarme de que si la encontraba y la traía aquí, ella y yo disfrutaríamos de nuestra estancia. Al menos, tenía muchas esperanzas de poder volver a disfrutarla.

Me guardé esos pensamientos sabiendo que necesitaba comida y estabilidad.

“Está bien. Aquí está el baño”, dije mientras abría la puerta del increíble cuarto de baño con una bañera lo suficientemente grande para albergar a algunas personas. Francamente, la bañera era la razón por la que elegí este hotel y esta habitación en particular. Tenía tantas ganas de jugar en esa bañera con ella. Sabiendo que mi tamaño era un problema, el agua caliente y el vapor ayudarían.

“Este lugar es una locura”, susurró. Allí estaba ella, volviendo.

Sus ojos brillaron en los míos después de ver la bañera. Le guiñé un ojo y le mostré una sonrisa zalamera. “Te voy a conseguir algo de ropa”.

“Gracias, de nuevo”. Su rostro se desmoronó un poco.

“Es un placer, Arcadia. Me voy a divertir vistiéndote”, hice una pausa, dudando en decir el

resto... “Y desnudándote. Si eso es lo que quieres, más tarde...”. Dejé que mi voz se apagara.

Sus ojos brillaron y me miró profundamente. “Eres increíble”, fue todo lo que dijo mientras se volvía, abrió la puerta de la ducha y abrió el grifo.

Si bien no era una respuesta a mi solicitud, era suficiente. “Disfruta de tu ducha, amor”, le dije y cerré lentamente la puerta detrás de mí.

Cuando estuvo a salvo en el baño, me fui y le pregunté al conserje por la boutique más cercana; algo elegante y exclusivo. El conductor me llevó a un lugar pequeño y elegante con ropa vibrante que expresaba la alegría de esta increíble ciudad. Encontré sus cinco o seis vestidos comparables al que usaba en Las Vegas. También recogí algunos pares de jeans y camisetas suaves. Sabía que ya tenía bastantes pares de mi ropa interior para que se la pusiera en la cama, aunque esperaba que no tuviera que usarlos.

También tomé algunos sujetadores y ropa interior sexy, que eran tentadores, pero no tan obvios, porque no quería que pensara que el sexo era todo lo que buscaba de ella. Es cierto que la ropa interior era todo en lo que quería verla, pero compré algunos clásicos de algodón en caso de que quisiera sentirse cómoda sin ninguna presión. Como no conocía su estilo, esta sería mi excusa para comprar algo excitante, pero egoístamente, quería ver los atuendos y la ropa interior ajustados a su cuerpo perfecto.

Cuando regresé al hotel, ella ya había salido de la ducha vestida con una toalla suave y esponjosa, con el cabello cuidadosamente acondicionado y peinado.

“¿Te sientes mejor?”, pregunté, esperando que mi voz no sonara desesperada. Después de comprar la lencería, apenas podía controlar mis pensamientos de tenerla una y otra vez hasta que los dos estuviéramos agotados y cansados.

Una elegante sonrisa iluminó su rostro. “Me siento mucho más humana, eso es seguro”. No

pensaba que pudiera sonreír más. “No puedo creer que vinieras a México a buscarme”. Su voz sonó con incredulidad.

Me encogí de hombros. “No regresaste. Tenía que encontrarte; no todos los días me caso con alguien que no conozco y luego la pierdo por completo. Era un misterio demasiado bueno para dejarlo pasar. Puede que parezca un diseñador de moda sexy, pero en realidad soy bastante aventurero”. Hinché los hombros y el pecho juguetonamente.

Su rostro decayó de inmediato. “¿Fue tan aventurero como esperabas que fuera?”, pareció enfurruñarse de nuevo.

“Estoy demostrando ser bastante aventurero. Te compré estos”, mencioné mientras le entregaba la bolsa sin ceremonias. “Es posible que desees probártelos para asegurarte de que te quedan bien. Estaré encantado de devolver cualquier cosa que no te guste”.

Se asomó a la bolsa agradecida por los regalos y la distracción de lo que fuera que le estaba causando tanto dolor. “Estoy segura de que todo me quedará perfecto. Muchas gracias por hacer esto. No quería tener que recurrir a mi ropa de reserva”. Mostró una hermosa sonrisa.

“Que el cielo no lo permita”. Le ofrecí una mirada tonta, otra más.

Comenzó a sacar cosas de la bolsa y a sostenerlas frente a ella. “Xavier, no tenías que comprar todos estos”. Estaba casi mareada.

“Nunca hago nada porque tengo que hacerlo. Quería hacerlo”, dije suavemente.

Sacó el diminuto vestido de encaje rojo de la bolsa. Era de satén y encaje con un corpiño escotado y un dobladillo estrecho. Mi polla se arremolinaba con la sensación de verla sacándolo de la bolsa. Me moría por verla usándolo y luego quitárselo con los dientes... Grrr, sacaba la bestia que había en mí.

“Ese es mi favorito”. Me aseguré de darle una mirada seductora.

Lo acercó a la luz y se sonrojó. “Me encanta”. Se mordió el labio y se encogió un poco. “Pero em, no creo que sea apropiado para el desayuno”, dijo casi en tono de disculpa.

“Ciertamente, no es apropiado para el desayuno, quizás ni siquiera decente para el público, pero podría pensar en algunos lugares donde podrías usarlo”. Mi voz se hizo más profunda y ronca. No pude evitarlo; quería arrancarle esa toalla y tirarla sobre la cama.

Extrañaba nuestro sexo matutino. Me fui a la cama pensando en cómo la haría gritar mi nombre por la mañana y luego, cuando me desperté, se había ido. Ahora todo en lo que podía pensar era en follarla. En serio, todo en lo que podía pensar, pero la expresión de su rostro fue suficiente para matar mi deseo, al menos por el momento. Tenía los ojos llorosos y se estremeció. El aire era húmedo y cálido, así que a lo que fuera que se enfrentaba era grande. Me acerqué y le quité el vestido de las manos.

“O podría devolverlo”, dije suavemente.

Miré en la bolsa y saqué un hermoso vestido floral, ventoso y brillante, de un material lo suficientemente pesado como para ser adecuado para la luz del día, y corto para acentuar su belleza pero no revelarla.

“Este es el que te compré porque te gustaría”. Le entregué el vestido. “El otro es para mí, cuando y si estás lista”. Besé su mejilla suavemente y su respiración se entrecortó.

Al menos, aún estaba allí en alguna parte, la diosa de la que me enamoré por capricho. Besó mis labios y suspiró “gracias” en mi oído. El susurro recorrió mi polla, despertándola de nuevo. Pasé mi mano a través de ella y la aparté de la presión de mi cremallera. Tenía la esperanza de que dándole un poco de espacio para respirar la desinflaría un poco. Su mano se unió a la mía mientras trazaba suavemente el contorno de mi polla erecta.

“Eso no está ayudando...” Respiré bruscamente mientras su pulgar trazaba perezosamente la punta que presionaba contra la suave tela de algodón de mis jeans.

“Pensé que nunca te volvería a ver”. Sus labios temblaron cuando me apreté contra su traviesa mano para detener su peligrosa exploración.

“Vamos a vestirme y comer algo, antes...”, froté mi polla en su palma. “De hacer cualquier otra cosa”.

La desenvolví de la toalla y saqué un par de ropa interior de algodón rosa sensible con un borde bordado. Ya estábamos tan calientes el uno por el otro; ella podría haber estado usando un cinturón de castidad y estábamos seguros de que lo hubiéramos roto. No necesitaba ningún estímulo visual. También podría hacer que se sintiera cómoda.

“Levanta la pierna”, le ordené, y deslicé la suave ropa interior de algodón sobre su pierna extendida.

Puso la otra pierna y deslicé las bragas por su cuerpo desnudo, envolviendo dulcemente su glorioso coño en una tela. Mis manos acariciaron su trasero. Luego moví mis dos pulgares sobre sus tetas perfectas y atrevidas. Besé a una y luego a la otra. “¿Con sujetador o sin sujetador?”, pregunté, haciendo girar mi lengua alrededor del capullo más cercano a mi boca.

“Sin sostén”, susurró mientras su mano se deslizaba por mi cabello.

Le di un pequeño mordisco al pezón descuidado. “Qué traviesa”, gruñí y alargué la mano hacia el vestido de flores. “Brazos arriba”. Obedeció amablemente.

Dejé el vestido sobre su delgado cuerpo y le di una palmada en el trasero en broma. “Comamos”.

Capítulo 16

Arcadia

Me sorprendió ver a Xavier. Era como si caminara sobre una nube. Lo que sea que había conocido como realidad, se había ido. No podía imaginar que había viajado tal distancia por mí. Era tan dulce y gentil; aunque tenía tanta hambre que no podía pensar en otra cosa; quería volver a hacerle el amor. Necesitaba sentirlo llenándome, entonces quizás mi vacío comenzaría a desaparecer.

El restaurante estaba en una terraza con vistas a la vibrante ciudad; se sentía como un sueño. Todo me hacía agua la boca con la anticipación de algo que no era un burrito de frijoles y queso. Revisamos el menú y pedimos huevos, pan, fruta y café, manteniendo las cosas ligeras y solo discutiendo el clima y la vista, hasta que nuestra camarera trajo nuestro pedido. Trataba de no devorar mi comida mientras la realidad se filtraba lentamente de nuevo en mi conciencia.

“Gracias por rescatarme. Eres un héroe”. Sonreí, sabiendo lo peculiar que sonaba.

Me di cuenta de que en el momento en que entramos al hotel, algunos miembros del personal de recepción sabían quién era Xavier. Afortunadamente, no estaba sin camisa en una valla publicitaria fuera del hotel como en Las Vegas, pero era un diseñador de moda muy conocido y su ropa masculina era una marca conocida. Sin duda, los agentes de la recepción vieron su nombre en el momento del registro y se dieron cuenta; lo que significaba que estar con él era peligroso para mí. Esto me rompía el corazón.

Estoy segura de que mi padre estaba más allá de la ira en este punto. No iría a la policía porque vender a su hija como esclava de alguien es altamente ilegal, pero tenía conexiones con personas que podían encontrar cualquier cosa. Mientras me mantuviera alejada de las redes

sociales y lejos de cualquier cosa que pudiera identificarme, estaba a salvo, pero si también estaba rastreando a Xavier, podría encontrarme fácilmente.

Sonrió, probablemente ya cansado de que le agradeciera. “Como he dicho, me dejaste un gran misterio”. Dio un mordisco a sus huevos, con ojos expectantes mirándome, esperando respuestas.

Tomé una respiración profunda. “Si bien realmente aprecio el heroísmo; no creo que deba quedarme en este hotel contigo, puede que no sea seguro”.

Levantó las cejas. “¿Estás en algún tipo de problema?” Su voz se congeló un poco, quizás pensando que había hecho algo criminal.

“Sí, pero... no lo hice, no es...” Estaba vacilando, comenzando a sentir que el miedo y el estrés volvían a aparecer.

“Respira”, me ordenó, poniendo su mano sobre la mía. “Estoy escuchando”.

“La gente te reconoce, y necesito ser invisible”, comencé, ahogando mis palabras en voz baja.

“¿Por qué?”, presionó; la autoridad de su voz me consolaba y asustaba a la vez.

Pude ver más del diseñador de moda multimillonario filtrándose por las grietas, mostrando a un hombre que no aceptaría un “no” por respuesta. “No me has preguntado cómo te encontré; ¿no tienes un poco de curiosidad?”

Estaba en lo correcto; no se lo había preguntado. No quería saberlo. No estaba lista para enfrentarme a una verdad más. Tan pronto como supiera cómo me encontró, comprendería con mayor claridad la amenaza que sufría. Cerré los ojos y respiré hondo.

“¿Cómo me encontraste, Xavier?”, pregunté, temiendo la respuesta.

“Llamé a tu padre con el número que proporcionaste en la solicitud de nuestra licencia de matrimonio, que tuve que ir a la pequeña capilla de mierda para encontrar porque robaste nuestra copia”. Sus ojos se entrecerraron en un ceño desdeñoso.

Me mordí el labio. “Lo siento. Pensé que podría necesitarlo en caso de que tuviera que... ser otra persona. ¿Qué dijo el?” Me quedé mirando a Xavier, preparándome para el espectáculo de terror que se avecinaba.

“Estaba muy ansioso por encontrarte, quizás incluso un poco demasiado ansioso... hasta el punto de amenazar. Tan amenazante, de hecho, que decidí rastrearte. En este caso, tienes mucha suerte de que sea famoso porque hace que la gente sienta más curiosidad por ti. El agente de recepción que te refirió al servicio de automóviles del hotel recordó qué automóvil tomaste y le pregunté al conductor adónde te había llevado. Averiguar en qué autobús viajabas me costó un poco, pero ahora es evidente que hice bien en seguir mis instintos al respecto. ¿Tu padre te amenaza con hacerte daño? ¿Podría ser esto un asunto de la policía?” Su voz era amable y, sin embargo, aún dominaba la conversación.

Respiré profundo y estremecido; las lágrimas brotaron de mis ojos. Sintió que estaba a punto de romperme.

“No tienes que decírmelo ahora; puedo esperar un poco más siempre y cuando no estés en peligro inmediato, ¿verdad?” Retrocedió un poco, lo cual aprecié.

Empecé a temblar. Mis entrañas temblaban mientras me preparaba para dejar entrar a Xavier y decirle lo que estaba pasando. “Es muy influyente y conoce a personas que se encuentran en las grietas más oscuras del mundo. Puede conseguir lo que quiere por un precio; solo depende de cuánto valgo”. Bebí un sorbo de agua y traté de calmar mi respiración. “Me invitó a Las Vegas

para un fin de semana de padre e hija. No estoy segura de haberte dicho, estaba bastante borracha cuando nos conocimos...” Sonreí tratando de recuperar algo del yo que dejé en Las Vegas.

“Lo recuerdo vagamente”. Mostró una sonrisa cálida y genuina.

“Íbamos a ver la “O” del Cirque Du Soleil y teníamos una buena cena. Tenía trabajo en la ciudad y algunas reuniones. Prometió que no tomarían todo el fin de semana. Mi mamá me dejó cuando yo era pequeña, así que aunque mi papá y yo no teníamos la mejor relación, tampoco era mala. Él siempre estaba ocupado con el trabajo, así que con el tiempo yo también lo hice. Estudiar para mi maestría ha sido cada pensamiento despierto, así que mientras estaba en un descanso, pasar el rato con mi padre era una idea divertida, ya que generalmente pasábamos como barcos en la noche”.

Bebí otro sorbo de mi agua; mi garganta se sentía tan seca y áspera como papel de lija.

“Quería comprar nuestras entradas para el espectáculo, pero me dijo que esperara y se disculpó porque su reunión estaba tardando más de lo que esperaba. Me sentí realmente decepcionada cuando el espectáculo se agotó. Decidí tomar su tarjeta de crédito y apostar con el dinero que hubiéramos usado para el programa por despecho. Ésta no es la razón por la que me persigue. Se habría reído si eso fuera todo lo que hubiera pasado, y habría sabido que se lo merecía. Me envió un mensaje de texto cuando terminó mientras estábamos juntos. No recibí el mensaje de texto hasta muy tarde, cuando estábamos en el bar. Era muy dulce y se disculpaba al principio, y se ofrecía a quedarse otro día para ver el espectáculo juntos. Le envié un mensaje de texto diciéndole que no se preocupara, que estaba bien. “Conocí a un amigo y salí con ellos. No te preocupes. No esperes”. Tenía clases que dar el lunes, pero quizás podríamos probar Las Vegas de nuevo en otro momento. Probablemente podría decir, por mi mensaje de texto, que no quería tener nada que ver con él porque estaba enojada, pero no era así. Me estaba divirtiendo demasiado contigo”.

Me detuve para mirar a Xavier a los ojos. Estaba escuchando, esperando el gancho que, con suerte, lo haría sentir el mismo tipo de traición y horror que yo.

“Me envió un mensaje diciendo que tenía que encontrarme con él en el vestíbulo de nuestro hotel. Quería presentarme a su amigo y se aseguró de que entendiera que era importante. Envié algunos mensajes de texto más corteses negándome a recibirlos, y luego sus mensajes se volvieron cada vez más amenazantes. Fue entonces cuando decidí simplemente ignorarlos, esperando que estuviera borracho. Realmente no había planeado pasar la noche contigo...” Miré a Xavier y vi un pequeño temblor de sorpresa cruzar sus rasgos.

“Pero me alegro de haberlo hecho”. Sonreí, genuinamente feliz por el tiempo que compartimos. “Es solo que nunca tuve sexo en la primera cita”. Incliné un poco la cabeza.

“Entiendo”. Su voz era severa pero dulce. “Pero era nuestra noche de bodas”. Miró lascivamente en broma. “Pero lo entiendo. No suelo casarme con chicas que no conozco. Continúa”.

“Bueno, me encantaba estar contigo, y estar en tu habitación me mantenía a salvo de mi padre. No tenía idea de dónde estaba. Teníamos habitaciones en Mandalay Bay, así que podría haber estado en cualquier parte. Cuando me desperté, recibí un mensaje de texto que me decía que me había utilizado como garantía para su nuevo negocio. Un inversor había visto fotos mías y me vio brevemente desde la distancia cuando me registré en el hotel. Yo iba a tener la seguridad de que este inversor obtendría un rendimiento de su dinero”, dije en voz baja.

“¿Disculpa, que?” Su rostro se estaba calentando cuando sus mejillas y sien se enrojecieron.

“Em... yo era, eh, la garantía”, tartamudeé.

“¿En qué sentido?” Xavier estaba tratando de contener su ira.

“Supongo que en todos los sentidos. Todo era una especie de borrón; no he vuelto a leer el texto. Solo decía que tenía que ir con su amigo, hacer lo que él quisiera... y... yo era suya hasta que mi padre pudiera devolverle el dinero”. En este punto, estaba mirando el mantel, dejando que pensamientos terribles de cómo sería la vida con este hombre se apoderaran de mí; dejándome indefensa y entumecida.

Y en este punto, Xavier estaba furioso pero tratando de contener su ira. “Está bien, cariño”, dijo, alisando su mano sobre la mía. “¿Por qué no fuiste a la policía?”

“Porque es peligroso. Tenía miedo de desaparecer para siempre”. No podía aguantar más; las lágrimas comenzaban a correr por mi rostro. Mi vida se hacía añicos ante mí.

“Entonces, ¿me estás diciendo que tu propio padre te ha vendido como esclava? ¿No te ama en absoluto? Eres su hija”. Xavier parecía absolutamente sorprendido cuando movió su silla junto a la mía para poder llevarme a sus brazos.

“Pensaba que sí”, le respondí. Mis sollozos salpicaron el aire. “Por eso no puedo quedarme aquí”, lloré. “Él me encontrará y luego...”

“Iremos a la policía. Tiene que haber una forma de protegerte”. Xavier estaba al mando completo ahora mientras sacaba su teléfono celular, quizás listo para llamar a la policía.

“No puedes involucrarte, Xavier; él también te hará daño. La mafia es una organización muy peligrosa. No puedes meterte con ellos”, advertí.

“Tampoco pueden simplemente secuestrar personas para convertirlas en esclavas. Además, eres mi esposa. Eso tiene que dar cuenta de algo”. Dejó su teléfono, mirando por primera vez como si no estuviera seguro de lo que iba a hacer. “¿Tienes un plan?”

“Tengo una amiga en Costa Rica. Era amiga de mi mamá, una especie de segunda madre

para mí. Cuando mi mamá se fue, se quedó hasta que yo terminé la secundaria. Luego desapareció, pero siempre me avisaba dónde estaba. Ella ayudó a mi papá a criarme, pero cuando tenía dieciocho años, se pelearon mucho y él la echó de nuestras vidas. Creo que hizo algo más que echarla, pero ella nunca me dijo si la amenazó. Sé que no quiere que él la encuentre, y probablemente sea la persona más segura con quien estar en este momento. Iré a la policía e intentaré que arresten a mi padre por esto, pero tengo que estar segura primero”. Las lágrimas aún corrían por mi rostro; no podía detenerlas. “Tengo que mantenerme fuera de la red por un tiempo, por eso tomé el autobús. Supuse que nunca pensaría que me subiría a uno”.

Xavier me sostuvo en sus brazos por un minuto, probablemente tratando de descifrar lo que acababa de tirar en su regazo. Su mano subió y bajó suavemente por mi hombro, y cuando llegó el camarero, lo detuvo. “La cuenta, por favor”, preguntó. “¿Sigues con hambre?” Me miró con bondad y amor en sus ojos.

“Ya tuve suficiente, gracias”, respondí cortésmente.

“Entonces, creo que la primera orden del día es regresar al hotel. Solo tengo que hacer algunas llamadas telefónicas”. Mis ojos se agrandaron. “No a la policía, lo prometo. Y luego tú y yo podemos averiguar cómo vamos a llegar a Costa Rica”.

“No tienes que ir”, protesté.

“Diablos que no”, dijo enfáticamente.

Capítulo 17

Xavier

Pobre Arcadia, su mundo estaba tan jodido. Mi primera orden del día era ayudarla a sentirse segura y protegida, y luego llevarnos a Costa Rica sin ser detectados. Sabía lo suficiente sobre el crimen organizado para comprender que las amenazas que le presentaban eran reales. Entramos en nuestra habitación de hotel y ella parecía mucho menos agobiada. La Arcadia que conocí y de la que me enamoré estaba empezando a aparecer de nuevo.

“Esta habitación es realmente asombrosa; ojalá pudiera quedarme aquí”. Me lanzó una sonrisa coqueta mientras rebotaba en la cama; sus faldas se levantaban sobre sus muslos, haciéndome jadear. “La cama es enorme”.

“Podemos jugar aquí un rato. Estoy seguro de que tu padre no ha pensado en buscarte conmigo aún. Tenemos tiempo suficiente para disfrutar de la habitación si quieres. Pero solo si quieres; sé que estábamos borrachos cuando nos conocimos. No tienes la obligación de cumplir con ningún deber de esposa, especialmente a la luz de lo que ha sucedido”. Quería asegurarme de que entendiera que la quería, pero no a expensas de su cordura o sentido de sí misma.

“Me encantaría jugar contigo”. Su sonrisa era gloriosa. “Te he extrañado. Hacer el amor contigo fue lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo”. Su cabeza se inclinó un poco, como si hubiera algo de vergüenza al decirlo.

Crucé la habitación hacia ella. “Realmente te he echado de menos. He echado de menos el aroma de tu piel, tu cuerpo...” Su sonrisa se ensanchó. “...esa sonrisa”. Aclaré: “He extrañado especialmente tu sonrisa. Hacer el amor contigo lo era todo”.

Me rodeó con los brazos. “Ahora sabes por qué robé tu ropa. Quería traerte conmigo... y

aquí estás”. Besó mi cuello. “Realmente estás aquí”.

“Necesito advertirte”, dije suavemente. Era el momento de la honestidad. Como si la situación no fuera lo suficientemente grave, aún tenía límites que tenía que abordar. Ahora era un buen momento para prepararlos; tenía que saber en qué se estaba metiendo.

Su rostro decayó mientras se sentaba en la cama, luciendo preocupada. “Entiendo. Tengo suerte de tenerte de nuevo. Sé que no va a durar. No te pediría nada”, dijo, preparándose para la verdad.

“Estoy bien con las aventuras de una noche. Son fáciles y convenientes para mí. En ocasiones, me he acostado con mujeres, y después de esa primera noche, duraba una semana o dos, quizás un mes, normalmente no más. No tengo ningún problema con eso y, que yo sepa, la mayoría de las mujeres con las que he estado, se han sentido cómodas con mi falta de compromiso. Estaban dispuestas a disfrutar de lo que compartiéramos y dejarlo así. Soy un hombre dominante. Me gusta el control. Vine aquí para ver si estabas en peligro...”

“Entiendo”, dijo en voz baja. “Lo entiendo”, confirmó, principalmente para sí misma. “Puede ser solo una noche, está bien. Quiero decir que ni siquiera estábamos sobrios”.

Ella no lo entendía, aún no, porque yo estaba siendo un idiota A-1. Necesitaba ayudarla a verme con claridad para que esta heroica personalidad mía volando a la estación central de autobuses de la Ciudad de México con una capa de superhéroe no la cegara a la realidad.

“Va a ser muy difícil para mí no mostrar control en todas las cosas. Es mi naturaleza. Tú eres el tipo de persona que emprende aventuras sin tener muchas certezas; técnicamente tú y yo somos aceite y agua. Entonces, voy a arriesgar más de una noche por ti. A pesar del peligro y del hecho de que no deberíamos ser compatibles, no me importa. De hecho, quiero muchas más noches juntos. ¿Cuántas? No puedo definir eso. Todo lo que pido es que te comuniques conmigo. No

juegos. Fuimos tontos y borrachos y nos casamos, pero mientras hacemos esta locura, prometo mantenerte a salvo, pase lo que pase. Todo lo que te pido a cambio es que comuniqués tus sentimientos y no les temas. Es probable que anulemos nuestro matrimonio pronto, pero por ahora, estoy feliz de estar casado contigo, Sra. Dean. Si estás preparada para ello, no nos preocupemos por el futuro por un tiempo. Opero mejor si no tengo que pensar en el compromiso”. Me sentía como una mierda al decirlo todo, pero era mi forma de proteger mi reputación y mi corazón. “Digo esto porque si tus sentimientos por mí se desvían hacia algo más profundo, quiero saberlo. Quiero poder hablar sobre ellos, para que se sientan bien con lo que estamos haciendo”.

“Prometo comunicarme contigo, Xavier, y seré tuya mientras me tengas”. Suspiró. “Sé que suena extraño, como la oferta en la que mi papá estaba tratando de enredarme, pero esto es diferente...” Estaba esa tristeza de nuevo.

“La diferencia es”, la interrumpí. “Que me has dado tu consentimiento y continuarás dándomelo a menos que esto ya no sea adecuado para ti. Entonces, podrás retirar tu consentimiento y me iré. Puede que me sienta como el que tiene el control, pero tú tienes la misma medida; quiero que lo entiendas completamente. No eres mi esclava sexual; eres una mujer que acabo de conocer y quiero conocer mejor. Me gustaría conocerte en todos los sentidos, pero el sexo es uno de mis medios de comunicación favoritos. Sin embargo, quiero ser claro, aunque puede que haya follado y dejado a muchas mujeres, quiero probar algo diferente contigo. Quiero ser un hombre mejor si puedo. ¿Lo entiendes?”

“Sí”. Sonrió. “Y gracias”.

“Basta con las gracias”, bromeé, acercándome a ella como un tigre. “Estoy listo para jugar”.

Su rostro se volvió seductor y coqueto. “¿Podemos empezar probándome la ropa que me compraste? Me muero de ganas de verla” Se mordió el labio inferior mientras esperaba mi

respuesta.

“Me muero de ganas de verte en ellos. ¿Por qué no me das un desfile de moda primero?”

Sus ojos se entrecerraron ante la sugerencia. “Tú eres el profesional y yo soy bióloga marina. No esperes mucho”, dijo mientras se quitaba el vestido por la cabeza de modo que solo llevaba un par de bragas de algodón y nada más. Con sus pechos perfectos erguidos, se acercó a la bolsa; una ninfa una vez más.

Sacó uno de los otros vestidos de la bolsa y se lo tiró por la cabeza. Luego cruzó la habitación hacia mí, girándose frente a mí mientras agitaba los brazos en el aire.

“Bien”, comenté, pasando mi mano por su trasero. Mi polla estaba ardiendo. “Pero me vendría bien un poco más de movimiento”. Mis manos movieron sus nalgas para enfatizar.

“¿Te gusta esto?”, preguntó, doblando las piernas y rastrillando su nalga a través de mi polla hinchada.

“Sí. El desfile de moda ha terminado”. La tomé y la tiré sobre la cama. “Lo siento, he esperado demasiado para esto”, gruñí, inmovilizando sus piernas con mis rodillas mientras le subía el vestido por los muslos.

Rió alegremente. “Realmente sabes cómo vestir a una mujer... quiero decir, desnudar”, aclaró mientras recogía el vestido por encima de su cabeza y dejaba al descubierto sus increíbles tetas.

“Estos son míos. Incluso cuando te vayas, me quedo con estos”, anuncié mientras mi cabeza descendía a su pecho y engullía la carne en mi boca.

Su pezón se hizo un guijarro de inmediato, y sentí mi polla presionando contra mi cremallera, esforzándose por salir. Debió sentirlo apoyado contra su muslo porque sus manos

fueron a él de inmediato.

“Bueno, entonces esto es mío”, dijo con voz ronca en mi oído mientras sus hábiles deditos desabrochaban mis jeans y meneaban mi polla dura como una roca.

Me levanté, incapaz de contenerme por más tiempo, me quité los jeans, la recogí en mis brazos y presioné mi dureza contra su coño húmedo, mojando la tela de su ropa interior. Mi dedo se deslizó por su estómago y se metió en su ropa interior mientras mi boca la reclamaba. Mi lengua se movía alrededor de la de ella, luchando por dominar.

“Ya es tuyo”, le dije en la boca mientras le quitaba las bragas en un movimiento rápido y hundía mi dedo en ella, haciendo que se moviera contra mí jadeando. “¿Estás lista para ello, rápido y duro?”

Tenía demasiado reprimido dentro de mí; si no podía soportarlo, retrocedería, pero era hora de follarla como es debido.

Asintió con la cabeza. “Creo que sí”.

Sabía que estaba nerviosa, pero quería que esto fuera divertido. Besé su nariz. “¿Ah, sí? Bueno, veamos qué consigues, Sra. Dean, y cómo manejas que te follen correctamente”. Empujé dentro de ella con fuerza e hizo una mueca.

Al ver su leve malestar, me quedé alojado en ella para que pudiera orientarse y adaptarse a mi tamaño. Me aseguré de empujarla hasta el fondo para estirarla lo suficiente como para soportar lo que venía. Jadeó, acelerando sus nervios, pero la mantuve firme, acariciando con mis manos su piel cubierta de piel de gallina. Ah, ella estaba sintiendo esto.

“Respira hondo”, le instruí mientras giraba mis caderas, ayudándola a relajarse.

Mi dedo se arrastró hacia su clítoris mientras mi boca succionaba el pecho que había

descuidado, y con el remolino de mi lengua, caderas y dedo, la oí gemir y... suplicar.

“Está bien, estoy lista, por favor”, se quejó. “Xavier”.

“Muy cortés, Sra. Dean”. Rodé sobre ella con más fuerza. Mi dedo se volvió más feroz mientras mi boca tomaba el otro pezón; tiré de él con fuerza mientras gritaba, moviendo sus caderas contra mí.

Seguí machacando sobre ella, y mi dedo se movía y apretaba intermitentemente su clítoris. Lamí y mordisqueé sus pezones mientras los apretaba más y más fuerte. Era todo lo que necesitaba; se astilló y estalló a mi alrededor, inundando mi polla con su orgasmo. “Bueno, ahora soy yo quien debe agradecerte”, dije mientras salía y empujaba hacia adentro de nuevo duro y fuerte.

Me arrastré fuera de ella, la recosté en la cama, llevé una pierna a mi hombro y abrí más la otra mientras sus brazos se envolvían alrededor de mis hombros. Ella ya estaba empapada y lista, pero bombeé dos dedos dentro y fuera de su coño un par de veces para estar seguro.

Presionó sus caderas contra mis dedos invasores; su coño los engulló con avidez. Cosita codiciosa, zorra. Usé mi mano para colocar mi polla en ella, luego empujé mis caderas tan fuerte como pude. Su rostro se torció en nudos de placer cuando mi polla se estrelló contra ella con fuerza. Tan pronto como estuvo adentro, disfruté de la sensación de su tirantez lamiendo mi polla. Su coño era más apretado de lo que recordaba.

“¿Estás bien?”, me registré.

Solo gimió; una embriagadora sonrisa en sus labios fue suficiente. Conduje hacia ella más rápido y más fuerte sintiendo la hermosa fricción en mi polla mientras me sumergía más profundamente en el cielo. Ella me volvía loco. La follaba imprudentemente, saliendo, presionando, sintiendo como me envolvía en tensión. Tan apretado que era difícil entrar y salir sin

esfuerzo, así que le abrí las piernas y le incliné las caderas para que mi polla pudiera enterrarse con mayor profundidad.

Jadeó y siseó ante mi intrusión. Antes de ir por la borda, reduje la velocidad y me acerqué a la mesita de noche detrás de su cabeza para tomar un condón. Salí de ella con un pop.

“Si vamos a viajar alrededor del mundo, deberíamos estar a salvo”, le guiñé un ojo.

Gimió y asintió con la cabeza mientras movía sus caderas, haciendo señas para que mi polla regresara. Me puse el condón, la levanté suavemente y la puse de rodillas. Luego la abrí ampliamente.

“¿Estás bien? ¿Algún dolor?”, pregunté.

“Estoy bien”, dijo, radiante.

“¿Puedo entrar con fuerza?” Tenía una necesidad bestial de ella.

“Puedes. Simplemente no me rompas”, susurró.

Con su permiso, le devolví mi apéndice hambriento. Estaba bastante mojada y resbaladiza; tan receptiva. Me había asegurado de comprar el condón de marca para piel desnuda más sensible que pude encontrar cuando estuve en Las Vegas, por si acaso volvía a encontrar a Arcadia. Le devolví el beso cuando apoyé mi peso en ella. Mientras mis bolas golpeaban su suave piel, mis caderas se movían con una fuerza insaciable propia. Levanté su trasero hacia mí para poder ir más profundo y ella enterró sus gemidos en la almohada.

“Ah, Dios mío”, murmuró.

Perdí el control. Recé para no lastimarla porque me había ido demasiado para apartarme. Mi cuerpo se hundió en un cálido y apretado coño, mientras mis dedos de los pies se curvaban con

la creciente sensación de placer cortando mi polla, apretando mis bolas y tirando de mi corazón. La tomé por las caderas y me abrí camino hasta la empuñadura, completamente perdido en su carne. Cuando no pude ir más lejos, salí y presioné de nuevo, esta vez más lento, hasta que mis pulsos se volvieron más fervientes, retirándome y empujando implacablemente hacia adentro y hacia afuera. No pude soportarlo más y lancé mi peso corporal sobre ella. Incliné sus caderas para poder sumergirme en su parte más profunda y dejar que mis dedos se interpusieran entre nosotros para encontrar el tierno anillo de su trasero. Su agujero arrugado ya estaba mojado por el jugo de amor que se derramaba de ella, así que hice poco esfuerzo.

Metí un dedo en su pequeño agujero, moviéndolo hacia adentro y hacia afuera, al mismo tiempo que mi polla. Sus piernas se debilitaron, entonces la abracé con fuerza mientras gritaba de éxtasis y me inundaba con su excitación. Eso era todo; mis bolas apretadas, su coño lamiendo mi pene con tanta fuerza que me vacié dentro del condón en duros chorros de eyaculación que salían de mi cuerpo. Sintiéndome mareado, mi polla continuó moviéndose y corriéndose por lo que pareció una eternidad. Toda la energía se fue de mí cuando me dejé caer sobre ella, tratando de dominar mi respiración salvaje. Lamentablemente, saqué mi polla de su cálida feminidad y me estrellé a su lado. Mi respiración se atascó en mi garganta.

“Mierda, Xavier”, jadeó. Su rostro estaba enrojecido por el resplandor.

“Tú lo estás diciendo”. Apenas podía hablar cuando rodé hacia ella y besé su pezón caliente que se alzaba sobre su sonrojada y rosada teta. Entonces, me dirigí hacia su boca jadeante.

Reuní su cuerpo caliente contra el mío y dejé que mi pierna cayera sobre la de ella mientras me quitaba el condón, lo ataba y lo tiraba en la mesa de noche detrás de nosotros. Era pequeña pero perfecta en mis brazos cuando la envolví, y nuestras pasiones se enfriaron. Temblaba debajo de mí, quizás solo estremeciéndose por el impacto de nuestro amor. Independientemente, besé su

hombro, sus pechos y finalmente su boca. Quería que supiera que estaba allí, que me importaba. No estaba aquí solo para quitarme las piedras; estaba aquí en mente, cuerpo y alma.

“Todo va a estar bien”, le aseguré mientras metía la cabeza debajo de mi barbilla y lloraba.

El sexo duro podría hacerte eso, abrir las compuertas de la emoción; era una experiencia intensa. No estaba seguro de lo que estaba sintiendo, pero si se parecía en algo a lo que yo estaba experimentando, era abrumador. Siempre me ha gustado follar bien, pero esto era mucho más. Sabía que si la follaba duro, la haría sentir. Necesitaba sentir. Se suponía que debía estar enojada, no asustada. Devastada, no triste. Su mundo había explotado y necesitaba que ella estuviera allí para eso. El sexo duro la trajo de nuevo a mí.

Capítulo 18

Arcadia

Entendí mejor a qué se refería la gente cuando decía “alucinado”. Esa era la única forma en que podía describir lo que estaba experimentando. Yo era un desastre; las lágrimas acababan de llegar. Realmente ni siquiera sabía por qué estaba llorando, pero no podía parar. Xavier me había abierto y ahora estaba enfrentando todo lo que estaba sucediendo, procesándolo. Fue paciente; pasó su mano por mi piel y continuó tranquilizándome con palabras reconfortantes. No estaba segura de cuánto tiempo estuvimos allí acostados juntos, yo sollozando en silencio y él acariciando mi piel, pero tan repentinamente como comenzaron las lágrimas, se detuvieron.

Hubo un frío en el aire y me estremecí. Afuera, el mundo estaba caliente y húmedo, pero el aire acondicionado debía estar en la posición más alta. Nos estábamos congelando.

“Hagamos uso de esa bañera antes de irnos. Un buen baño caliente suena como el paraíso en este momento”, dijo, alejándose de mí.

Su piel también estaba fría al tacto. Tenía razón, un baño estaría bien. Se levantó de la cama y cruzó la habitación hasta el baño. Vi su trasero firme y apretado mientras se alejaba; tenía el cuerpo perfecto, y chico, sabía cómo usarlo. Mi coño aún estaba en llamas. Me dolía, pero no me dolía. Solo se sentía como él, como si hubiera estado dentro de mí con fuerza y profundidad y fuera a permanecer allí por el resto de mi vida, como si hubiera quedado impreso tan indeleblemente como el tatuaje estampado en su brazo.

Quizás por eso estaba triste. Por supuesto, la mayor parte era por la situación de mierda en la que me encontraba, pero algunas de las lágrimas eran por él. No quería enamorarme porque esto era un arreglo, no un matrimonio. Estábamos jugando a las casitas. Lo dejó claro; nos

estábamos divirtiéndolo, y esto estaba bien por ahora, pero no sería divertido para siempre.

“Siento haber llorado”, dije cuando volvió a la habitación. Me sentía como una perdedora. Vi su enorme polla balancearse entre sus delgadas piernas, mientras se arrastraba de regreso a la cama y avanzaba poco a poco más cerca de mí.

“¿Por qué te arrepientes de eso?”, preguntó, desenredando mechones de cabello que se me habían pegado a la cara.

“Es mucho drama”, confesé, sintiéndome abrumada.

“Es mucho drama. También es profundo y personal, y esa es la razón por la que te follé tan duro. Quería que lo sintieras, lo desafiaras y luego lo dejaras ir. No estás sola, Arcadia. Quiero que sepas que quiero que lo sientas aquí”. Tocó mi cabeza. “Y aquí”. Tocó el hueso entre mis senos. “Y aquí”, dijo y su dedo se deslizó en mi coño, alisando mi vagina, acariciando la crudeza y el dolor. “Estoy aquí todo el tiempo que me necesites”.

En ese momento, era honesto y genuino. Besé su cuello, luego su boca, sintiendo la aspereza de su piel alrededor de sus suaves labios. No me atrevía a decirle que podría necesitarlo para siempre. Solo lo besé mientras me levantaba de la cama y me llevaba al baño, donde el vapor salía de la enorme bañera.

“Quizás no deberíamos dejar esta bañera”, bromeé, sintiéndome un poco más yo de nuevo.

“No voy a arriesgar tu vida por una bañera”. Era paternal y estricto.

“¿Podemos jugar un poco más?”, le pregunté, salpicándolo con agua de baño, mientras me metía dentro de la bañera.

“Un poco”. Salpicó hacia atrás mientras se sentaba a mi lado. “El pequeño Sr. Dean está muy cansado”, dijo, extendiendo la mano y acariciando los pliegues de mi vagina. “Y la pequeña

Sra. Dean necesita descansar”.

Con eso, se volvió hacia atrás y tomó una botella de jabón, vertiendo una cantidad generosa en sus manos y enjabonándola en un montículo de espuma. Me preparé para un masaje sensual, lista para sentir sus manos en mi cuerpo. En cambio, tomó el montículo de jabón y lo palmeó generosamente en mi cara, creando una barba de burbujas. Fue maravilloso y ridículo, y me reí histéricamente.

“Querías jugar”, me recordó mientras lo salpicaba de nuevo con agua.

Nos salpicamos, nos untamos jabón, nos tocamos, nos besamos, nos sumergimos bajo el agua, nos lavamos el cabello, nos acariciamos y acariciamos nuestras partes más sagradas, deseando cercanía y familiaridad. Cuando terminamos de “jugar”, nos tomamos de las manos y nos sentamos juntos mientras el agua tibia se enfriaba.

“No tienes que venir conmigo”. Quería darle una salida, y ahora era un momento tan bueno como cualquier otro. “Sabes que estoy a salvo”.

“No voy a tener esta discusión”, fue todo lo que dijo mientras inclinaba la cabeza hacia atrás contra la bañera y cerraba los ojos. “Tu papá es un monstruo; cualquier cosa que pueda hacer para protegerte, lo haré. En este momento, eso significa seguir adelante. Estás atrapada conmigo”.

No pude pensar en una buena refutación, así que me recosté junto a él. “Bien”, fue todo lo que dije, y me quedé dormida en el agua tibia. Nos acostamos juntos en silencio hasta que el agua se enfrió. Xavier se movió primero, saliendo de la bañera y me echó agua fría encima.

Me desperté con un sobresalto y estaba juguetonamente enojado. “Creo que la hora de la siesta en la bañera ha terminado”. Hice un puchero.

“Puedes quedarte allí si quieres, pero me estoy congelando”, dijo, tomando una toalla.

“Necesito hacer algunas llamadas y deberíamos discutir los próximos pasos”. El acérrimo hombre de negocios había regresado.

“Supongo que encontrar un hotel que no sea tan... bueno, este”, señalé alrededor de la habitación mientras salía de la bañera, congelada. Me entregó una toalla y sentí su suave calor. “Ojalá pudiéramos quedarnos aquí”, ofrecí. “Quizás estoy siendo paranoica”.

“Mientras hago llamadas telefónicas, busca otro lugar hasta que podamos organizar nuestro transporte a Costa Rica”, dijo desde el dormitorio mientras desempacaba los cajones.

Desenvolví la toalla, la volví a doblar cuidadosamente sobre el toallero y entré desnuda al dormitorio para encontrar la bolsa de ropa que había comprado Xavier. Me lanzó una mirada y dejó de empacar.

“¿Qué?”, pregunté, sintiéndome insegura.

“Nada, eres hermosa”. Sonrió.

Fue un momento pequeño, pero sentí que Xavier era mi hogar. Dejé de pensar en algo y busqué algo elegante y acogedor para ponerme. Encontré un buen par de jeans y una camiseta. Me había fijado en la ropa interior atrevida y me reí mientras me ponía una tanga de satén y un sostén escotado. Xavier también sonrió, mirándome.

Mientras él hacía llamadas de trabajo y se contactaba con un amigo, yo navegaba por Internet en el centro de negocios del hotel, buscando un lugar que pudiera pagar con dinero en efectivo, que Xavier pudiera soportar. Sabía que probablemente no me permitiría pagar el hotel, pero quería mantenerlo lo más alejado posible de esto, así que iba a insistir en que me dejara pagar. Le debía tanto por todo lo que había hecho por mí.

Encontré un pequeño y pintoresco “cama y desayuno” que parecía pequeño y de buen gusto

en el corazón de la ciudad. Luego revisé el horario del autobús y encontré que el autobús de dos días a Costa Rica salía al mediodía del día siguiente. Estaba bastante segura de que no podía convencer a Xavier de que se uniera a mí en el autobús y, francamente, temía otro viaje igual, pero no había forma de que me subiera a un avión. Mi padre definitivamente podría hacer que alguien me rastreara si lo hacía, y no podía arriesgarme.

Cuando volví a la habitación del hotel, Xavier estaba empacado y listo. Había metido mi bolsa de ropa nueva en su maleta y estaba sentado junto a la cama esperándome. “Entonces, ¿a dónde?”, preguntó, poniéndose de pie para saludarme.

“Casa de la Rosa”. Alargué mi brazo, con espíritu de diversión y aventura.

Tan pronto como el taxi llegó al hotel, mi corazón se hundió. Casa de las Cucarachas era probablemente un nombre más adecuado para el lugar.

“Se veía bien en internet”, me disculpé.

“Estoy seguro de que está mejor por dentro”. No parecía muy convencido, pero pagó al taxista y recogió nuestras cosas.

La mujer del mostrador de facturación era agradable. Tenía un inglés muy limitado, pero su comportamiento era amistoso y acogedor. Por la expresión del rostro de Xavier, me di cuenta de que no estaba emocionado, pero bendícelo por seguir con mi loca paranoia. Llevamos las cosas a nuestra habitación y abrimos la puerta con una llave de metal real. La miró con juguetón desdén.

“Esto es novedoso”, comentó, sosteniendo la tecla.

“Por favor, que esté limpio, por favor, que esté limpio”, dije como un mantra, rezando para que no encontráramos nada peor que una mala decoración en el interior.

Abrió la puerta de una habitación diminuta en colores brillantes. El suelo estaba hecho de

gruesas baldosas de adoquín, los muebles no combinaban y eran rudimentarios. La cama apenas era lo suficientemente grande para nosotros dos. Me reí, sin tener otra respuesta apropiada.

“El gran pequeño Sr. Dean apenas tendrá suficiente espacio”, bromeé, saltando sobre la cama. “Pero está limpio”.

Xavier dejó nuestro equipaje. “El gran pequeño Sr. Dean no estará feliz, pero tendrá que superarlo. Es solo una noche”. Miró lasciva y seductoramente. “Nos las arreglaremos, de alguna manera. Al menos, es acogedor. No hay lugar para que la pequeña Sra. Dean escape. Al gran pequeño Sr. Dean le gustará eso”.

Noté que un lado de la cama estaba empujado contra la pared e inmediatamente entendí lo que quería decir. Sentí un torrente de necesidad invadirme pensando en mí misma clavada contra esa pared, empalada en la polla de Xavier. Hice lo mejor que pude para ignorar las sensaciones, o estaríamos enfrentándonos de nuevo. Algo en él me puso hambrienta.

“Es mejor que la pequeña Sra. Dean tenga cuidado y trate bien al pequeño Sr. Dean, para que él haga lo mismo”. Xavier me miró con una mirada ardiente. “El gran pequeño Sr. Dean no siempre es muy agradable, me temo”. Su rostro se iluminó con una sonrisa diabólica.

“No sé por qué no me dejas pagar la habitación. Podría permitirme algo mucho mejor que esto y aún permanecer de incógnito. No hay forma de que tu padre sepa cuánto dinero en efectivo estuve sacando de un cajero automático. Eso es altamente ilegal”. Parecía bastante molesto.

“Puedes conseguir dinero en efectivo más tarde, justo antes de que nos vayamos. Estoy segura de que si sospecha que estás conmigo, está rastreando el uso de tu tarjeta de débito. Lo ha hecho antes y siempre está vigilando mi dinero; por eso lo saqué todo en Las Vegas. El cajero automático tenía un límite, pero era lo suficientemente alto como para obtener todos mis ahorros. Si sacas tu dinero ahora, existe la posibilidad de que alguien te siga, pero si lo sacas en un banco

cuando nos vayamos mañana, nos iremos antes de que nadie se dé cuenta”. Esperaba que entendiera mi lógica.

“Chica inteligente”, concedió. “Bueno, pasemos el menor tiempo posible en esta habitación. Vi un buen restaurante mientras conducíamos; al menos, puedo llevarte a una cena elegante. Tengo mucho dinero en efectivo para eso”.

Odiaba rechazarlo de nuevo. “Sí, pero quizás alguien te reconozca...” Mi voz se fue apagando.

“Está bien, nombra el lugar”. Su sonrisa fue forzada, pero aprecié el esfuerzo.

“Salgamos y veamos qué hay alrededor; había muchos lugares pequeños en el camino hacia aquí”. Le di una sonrisa traviesa y tomé su mano.

“No tienes idea de lo peligrosa que eres, Arcadia. Olvídate de los problemas con tu padre y los verdaderos criminales; me estás tentando a comer comida callejera y a estar en comunión con los lugareños. Debo admitir que esta será la primera vez”. Su rostro se derrumbó un poco de vergüenza.

“Estoy en shock”, bromeé mientras tomaba su mano y lo acompañaba a la puerta.

Tan pronto como salimos del motel, el aire caliente del verano nos golpeó la cara. Se sentía espeso y pesado, pero había una brisa y la vitalidad de la ciudad vigorizó nuestra piel. A lo lejos, oí tocar una guitarra. “¡Vámonos!”, exclamé, arrastrando a Xavier conmigo, sintiendo ligereza y felicidad por primera vez desde que empezó todo esto.

No estábamos borrachos, pero yo estaba tan despreocupada con él como lo habíamos estado en Las Vegas. Por el momento, nada impedía mis alegres sentimientos. Doblamos la esquina hacia una gruta, y allí un guitarrista tocaba una melodía animada; a su lado había un

violinista y un cantante. Un pequeño grupo de personas se sentaba en mesas frente a una choza improvisada, donde una mujer estaba preparando comida con su esposo. Las ofrendas que cocinaban parecían frescas y deliciosas.

“Este es el lugar”, dije, llevando a Xavier a una mesa escondida en la esquina. Sus ojos estaban muy abiertos y un poco asustados.

“Pediré algo de comida”. Se mostró reacio, pero me alegré de verlo seguir el juego. Xavier pidió muchos platos que se veían increíbles y dos cervezas frías.

“Lo siento, no tenían vino”, dijo en tono de disculpa mientras dejaba los muchos platos de comida en la mesa pequeña y me ofrecía una de las cervezas.

“No te preocupes, la cerveza fría es perfecta. ¿Cómo llevaste todo esto?” Me había alejado al pequeño baño público después de que él fuera a buscar la comida. Cuando regresé, estaba balanceando varios platos.

“Con cuidado”. Su voz era exasperada, pero no infeliz.

El violinista se había unido al guitarrista, y su música era suave y romántica.

“Bueno, gracias. Hubiera ayudado, pero mi vejiga me odia”, le dije, ayudándolo a acomodar los platos.

El cantante finalmente se unió a los otros dos músicos. Su voz era conmovedora y sexy.

“Esto es lindo”, confesó Xavier, sentándose a mi lado. “Estoy gratamente sorprendido”.

“Tienes que salir y vivir un poco más”, bromeé, tomando un tenedor, apuñalando un trozo de carne condimentada y poniéndolo en mi boca. Estallé de sabor. “Vaya, mmm. Tienes que intentarlo”.

Tomó mi tenedor y el trozo de carne a medio comer y se lo metió en la boca. Era sexy; él comiéndose mi comida.

“Ah, esto es bueno. Me gusta”, continuó hablando mientras comía su bocado. “Ser prodigado. Trabajo duro por las mejores cosas. Mi vida está dedicada a crear lujo y calidad. Sin embargo, puedo ver el mérito de diversificarme un poco”. Sus ojos me miraron amablemente, con algo parecido al amor. “Sin embargo, cuando esto termine, te prometo que te invitaré a la noche de tu vida. Tú, querida, mereces sentir lo que es tener lo mejor”. Su mano se extendió hacia la mía y acarició mi piel.

Sus ojos bailaban en la tenue luz del sol poniente, y sentía que mi corazón se paralizaba. “No te enamores; no te enamores”, me advertí, sin prestar atención a una palabra de mi propia advertencia. Le devolví la mirada durante un segundo; demasiado tiempo... al igual que él. Ambos volvimos a nuestra comida y enfocamos nuestra atención en el cantante.

“Ella es bastante buena”, prosiguió.

A nuestro lado, una pareja de ancianos se levantó de sus sillas y se ayudaron mutuamente hasta el pequeño claro delante de los artistas. Eran antiguos, pero hermosos bailando juntos. Me dolía aún más el corazón. Eso es lo que quería... exactamente eso. Le dediqué a Xavier una sonrisa cautelosa cuando otra pareja se les unió. Respiré hondo para estabilizar mi corazón.

Comimos algunos bocados más mientras veía a las parejas reunirse. “Es como una vieja película romántica extranjera. No esperaba que sucedieran cosas así en la vida real. Debe ser lindo ser tan viejo y estar tan enamorado”, dije, arrepintiéndome al instante.

“Ah, no lo sé. El sexo de un viejo crujiente no suena tan atractivo”, dijo.

Esperaba que estuviera bromeando. “Ehh... bueno, ahora no puedo mirarlos”, suspiré. “Y era todo tan romántico; ahora todo lo que puedo ver es piel de elefante y encurtidos”.

Se echó a reír. “El gran pequeño Sr. Dean ciertamente nunca sucumbirá a tal destino”, bromeó.

“Por suerte para la anciana arrugada, se acostará por el resto de su vida”. Mi voz era plana pero melancólica. “Garantizado que la pequeña Sra. Dean va a terminar siendo una pasarela”.

Regresé a mi comida, tratando de bloquear el romance que nos rodeaba, con el corazón en la garganta. Xavier debió haber percibido mi melancolía porque sentí su mano suave y fuerte subiendo y bajando por mi brazo.

“¿Quieres bailar?” Su voz era suave y espesa.

“No si no quieres”. Retrocedí, dándole espacio.

“Arcadia...”

Lo miré. Mi mirada era distante y cautelosa.

“Nunca te preguntaré algo que no quiero. No pierdo el tiempo haciendo cosas que no disfruto y no me predispongo a la miseria. Soy demasiado egoísta para ese tipo de altruismo”. Su rostro era suave pero serio.

Tragué. “Sí, me gustaría bailar”.

Con eso, tomó mi mano y me llevó a la pista de baile. Pronto todos los ojos estaban puestos en nosotros. Dejé que mi cabeza se inclinara hacia su hombro y disfruté de su cercanía, la música y el ambiente. En algún momento, los dueños del restaurante gruta habían apagado las velas y todo brillaba. Xavier y yo bailamos durante horas, bebimos cerveza y hablamos de nuestros sueños y deseos. Él quería dedicarse a la ropa de mujer y yo quería ser parte de un equipo de investigación científica. Dedicamos muy poco tiempo al tema de los niños, pero le dije que realmente los quería. No se resistió a la idea. Al final de la noche, lo conocía mejor y él me conocía y me

entendía más. Seguíamos siendo aceite y agua, pero de alguna manera, al menos durante el tiempo que pasamos juntos, éramos la mezcla perfecta.

Capítulo 19

Xavier

Pasé una noche increíble con Arcadia; ella era efervescente y hermosa. Nunca pensé que bailar en un rincón decrepito de un país extranjero fuera tan emocionante. Pero no fueron los músicos mediocres los novedosos e interesantes en el mejor de los casos. Arcadia fue quien iluminó el espacio. Su hermosa sonrisa, su sentido de la aventura y el amor que brotaba de su corazón fueron lo que hizo la noche. Toda la noche giró sus caderas con abandono, despreocupada y hermosa, dando vueltas, bailando como si nadie la estuviera mirando. Puede que no haya tenido ningún entrenamiento formal de baile, pero su cuerpo sabía cómo moverse.

Pude entender mejor cómo la gente se enamora de América Latina. La música palpitante, los colores vibrantes y la comida picante sacaban lo mejor de Arcadia, que parecía ser una expresión de todo ello; alegría y exuberancia ilimitadas irradiaban de ella como olas de magia.

Cuando volví al motel, sabía que estaba cansada, y por mucho que quisiera hacerle el amor en nuestra pequeña y loca habitación, también quería que durmiera. Tenía dudas de que hubiera dormido bien durante sus dos días en el autobús, y sabía lo poco que habíamos descansado la noche anterior. Dejó caer su ropa, la colocó cuidadosamente en la silla, y solo usó su ropa interior de encaje para ir a la cama.

“Aún no te he visto con mis pantalones cortos de chico”, le susurré al oído mientras me acercaba.

“¿Quieres que cambie?”, preguntó con un grog somnoliento.

“No quiero que cambies nunca”, respondí, sin responder realmente a su pregunta, mientras besaba su mejilla.

“¿El pequeño gran Sr. Dean o lo que sea, quiere jugar?” Estaba tan cansada y atontada que murmuró la mayor parte de la oración.

Planté un beso en sus labios suaves y cálidos. Estaba contento de dormir junto a ella para verla descansar, sabiendo que estaba a salvo en mis brazos. “No, el gran pequeño Sr. Dean quiere que duermas bien”. Besé su cuello y envolví mis brazos alrededor de ella.

“Buenas noches, Xavier”, dijo apenas.

“Buenas noches, mi amor”, le respondí, pero ya estaba profundamente dormida.

Dormimos tranquilamente toda la noche. Me encantaba la sensación de su cuerpo junto al mío, y aunque el lugar era una choza en medio de una ciudad bulliciosa y loca, me alegré de que insistiera en que nos quedáramos allí. Me sentía más seguro, como si no fuéramos nadie en particular, teniendo una aventura. Ella tenía razón; nadie me reconoció en toda la noche y lo más probable era que no lo hicieran. Esta no era mi base de clientes. Eso me daba un profundo nivel de paz. Se sentía bien salir de la red; se sentía liberador y seguro.

Nos despertamos a media mañana, aún bastante cansados. Lamenté no tener un gran y hermoso baño para jugar y vigorizarnos, pero la pequeña ducha tendría que ser suficiente; sería rápido, pero haría el trabajo.

“¿A qué hora tenemos que tomar el autobús?”, le pregunté, sin hacerle saber que no había forma de que me subiera a un autobús durante dos días.

“Sale a las dos en punto. ¿Qué hora es?” Parecía un poco preocupada.

“Son sólo las once; tenemos tiempo”. Sonreí. Mi madera matutina sobresalía orgullosa entre nosotros.

Lo miró y sonrió. “El gran pequeño Sr. Dean está despierto, veo”, dijo mientras movía su

cuerpo sobre mi rígida polla.

“Sí”, me moví hacia atrás mientras levantaba su pierna sobre la mía y deslizaba mis dedos a lo largo de su coño, que ya estaba húmedo. “La pequeña Sra. Dean necesita un poco de aliento”, comenté mientras me deslizaba por su cuerpo y me deleitaba con los pliegues de su delicada piel.

La lamí con mi lengua, saboreando cada parte de su tierna región. Luego lancé mi lengua dentro de ella, sabiendo que la enviaría al límite, y así fue. Gritó mi nombre, tomó mi cabello, y me moví hacia ella. Levanté su pierna más alto y deslicé mi polla dentro suyo muy lentamente. Sus gemidos de placer y dolor me ponían cada vez más erecto. Me tomé mi tiempo para entrar, sintiendo su abrazo de coño cada vez más en mi varilla venosa.

No pensaba que fuera posible que se sintiera más tensa, pero lo hizo; era increíble. Esperé hasta que me senté completamente, antes de comenzar a balancearme hacia adelante y hacia atrás, mientras ella emitía algunos gemidos y maullidos de éxtasis. Besó mi cuello y deslizó su lengua por mi pecho hasta cada uno de mis pezones, enviando rayos de calor a mi polla como una llamada para moverme más rápido.

No sería difícil follármela esta mañana; esto iba a ser fuego suave y sensual, encendiendo el calor, cada vez mayor entre nosotros. Me moví lentamente mientras se mordía el labio, sintiendo cada centímetro de mí. Una vez más adentro y afuera, gentilmente mientras se enfrentaba a mi baile con sus propias embestidas. No llevaba condón, así que tenía que ser consciente de mis propias pasiones. No podía dejarme llevar, pero mis movimientos se aceleraron involuntariamente mientras la acercaba, uno al lado del otro, cara a cara. Nuestras piernas se enredaron entre sí; empujé y ella pulsó hasta que giramos en nudos.

Sus besos se detuvieron mientras se concentraba en el placer que la abrumaba. “Ah, Dios mío, Xavier”, cantó mientras su cuerpo convulsionaba y se contraía alrededor de mi polla. Su rostro estaba enrojecido de placer y su ambrosía me cubría mientras sentía mi propia liberación

brotar.

No quería alejarme de ella, no entonces, y quizás nunca. Me encantaba estar unido, ser parte de ella, piel con piel, alma con alma. A pesar de mi desgana, no estaba listo para ser padre, y Arcadia ya tenía suficiente para complicar su vida, así que lentamente salí de ella mientras aspiraba aire, bajando de su altura. Eyaculé sobre su vientre, dejando que mi semen cubriera su estómago.

Sus dedos se arremolinaron en mi esperma como para masajearlo en su piel. Su brillante sonrisa era deliciosa y estaba saciada de amor. Besé su frente caliente y salí de la pequeña cama.

“Necesitamos una ducha antes de irnos”, dije. “Hay mucho por hacer. La ducha es pequeña, pero los dos entraremos”. Estaba mandando y dominando de nuevo. De vuelta a mi zona de confort.

“¿No podemos quedarnos en la cama unos minutos más?”, suplicó como una niña.

“Si quieres oler a sexo en el autobús, por supuesto, quédate en la cama”, le dije mientras caminaba hacia el baño, esperando que me siguiera.

Entré a la ducha, que apenas era lo suficientemente grande para mí y estuve agradecido por el tamaño delgado de Arcadia. Me siguió de cerca y se abrió camino hacia adentro. Tan pronto como el agua tibia golpeó nuestra piel, nos reímos.

“Em, quizás deberíamos turnarnos”. Se rió cuando su cuerpo golpeó mi polla endurecida mientras se volvía hacia la jabonera. Su trasero se apoyó sobre mi erección mientras tomaba el champú.

Siempre podía ir por al menos dos o más rondas, pero nunca recordé haberme recuperado tan rápido como lo hacía con Arcadia. Mi polla estaba semi dura cuando su perfecto trasero la

golpeó. Comenzó a lavarse el cabello, volviéndose hacia atrás, excitando más mi polla, para darme el champú.

“¿Quieres que te lave el cabello?”, preguntó, con rastros de espuma por todos sus rizos.

Consideré la oferta y decidí que era mejor que me lavara; de esa manera su hermoso cuerpo estaría en el lugar perfecto para despertar mi polla en acción.

“Por favor”, dije, acercándola más para que pudiera sentir mi creciente deseo mientras movía mi cuerpo junto al de ella.

Entendió lo que quería decir de inmediato y comenzó a lavarme el cabello y molerme al mismo tiempo. No pasó mucho tiempo antes de que ambos estuviéramos cubiertos de espuma y mi polla estuviera lista para ella de nuevo. Lavó el champú por todo mi cuerpo, sabiendo que era más viscoso que el jabón; chica lista. Prestó mucha atención a mi polla que la deseaba de nuevo.

Le quité la botella de champú de las manos y la volví a poner en el estante.

“Gracias, Arcadia. Tienes mi polla toda bonita y limpia, ahora para devolverte el favor”, ronroneé mientras le daba la vuelta para que ese maravilloso trasero estuviera sobre mí y levantara su pierna. Mi mano enjabonó generosamente su coño y me deslicé en su cielo.

Esta vez fue rápido y furioso; había poco espacio para mucho más. La empujé contra la pared de la ducha y la follé duro por detrás. No podía extenderse mucho en esta posición, así que estaba apretada y sentía cada centímetro de mí. Su cabeza se inclinó hacia mi hombro y la sostuve firme mientras mi polla latía y saltaba, golpeándola con poderosos golpes.

“Xavier”, gritó, con su cabeza inclinada hacia mi oreja. “Por favor...” Se apoyó contra la pared. “Desacelera un poco”.

Me golpeó como una avalancha; la estaba lastimando. Me relajé y contuve el aliento. No

salí de ella, pero disminuí la velocidad y masajé su coño devastado con mi polla, aliviando su dolor.

“Lo siento; me dejé llevar”, confesé mientras se reía, siguiendo mi ritmo con sus propios movimientos dulces.

“Está bien”. Fijó la velocidad y la dejé hacerlo.

Fue suave y cariñosa mientras su coño acariciaba la longitud de mi dureza, arriba y abajo, hasta que respiró más tranquilamente. Se deslizó fuera de mí y mi polla rebotó fuera de ella. Se volvió para mirarme y besó mi pecho mientras su mano suavemente me ponía dentro de ella de nuevo. Cuando me tuvo cómodamente dentro, levantó una pierna y luego la otra. Mis manos fueron inmediatamente a su trasero para soportar su peso mientras la presionaba contra la pared.

“La otra posición era incómoda, esta se siente mejor. Adelante con la del martillo”, mordió mi barbilla.

“¿Estás segura? ¿No estás herida?” Estaba preocupado.

“No, soy toda tuya”.

Con eso, aceleré el paso de nuevo, pero nunca choqué contra ella. En cambio, le hice el amor con suaves y firmes caricias hasta que mordió mi hombro y encontró su liberación. Sorprendido por la mordida salvaje, casi me corro en ella, pero pude salir cuando mi semilla se disparó contra la pared de la ducha. Me encantaba esta posición porque a pesar de que tenía que dejarla, aún la estaba abrazando. Todo giraba a mi alrededor. Su magia llenaba la habitación.

La bajé. “¿Realmente tenemos que tomar el autobús?”, pregunté, besando uno de los pechos que se me presentaban.

“No puedo tomar un avión. Ya habrá gente buscándome. Sabrán si reservo un vuelo o si

subo a un avión. Cosas que son fáciles de rastrear, como el uso de tarjetas de crédito, cosas en línea, transporte, que pueden usar para encontrarme. Es posible que no estén buscando autobuses y trenes en este momento, pero definitivamente buscarán en las bases de datos de pasajeros de las aerolíneas.

“Uf, la idea de todas esas horas en un autobús”. Me estaba quejando de que lo sabía, pero en serio, era un concepto difícil de digerir.

El agua caía en cascada por nuestros cuerpos enjabonados, lavando la espuma y nuestro olor de hacer el amor. Se deleitó en el agua, moviendo la cabeza y dejando que cayera en cascada a través de su cabello antes de enfrentarme.

“¿Terminaste de ducharte?”, preguntó en un tono jocoso y alegre.

“¿Eres tú?”, pregunté en respuesta.

“Lo soy”, dijo mientras cerraba el grifo y salía.

La seguí y le entregué una toalla. Las toallas eran horribles pedazos cuadrados de tela. Me sequé lo más rápido que pude. No desempaqué en este pequeño infierno, así que saqué ropa interior de mi bolso, un par para mí y otro para ella.

“Aquí, estos serán más cómodos en el viaje”, bromeé mientras le lanzaba un par. “Con suerte, también mantendrán al gran pequeño Sr. Dean lejos de ti por un tiempo”. Su rostro se entristeció un poco ante la idea.

“Ah, no es tan malo. Solo un poco travieso y muy exigente”. Su rostro se arrugó en una mueca divertida.

Se puso la ropa interior corta de chico y se veía adorable; tenía el cuerpo perfecto para ellos. Definitivamente, iba a crear una línea para mujeres tan pronto como regresara a la oficina.

Mientras se secaba el pelo con una toalla, vi su cuerpo cambiar de la chica feliz y divertida de la que me estaba enamorando a alguien un poco más tranquila y refinada.

“Gracias por encontrarme y por darme una de las mejores noches que he tenido. En realidad, dos de las mejores noches, si consideras nuestra boda”. Su sonrisa era amorosa y hermosa.

Siempre la vi divertida, coqueta y salvaje, pero la mujer parada frente a mí con anillos de cabello dorado mojado, vistiendo un bóxer de niño Briefs, era una mujer, un poderoso ser a cargo de su mundo y su destino.

“No hay necesidad de agradecerme, amor. Pensé que ya lo habíamos cubierto”. Quería sonar más cariñoso de lo que realmente lo hice, pero no necesitaba ni quería más de su gratitud. Habría hecho lo que hice por ella una y otra vez. Me di cuenta de esto cuando ella continuó.

“Deberías volver a San Francisco, Xavier. No perteneces a un viaje en autobús de dos días; nunca sobrevivirás. Apenas pudiste pasar una noche de comida callejera y cerveza. La comida que consigues en la carretera es mil veces peor. Necesitas estar en tu estudio haciendo ropa que los hombres adoren y que a las mujeres les guste ver puesta en los hombres. Tienes más vallas publicitarias para estrenar y personas famosas que vestir. No deberías esconderte”.

No tenía idea de a dónde iba con todo esto, pero odiaba cómo sonaba. “Y tú tampoco deberías, sino cuando la necesidad lo requiera”. Sentí un extraño miedo helar mis venas.

“No deberías estar atrapado en todo esto. Aprecio todo lo que has hecho por mí, y he disfrutado cada minuto contigo, pero cuanto más hacemos esto, más lo deseo, así que es mejor que regreses a San Francisco. Será más fácil para mí de esa manera. Podemos anular nuestro matrimonio en cualquier momento. Y el tatuaje... hay lugares...”

La corté. “¿De qué diablos estás hablando?” Me puse mis jeans y una camisa mientras me

acercaba a ella. “¿Ha cambiado algo?”

Las lágrimas brotaban de sus ojos pero no caían. “No puedo hacer esto. No puedo huir de mi papá y no enamorarme de ti al mismo tiempo. No estoy hecha de esa manera. No... no voy a poder alejarme de esto fácilmente”. Bajó la cabeza, presumiblemente sintiendo algún tipo de vergüenza.

“Ya veo”, dije suavemente mientras tocaba su hombro; se mantuvo firme. “¿Y crees que debería volver a San Francisco porque te follé y tuve mi noche, y el matrimonio y el tatuaje son complicaciones, pero se pueden remediar fácilmente?” Quería sonar frío y ridículo.

“Lo siento por ellos, estaba tan borracha”. Su fuerza estaba menguando un poco.

“Sí. Me obligaste a hacer estas cosas como si tuvieras el poder de controlar todos mis movimientos”. Estaba siendo un bastardo frío, pero necesitaba que ella lo escuchara de esta manera, para que entendiera mi verdad.

Se quedó callada. Cogí la bolsa de cosas que le había comprado, saqué el vestido rojo, mi favorito, y se lo entregué.

Lo miró. “No puedo usar esto en el autobús”. Sus ojos estaban muy abiertos y punzantes, pero sobre todo, estaba bastante indignada.

“Me llevaré el resto de estos conmigo, como venganza por robarme mi par de pantalones favoritos”. Tomé su mochila. “Y como estoy casado contigo, el cincuenta por ciento de esta mochila también es mía”.

“Estás siendo infantil, Xavier. No puedo usar esto en el autobús, no... no es apropiado”. Había un matiz de desesperación en su voz. “¿Me podrías traer un par de pantalones? Prometo devolverte el dinero”. La tristeza en su tono me estaba matando.

“Ponte el vestido, Arcadia”, ordené. Mi masculinidad alfa lideraba la conversación.

Quería sorprenderla, así que seguí su plan de autobús, pero el día anterior había hecho los arreglos necesarios para un modo de transporte más eficiente e igualmente seguro. Que ella quisiera terminar con todo tan abruptamente porque tenía miedo de acercarse demasiado o sentir lo que se estaba construyendo entre nosotros era triste. Triste, tenía una reputación tan pésima y triste porque pensaba en sí misma como una de las muchas mujeres con las que había salido.

Viajé a través de las fronteras del país para garantizar su seguridad; tenía que saber que era más para mí y, sin embargo, ¿por qué iba a hacerlo? Todo lo que realmente había hecho era tener sexo con ella y una noche de baile. No le había dicho que nada de esto era más que temporal, ni siquiera que intentaría considerar algo más. Le expliqué que me quedaría casado por su conveniencia y seguridad, pero no porque viera algún mérito en casarme con ella. Por supuesto, no estaba listo para nada duradero o permanente, pero estaba dispuesto a intentarlo. De hecho, verla de frente a mí, lista para echarme, fue el momento en que supe que haría más que intentarlo.

“Xavier, ¿puedo obtener mi dinero y un conjunto de ropa?” Su voz temblaba y pude ver que las lágrimas comenzaban a caer.

“No”, dije en voz baja mientras me volvía, abría la puerta, me echaba la mochila al hombro, tomaba mi maleta y salía.

“¡Xavier!”, me llamó, pero estaba desnuda, excepto por su ropa interior.

La oí correr para alcanzarme por el pasillo. No estaba usando sus zapatos, así que luchaba por ponérselos mientras corría. Corrí hacia la limusina que esperaba frente al motel. Un conductor se paró con la puerta abierta y se detuvo en seco cuando me vio allí, sosteniendo su mochila como cebo. Llevaba puesto el vestido rojo y, como sospechaba, se veía increíble con él; como una diosa vestida de escarlata.

“No, Sra. Dean. No voy a volver a San Francisco. Me subo a este auto contigo y nos vamos a Costa Rica. Te prometo que estarás a salvo y protegida. No voy a subirme a un autobús pronto; tienes mucha razón en eso. Ahora tienes una opción. Sube al auto y deja de empujarme o quédate aquí y encuentra tu camino a Costa Rica con el vestido más sexy que he visto en un ser humano. Entonces, buena suerte para conseguir cualquier lugar con ese vestido”. Le di una sonrisa seductora.

La gente que pasaba nos miraba.

“Eres una persona horrible”, hizo un puchero.

“Marido”, le corregí. “Soy un marido horrible. Ahora sube al coche; estás provocando una escena. Tú eres la que no quiere ser vista”. Le guiñé un ojo, asegurándome de que supiera que no era un completo bastardo.

Capítulo 20

Arcadia

No estaba segura de qué pensar sobre lo que estaba sucediendo, pero Xavier se quedó allí sosteniendo mi mochila y mi ropa. La puerta de la limusina estaba abierta y esperando a que entrara. Sabía que no querría ponerme en ningún peligro innecesario, así que le quité mi mochila, le saqué la lengua, esperando que apreciara el gesto juguetón y me deslicé en los asientos de cuero suave. El conductor tomó la bolsa de Xavier, la metió en el maletero y luego cerró la puerta.

“Sabia elección”, señaló Xavier mientras sacaba su teléfono celular. “Necesito hacer una llamada, Sra. Dean. Luego discutiremos tu comportamiento”.

Crucé mis brazos frente a mí y lo miré.

“Es una llamada importante”, me devolvió la mirada.

Casi me echo a reír; traté de contenerlo, pero fue difícil. Definitivamente, me atrapó.

“Hola, Damon, soy Xavier. Está bien, estoy en el coche y ella está bien; accedió a venir”. Hubo una pausa. Fruncí los labios y lo fulminé con la mirada. “Sí, está en el auto”, volvió a imitar mi expresión. “Y ahora nos vamos de México. Todo lo demás está arreglado. Entonces, de ahora en adelante, no puedes comunicarte conmigo en este número; tienes que usar el número privado que te di ayer. Christopher Saint. Sí, transfíere mi dinero a la cuenta de Christopher Saint, y llevaré a cabo todos mis negocios con ese nombre mientras esté en Costa Rica.

Asegúrate de que mi asistente conozca todos los detalles para que estemos listos para comenzar. Apagaré este teléfono y Xavier Dean se rebelará en unos cinco minutos. Sí, tan pronto como lleguemos a Costa Rica y nos establezcamos, me ocuparé de todas tus preguntas. Xavier

Dean estará en tu boda en unos días, pero me dirijo de regreso justo después de la recepción. Espero que estés de acuerdo con eso”. Me miró y le devolví la mirada, sorprendida por la conversación que estaba escuchando. “Gracias, Damon, gracias por entender. Te veré en unos días”. Con eso, apagó su teléfono y se lo guardó en el bolsillo.

“Arcadia”. Su voz era severa y casi enojada. “Primero, entiendo que piensas que te follaré y te dejaré en el minuto que termine contigo. Tengo una reputación bastante horrible con las mujeres. Hasta que te conocí, no tenía ningún problema con eso. No tenía que responder ante nadie por las decisiones que había tomado. Entiendo que debe ser lo que esperabas de mí, aunque esperaba estar demostrando ser un mejor hombre. Al parecer, no lo he hecho. No voy a deshacerme de ti y escaparme después de haberte follado hasta cansarme”.

Mis ojos se abrieron ante su franqueza. “Está bien”, susurré, sintiéndome tensa, con mi corazón latiendo.

“Solo he tenido una relación que significó algo. Ella era el amor de mi vida. Su nombre era Lauren; murió en un avión que yo había fletado. Su muerte fue inesperada y trágica y parte de mí murió con ella. No quería volver a sentir esa desesperada y tortuosa sensación. Convenía no amar; era más fácil soportar la pérdida. Después de conocerte solo por tres días, no puedo decir si eres la mujer con la que estoy destinado a estar casado, pero estoy dispuesto a considerarlo. Quiero explorar esto. No estoy interesado en terminar nuestra relación, a pesar de los sentimientos profundos e inquietantes que tengo por ti. El amor es incómodo, pero estoy dispuesto a intentarlo. Como dije antes, debemos comunicarnos entre nosotros. Te agradezco que me hayas dicho esta mañana que puedo volver a San Francisco, pero la próxima vez que me digas que me vaya, espero que lo digas en serio; de lo contrario, se honesta. Me estoy enamorando de ti. Estoy abrumado por emociones que no puedo expresar, así que cuando me dices que me vaya, me duele”. Sus ojos eran intensos y conmovedores.

Asentí. “Lo siento”. Quería decirle que mi cerebro estaba revuelto y se me hacía imposible encontrar el equilibrio, pero en cambio, seguí mi corazón. “Eres un hombre famoso, conocido en todas partes, y yo solo soy yo. Amo quien soy. Soy suficiente para mí, pero de alguna manera siento que no soy suficiente para ti”. Mi estómago se tensó al decirlo, y pensé que podría desmayarme.

Me tomó la mano y me pasó el pulgar por los nudillos. “Me gusta el control. Exijo lo mejor de todo; trabajo demasiado duro. A veces te dejaré tomar las riendas, pero no tanto como quieras. Me vas a odiar por eso. Querré tener sexo contigo todo el tiempo, especialmente si me permites vestirte. No lo dejo ir muy fácilmente. No soy un aventurero. Me gustan las cosas exactamente a mi manera; no entiendo la idea de margen de maniobra. Soy demasiado para nadie. Sé amable conmigo y quizás aprenda a ser suficiente para ti”. Con eso, tomó mi mano y la besó. “...y prometo ser honesto”.

Me incliné y besé su boca, su boca suave y rugosa y me derretí. Estaba tan aturdida por todas sus confesiones que ni siquiera me di cuenta de que habíamos llegado a un aeropuerto diminuto. Mi corazón se aceleró, pero lo solté y confié en él. No me pondría en peligro a sabiendas. El coche se detuvo en una pequeña pista donde se encontraba un avión solitario, con los motores listos.

“Estamos aquí”, anunció cuando el coche se detuvo junto al avión.

“¿Xavier?” Mi boca debe haber estado colgando abierta. “¿Qué es eso?”

“Un jet privado. No es mío, aunque tengo dos. Es de una empresa en la que confío. Hoy, Christopher Saint y Elyse McGinty se van de vacaciones a San José, Costa Rica”. Sonrió.

“¿Debemos?”, extendió su mano y la tomé mientras nos dirigíamos hacia el avión.

“¿McGinty?” Casi me reí del nombre.

“Uno lo ve y sigue adelante. Evoca una gran imagen, quizás una chica irlandesa rolliza, ciertamente no una surfista chic con un título de maestría”. Me hizo un gesto para que subiera los escalones frente a él.

“...casi una maestría. No creas que no me di cuenta de que te llamaste a ti mismo Santo”. Me aclaré la garganta, consternada.

“Pero, por supuesto, lo hice”, me golpeó el trasero mientras subía las escaleras detrás de mí.

En el interior, el avión era de cuero color camel con acabado dorado; era una opulencia total y completa.

La mujer elegantemente uniformada que nos recibió era hermosa y oficiosa. “Bienvenida a bordo del Sr. Saint, Sra. McGinty”. Trataba de no reírme; tomaba todo mi esfuerzo. “Siéntanse como en casa. El viaje a San José será de tres horas y cinco minutos. Sé que solicitó no ser molestado durante su vuelo; sin embargo, el desayuno que solicitó se servirá antes de despegar. Si necesita algo más, no dude en utilizar el botón de llamada. De lo contrario, no interrumpiremos su vuelo”.

“Gracias, Angélica”, dijo Xavier, leyendo la placa de identificación de la mujer. “Dudo que necesitemos más ayuda”. Su voz era cálida pero firme.

“Muy bien señor, partiremos pronto”. Con eso, sonrió y cerró la puerta detrás de ella, dejándonos solos.

Miré alrededor del avión; había algunos asientos, una mesa con algunas sillas y un sofá. Me senté en el sofá. “Esto es increíble”. Sonreí.

“Ah, aún no has visto la parte asombrosa”, corrigió mientras gentilmente tomaba mi mano y

me arrastraba fuera del sofá.

Detrás de una puerta en forma de acordeón, había una cama tamaño king, bellamente iluminada con una luz ámbar tenue.

“Em, ¿qué tipo de avión es este?”, pregunté, mirando a Xavier con sospecha.

“Del tipo en el que no nos molestarán durante tres horas y cinco minutos”. Tenía al diablo en sus ojos. “Son conocidos por su discreción”.

“¿Has traído a muchas mujeres en aviones como este?” No sé por qué hice la pregunta, pero se me escapó.

“¿Quieres saber sobre las otras mujeres que he tenido en un avión como este?” En el espíritu de honestidad, supongo que iría allí.

“No, particularmente no. Es solo... em, bueno, si ha habido otros...” ¡Ay, estaba realmente luchando!

“¿Te preocupa que puedas ser vista como el sabor del mes? ¿Sra. McGinty?”

Sí, eso es lo que me preocupaba. “Un poco”. Odiaba admitirlo. “Creo que estoy de acuerdo con eso, pero no estoy segura. Es el primer vistazo que he echado de tu mundo. Realmente no sé cómo operar... como tú, supongo”. Dios, estaba tan nerviosa; mis axilas comenzaban a sudar.

“No he estado en este avión en particular con otra mujer, pero he utilizado esta empresa por su impecable discreción en varias ocasiones. Muchos hombres de mi categoría, que son tan reconocidos como yo, han utilizado sus servicios. Sin embargo, supongo que, dado lo sexy que te ves con este vestido, no tienen ninguna duda sobre lo que estaremos haciendo. No tenemos que hacerlo, pero te prometo que no habrá una persona en este avión que no crea que tendremos sexo durante este vuelo. Dado que son nuestras “vacaciones” y todo, parecería razonable. Sin embargo,

si eso te incomoda, puedes ponerte unos jeans, abriremos las puertas y veremos una película a la vista de todos, para que no haya ni una sola persona que piense que viniste a este avión para follar conmigo”. Su sonrisa era sensual y salvaje. “Tu decisión”.

Lo miré, respiré hondo y cerré los ojos... y justo cuando estaba a punto de decir algo, sus brazos me rodearon.

“No eres una ramera, Arcadia. No te voy a tratar como tal. Si quieres hacerme el amor después del desayuno, me encantaría. Si quieres ver Avengers o Diario de una Pasión en su lugar, también estoy bien con eso. Eres mi esposa; quiero tenerte en esa cama, en el suelo, en la cabina, pero te estoy dando una opción... al menos lo estoy intentando”.

Besé su mejilla. “Me gustaría hacer el amor después del desayuno, Sr. Saint”. Le lancé una mirada ardiente y pasé mi mano por su estómago; la tomó y la besó.

“Te ves lo suficientemente bien para comerte, así que no me acercaría demasiado al gran pequeño Sr. Dean, que tiene hambre”, dijo con voz ronca y profunda, goteando tensión sexual.

Una risa nerviosa escapó de mis labios. “Entonces, comamos”.

“Buen plan”. Xavier era divertido; estaba tratando de ser tranquilo y desenfadado, lo que a menudo parecía más un maniático del control reprimido sexualmente.

Probamos una deliciosa variedad de comida; fruta fresca, pasteles, huevos, tocino, salchichas. Traté de no llenarme, pero tenía hambre y la comida era la mejor que había probado en días. En la cabina principal se oía música ligera y, cuando nos sentábamos en nuestros asientos, la voz del capitán se oía por los altavoces.

“Bienvenidos a bordo, Sra. McGinty y Sr. Saint, esperamos que disfruten de su vuelo con nosotros. Les pido amablemente que usen el cinturón de seguridad durante el despegue y el

aterrizaje. Somos los siguientes en despegar y anticipo que nuestra hora de salida será en cinco minutos. Disfruten de su vuelo y comuníquense con el asistente si necesitan algo”.

Xavier se inclinó hacia un pequeño botón en la pared y dijo: “Gracias, capitán Rudd”.

No podías quitarme la sonrisa de mi cara mientras comía un último trozo de sandía. “Esto es una locura”. Sacudí la cabeza.

“No, loco es viajar en autobús durante dos días. Esto es divertido”, dijo, tomando otro trozo de sandía y pintándome los labios con el jugo.

Saqué mi lengua y la lamí suavemente mientras Xavier asentía con la cabeza en mi oído y susurraba: “Tan pronto como estemos en el aire, Sra. Dean, eres mía”.

Sentía la humedad saturar mis calzoncillos y mordí la sandía mientras me tocaba el coño, comprobando si estaba lista para él. Deslizó un dedo por la pierna hacia mis bóxers y subió a mi agujero mojado mientras el avión comenzaba a moverse lentamente en la pista. Un labio subió a la mesa automáticamente para evitar que la comida se cayera, y cuando ganamos velocidad, deslizó un segundo dedo. Tan pronto como nos inclinamos hacia el cielo en el despegue, metió los dedos en mí.

“Voy a follarte tontamente”, gruñó mientras movía un tercer dedo hacia adentro. Apreté los dientes en el dígito agregado.

La presión del ascenso del avión y el movimiento de sus dedos crearon una intensa y profundamente personal excitación. Cuanto más alto subía el avión, más se hundían sus dedos. Masajeando mi clítoris con su pulgar, suavemente, sacó sus dedos y los empujó hacia adentro, una y otra vez hasta que me derramé en un clímax sutil que se apoderó de todo mi ser. Tomé su mano rebelde mientras cabalgaba la marea del éxtasis. Tan pronto como estuvimos nivelados en el aire, sus dedos se detuvieron. Estaba mareada y sin aliento cuando me los sacó y lamió mi excitación.

“Delicioso”.

Me estremecí y crucé los ojos al verlo lamiendo mi humedad de sus dedos.

No se rió, pero pude ver un brillo en sus ojos. “¿Te gustaría más?” preguntó, con su voz embriagadora y oscura.

“¿Comida?” Respiré. Mi piel aún picaba con la sensación, saliendo de mi clímax.

“Realmente no”.

Se puso de pie y estiró los brazos hacia el cielo. Su erección sobresalía directamente de mi cara. “Quizás, entonces algo más”. Bajó las manos y pasó sus dedos húmedos por mi cabello, oliendo mi propia esencia.

Me incliné y besé la punta de su pene sobre sus jeans mientras mi dedo acariciaba su contorno a través de la tela. “Quiero esto”, empujé su polla, juguetonamente.

“Y esto te quiere a ti”. Se impulsó hacia adelante, golpeando mi boca con su dureza de piedra.

Extendí la mano para desabrochar sus jeans, pero me detuvo. “Hay cámaras en esta parte del avión, amor. Quizás deberíamos llevar esto a un lugar más privado”. Un destello de vergüenza se apoderó de mí, y debí haberme sonrojado en mil tonos de rojo.

Me ofreció la mano y lo seguí hasta el dormitorio.

Capítulo 21

Xavier

Amaba su inocencia. Ella no era virgen y había sido una buena deportista al satisfacer mis necesidades. Le daba mucho crédito por estar de acuerdo con mi libertinaje, especialmente con todo lo que quería de su cuerpo y porque tenía que lidiar con mi tamaño. Cuando vi su trasero al aire en Las Vegas, me había imaginado a una zorra sexual. Era un espíritu libre y una persona encantadora y juguetona, pero la zorra sexual era un poco exagerado para ella. Quería que se sintiera amada, así que sabiendo que había cámaras en la cabina principal, no la quería en exhibición.

El dormitorio no tenía cámaras por esa misma razón. Había botones de llamada por toda la habitación, pero no cámaras. El cuarto tenía muchas comodidades ofrecidas específicamente para este servicio. Había un armario para bebidas alcohólicas con una variedad de opciones de cócteles, un estante de lencería que estaba lleno de lencería del tamaño de Arcadia. Mi marca favorita de condones estaba disponible en todos los cajones, así como juguetes sexuales nuevos aún envueltos en plástico. No estaba seguro de poder hacer que Arcadia probara alguno de los juguetes que tenían en oferta, pero quizás probaría uno. Tenía un favorito que realmente quería que experimentara si estaba dispuesta a hacerlo.

Ella ya estaba volando en lo más alto de su clímax, así que la llevé al dormitorio y le levanté su hermoso vestido rojo por la cabeza. Quería ser más sensual al respecto, pero no tenía paciencia; tenía que meter mi polla en ella lo más rápido que pudiera. La acosté en la cama y la despojé de sus bóxers mojados; la humedad manchaba la tela oscura. Se encogió al ver la mancha húmeda que había creado su excitación.

“Ah, qué asco”. Se cubrió la cara y negó con la cabeza. “Parece que me oriné en los

pantalones”, comentó.

“Parece que te gusto”, bromeé, arrojándolos al suelo y saltando a la cama junto a ella.

Me di la vuelta y me quité los jeans, dirigiendo mis pantalones cortos en su camino hacia abajo. Mi polla enojada cobró vida, luciendo más hinchada y lista de lo que recordaba haberla visto. Dejé mi camiseta puesta para ahorrar tiempo. Me incliné y besé la dulce boca de Arcadia y la follé con mi lengua, simulando sexo en su boca. Esto la hizo retorcerse y ondular a mi lado. Cuando salió a tomar aire, su mano acarició suavemente mi rostro.

“No voy a ninguna parte”. Besó mis labios. “Estamos a un millón de millas en el cielo; puedes tomarte tu tiempo”.

Me reí. “Sacas a la bestia que hay en mí, Arcadia”. Dejó que mi mano recorriera su suave piel.

“La bestia de hecho...” Su mano recorrió mi polla dura mientras sus dedos cubrían el líquido preseminal que goteaba sobre mi cabeza dolorosamente hinchada.

“Agh”, gemí. “Es mejor que lo dejes en paz si quieres que vaya lento”.

No fue una amenaza, pero se sintió como una. Su mano dejó mi polla y untó el semen sobre el vello de mi pecho. Luego reclamó mi boca, más suave y gentilmente de lo que había tomado la suya. Su lengua infundida con sandía hizo caricias tiernas y amorosas. Presioné mi polla en su vientre y abrí las nalgas de su trasero para poder tocar su hermoso agujero fruncido.

“¿Qué estás haciendo?”, rompió nuestro beso para cuestionar, con cautela.

El calor bailó sobre mi piel. “Pensé que podríamos jugar con algunos... juguetes”. Tragué.

“¿Qué tipo de juguetes?” Parecía más una madre regañona que una amante curiosa.

“Uno es el que entra aquí”, susurré, deslizando mi dedo sobre la entrada suave de su trasero. “Se siente increíble”.

“¿Y has jugado con este tipo de juguetes? ¿Entonces tú sabes?”, sonó sorprendida.

“Em... los he apreciado en los demás”. Me di cuenta de que no estaba realmente interesada en la idea, así que alcancé la cómoda junto a la cama y saqué un condón y un tapón anal de cristal rosa.

El tapón era el más pequeño de los tres ofrecidos. Lo miró y arqueó las cejas. “Tengo opciones, ¿verdad?”

“Siempre”, le confirmé, esperando que jugara conmigo.

Tomó el condón de mi mano y lo abrió. “Primero, te pondré esto”, hubo una orden sexy en su voz. “Y... con respecto a mi pequeño tapón anal en tu otra mano, será un pase. Gracias por pensar en mí, pero no estoy lista para un aparato de color unicornio en mi trasero. Tu dedo está bien, pero el pequeño tapón anal tiene que irse”. Sonrió y me guiñó un ojo.

“¿Quizás otro día?” Tenía esperanzas.

“Em... solo si puedo usar uno contigo también. El día en que estés listo para eso, será el día en que yo también lo esté”.

Creo que la amaba un poco más por su desafío. “Desafío aceptado... algún día”. Con eso, me recosté en la cama y dejé que mi polla volara alto. “Estoy listo cuando tú lo estés”, dije mientras anticipaba su roce.

Sus dedos eran suaves y cálidos sobre mi piel, mientras suavemente pasaban el condón sobre mi polla hambrienta. Dejó que me hicieran cosquillas hasta las bolas mientras recogía con amor los pesados sacos y los hacía rodar suavemente en sus palmas.

“Lo que me haces, Arcadia”, apenas respiraba, “es indescriptible”.

Besó la punta de mi polla y levantó mis piernas mientras masajeaba mi estómago y la parte interna de los muslos. Luego continuó de nuevo hacia mis bolas, descuidando la única parte de mí que la deseaba más que nada. Tocaba ligeramente mi erección y luego volvía a masajear mis bolas, la parte interna de los muslos y el estómago. Casi me corro solo con su roce ligero y suave masaje. Enviándome a un estado de euforia, sus manos presionaron mis piernas más separadas, y yo obedecí.

Luego, sin previo aviso ni conversación, se lamió el dedo y lo presionó contra el agujero de mi trasero. Entonces comprendí lo que quería decir con la sensación; se sentía violento y emocionante al mismo tiempo. Era prohibido y decadente y, sin embargo, me provocó una necesidad tan terrible que casi le rogué que me follara con el dedo.

Ella jugaba con mi agujero de la misma manera que yo con el suyo; pero no me abría lascivamente como yo. Cuando su dedo se deslizó dentro de mi trasero, eso era todo; casi disparé mi carga sin siquiera haberla tocado. Pasó su dedo dentro y fuera de mí, lentamente, y eso era todo lo que necesitaba...

“Algún día”, gruñí y la levanté de sus cuidados. No podía esperar más. La puse entre mis piernas y la coloqué sobre mi pecho.

“¿Qué? ¿No quieres que encuentre un tapón trasero de He-man en ese pequeño cajón de placeres?”, bromeó. “Usaré uno si lo deseas”. Sus ojos eran siniestros y llenos de deseo.

“¡No, te necesito ahora!” Ordené, pero retrocedí un poco. “Por favor”.

Besó mis labios y mi cuello, me mordió el lóbulo de la oreja, me besó el hombro, la clavícula, los pezones, el ombligo y luego pasó los dedos por el vello de mi pecho. Después, con tortuosa lentitud, me montó, dejándose deslizar perezosamente. Mis manos tomaron sus caderas

para hacerla ir más rápido, pero ella sólo tomó mis manos y luego se lanzó hacia adelante, las levantó y las sujetó a la almohada junto a mi cabeza, posando sus hermosos pechos en mi cara.

Hice una dura mamada en cada uno para aliviar la tensión que aumentaba en mi polla. Como una bailarina, bailaba hacia arriba y hacia abajo sobre mí, lentamente. Luego más y más rápido hasta que supliqué de nuevo: “déjame llevarte”, mientras trataba de soltar mis brazos.

Honestamente, podría haberla tirado fácilmente, pero me encantaba que tuviera el control, solo que había alcanzado un tono febril y necesitaba recuperar la cima. Su cuerpo se aflojó una pequeña pulgada, y eso era todo lo que necesitaba. Le di la vuelta y me estrellé contra casa, dándome cuenta de que iba demasiado rápido de nuevo al ver la expresión de preocupación en su rostro. Disminuí la velocidad y le ofrecí suaves pulsos en reconciliación por mi duro empuje. Me bombeé dentro y fuera de ella en pequeñas ráfagas hasta que vi su rostro enrojecer y reconocí los signos reveladores del clímax que se estaba gestando dentro. Levanté sus piernas para poder sumergirme más profundo, pero aún gentil mientras la volvía a colocar en mi regazo. Se contoneó sobre mí, tratando de encontrar un lugar cómodo.

Podría haberme quedado con ella así para siempre; no podía acercarme lo suficiente. Si hubiera podido meterme directamente en su piel, lo hubiera hecho. Mi boca la reclamó de nuevo mientras alcanzaba el clímax duro, al igual que ella. Su coño me lamía con avidez cuando disparé una carga dura en el condón. Bombeé y bombeé hasta que no quedó nada de mí. Ambos caímos en la cama, exhaustos.

Me quedé dentro todo el tiempo que pude, mucho después de que mi polla gruesa se desinflara. Nos quedamos uno al lado del otro, respirando con dificultad, con las manos en el cuerpo del otro, tocándonos, amándonos, acariciándonos. Como las palabras eran demasiado, me aparté y su rostro se estremeció un poco por la pérdida de mí. Quería decirle que la amaba, que era un deleite para mi mente, cuerpo y alma, pero no compartí las palabras que corrían por mi

cabeza. Me quedé en silencio, y ella también.

Dejé que mi cuerpo hablara por mí; mientras ahuecaba su pecho y lo besaba, mi lengua lo despertaba en un pequeño y duro capullo. Mi mano hacía el trabajo en el otro pezón. Estábamos calientes y olíamos a sexo; siempre necesitaba una ducha después de hacer el amor, así que le besé el pecho y me levanté de la cama.

“Necesito darme una ducha; ¿quieres unirme a mí?”, pregunté, con mi brazo extendido.

“Ah, Xavier, no puedo tener más tiempo de juego con tu polla. Mi coño y yo estamos completamente satisfechos por el día”. Sonrió, cansada y radiante.

“Sólo un lavado, amor. Lo prometo”.

Me miró con cansancio. “Sólo un lavado”, dijo mientras se levantaba de la cama.

Con eso, nos dimos una ducha juntos. Me aseguré de enjabonar y amar cada centímetro de su cuerpo, y ella hizo lo mismo con el mío. Cuando terminamos, ambos nos vestimos con ropa informal y entramos en la cabina principal.

“¿Te gustaría ver una película o usar internet? Sé que has estado fuera de la red más tiempo que yo. Estoy desesperado por volver a la red; debes estar volviéndote loca”, le ofrecí.

“Lo estoy, pero sobre todo porque estoy preocupada por mis amigos. Deben estar muy asustados. Y la policía, quizás me estén buscando”. Pude ver, por la mirada de preocupación en su rostro, que hablaba en serio.

“¿Qué amigo te preocupa más?”, pregunté, esperando que no fuera un amigo. Si bien es posible que no haya tenido novio, estaba seguro de que cualquier hombre que fuera amigo de Arcadia tenía la meta de convertirse en uno que constantemente se le pasara por la cabeza.

“Mi amigo Logan de la tienda tiene que estar muy preocupado por mí”, dijo, luciendo miserable.

¡Mierda! Tenía que ser un chico.

“¿Crees que tu padre ha ido a la policía a buscarte?” No estaba seguro de cómo localizar a este tipo, Logan, y hacerle saber que estaba bien. De repente, se convirtió en mi enemigo por ser simplemente un él. Sin embargo, tenía razón; alguien tenía que saber que estaba a salvo. Recuerdo lo preocupado que estaba por ella, y solo la conocía desde hacía menos de un día en ese momento.

“Dudo que mi papá haya ido a la policía; él no lo haría. Las personas con las que se asocia, algunas de ellas, están en la fuerza policial. Estoy segura de que me están buscando, pero no oficialmente”. Parecía que se entristecía cada vez más pensando en las consecuencias que había traído su apuesta por la seguridad.

“Bueno, ¿sería seguro que alguien de mi empresa se pusiera en contacto con Logan y le hiciera saber que estás viva, pero que estás en un programa de protección de testigos de algún tipo, por tiempo indefinido?”

Estaba seguro de que a mi asistente no le importaría; amaba las verdaderas novelas policiales. Estaba disfrutando de toda esta aventura. Solo le había contado algunos detalles necesarios, principalmente en el sentido de pedirle que mantuviera la fachada de que mi tía murió, pero decirle que no divulgara la verdad, según el acuerdo de no divulgación que teníamos que la obligaba legalmente al secreto. Le expliqué que conocí a una mujer hermosa con la que podría estar dispuesto a tener una relación seria, pero que estaba siendo perseguida por un monstruo. No di más detalles aparte de que la estaba llevando a un lugar seguro y la mantendría en contacto. No sería una solicitud irrazonable que ella llamara a ese Logan.

“Sería bueno si lo supiera. Puede que haya llamado a la policía. Sin embargo, estoy segura

de que mi padre ha hecho algo para cubrir sus huellas. Probablemente, haya explicado mi ausencia porque sabe que Logan, o Lindsey, o cualquiera de mis amigos definitivamente iría a la policía si pensara que había desaparecido”. Parecía tan perdida y confundida de nuevo.

“Entonces quizás no deberíamos llamar. Quizás tu padre lo esté siguiendo, sabiendo que querrás llegar a las personas que te importan”. Fue entonces cuando las lágrimas volvieron a caer.

“Eso es exactamente lo que haría”. Bajó la cabeza.

Me acerqué al sofá y me senté junto a ella, envolviendo mis brazos sobre sus hombros, abrazándola. “Veamos una película, ¿de acuerdo? Nos queda un poco más de una hora. ¿Qué dices? ¿Algo ligero?” Hojeé los canales, esperando encontrar algo de interés. No estaba realmente seguro de lo que quería, pero ansiaba distraerme; la pesadez de su situación también había comenzado a pesar sobre mí.

“No he visto Solo aún. Eso podría ser divertido. Amo todo Star Wars”, confesó en voz baja.

“Siempre soy bueno para un poco de Star Wars; he disfrutado algunas de las películas”. Me reí. Ella era tan deliciosamente extraña.

Una chica a la que le gustaba saltar en la cama; una fan de Star Wars que navegaba, coqueteaba y era reacia a la idea de un tapón anal. Había mucho más que explorar en esta encantadora humana a mi lado, pero todo lo que quería para ella era la libertad de vivir su vida sin amenazas. Así que, a pesar de querer otras cosas de ella, que esperaba conseguir algún día, hice de su felicidad y seguridad mi primera y principal prioridad.

Capítulo 22

Arcadia

El jet privado a Costa Rica fue increíble. Pude ver un pedacito de la vida que habitualmente vivía Xavier. Era decadente, lujosa y abrumadora. En muchos sentidos, no estaba segura de poder igualar el estilo de vida de este hombre o seguir el ritmo de su necesidad sexual. Tenía más dinero del que podía imaginar, y tenía que recordarme a mí misma que debía disfrutar el momento.

Cuando aterrizamos en San José, Xavier contrató un servicio de automóviles con su nombre falso, Christopher Saint. Nuestra primera orden del día era encontrar un cibercafé. Había uno ubicado no muy lejos del aeropuerto. Podría haber usado el teléfono de Xavier, pero estaba siendo más cautelosa. El café era divertido y caprichoso, y me enamoré más de América Latina.

Mi tía tenía un sitio web porque dirigía un retiro de yoga en la costa, a unas tres horas en coche de San José. Encontré su sitio web y su número de teléfono, y luego pedí el teléfono prestado de Xavier para llamarla. Ella estaba encantada de saber de mí. Estaba nerviosa la primera vez que llamé, pero su entusiasmo anuló cualquier preocupación que hubiera tenido sobre mi visita no deseada. Le dije que había sucedido algo horrible, pero que tendríamos que discutirlo en persona. Lo entendió.

El viaje en auto era largo, pero me acurruqué con Xavier y me dormí. Se sintió tan bien; solo cabeceé. Dos vigorosas sesiones de hacer el amor en un día también me adormecían. Xavier debió haber trabajado mientras yo dormía porque lo escuché hablando por teléfono y lo sentí golpeando su ordenador portátil. Estaba tan destrozada que no registré casi nada. Cuando llegamos, la tía Claudia corrió hacia mí con los brazos abiertos.

“Arcadia, querida”, gritó mientras me tomaba en sus brazos. “¡Mírate, preciosa!” Besó mi

mejilla y me miró fijamente por un momento.

“Hola, tía Claudia”. Sabía que tenía que estar radiante de alegría.

La tía Claudia rondaba los cincuenta años, estaba bronceada, tenía largos cabellos grises, un cuerpo poderosamente fuerte y una belleza natural. Me recordó a cómo se vería una diosa; sin embargo, también era salvaje y de espíritu libre.

“¿Y quién es este chico guapo?”, preguntó, mirando a Xavier.

“Soy Xavier”. Le ofreció la mano para que la estrechara.

“Es bueno tenerte”. Tomó su mano y la estrechó con firmeza.

“Tengo mucho espacio para que ustedes dos se queden. Estamos en temporada baja en este momento, así que quédense todo el tiempo que necesiten. Quiero que se acomoden y se refresquen, y luego almorzaremos. El cocinero ya está preparando algo especial. ¿Querrán un bungalow? Tengo una suite disponible. ¿O dos?” Estoy segura de que ella sabía cuán cargada era su pregunta, pero Xavier la manejó con facilidad.

“Tomaremos la suite si no hay ningún problema. Estoy más que feliz de pagar por ello”, dijo con gran amabilidad.

“Ah, no, no... la familia nunca paga”. Lo despidió y comenzó a caminar por la jungla, por un camino de tierra.

El lugar era rústico pero hermoso. Estaba ubicado en la jungla y se podían oír pájaros, insectos y otras cosas en el dosel. A través de los árboles había una franja de playa y el vasto océano azul.

“Su bungalow está por aquí. Tenemos muchas criaturas aquí, así que mantengan la puerta

cerrada a menos que quieran dormir con monos; son cositas traviesas”, reprendió. “La playa está al final de este camino”. Señaló una pasarela de piedra improvisada. “Es privada para que nadie los moleste allí. Tengo algunos clientes de yoga, pero por lo general no usan la playa durante el calor del día. Pueden encontrarlos al amanecer y al atardecer. Es lo suficientemente privada como para que se vuelva natural. El agua es muy cálida y la arena blanda. La recomiendo altamente”. Sonrió.

Los ojos de Xavier se iluminaron. “Eso suena amoroso”.

“Ah, lo es”, confirmó.

“Ah, Dios mío”, rodó mis ojos.

“Es un poco mojigata”, añadió Xavier.

“No lo soy”, le dije y golpeé su brazo. “Eres un poco pervertido”. Le atornillé la nariz, lo que provocó la risa de él y de Claudia.

“Bueno, no te sorprendas si ves a algunos desnudos. Este lugar se trata de liberar tu espíritu y disfrutar de la vida. Celebramos al Dios por dentro y por fuera, así que honrar nuestros cuerpos, mentes y almas es lo que hacemos aquí. Estoy tan contenta de que hayas venido, Arcadia. Creo que este es el lugar donde debes estar. No sé qué ha sucedido exactamente, pero puedo asegurarte que sea lo que sea, no me sorprendería en lo más mínimo”. Me dio una sonrisa tranquilizadora.

“Gracias, tía Claudia. Eso significa mucho”. No pude decir más.

“Está bien, aquí está. Hay ropa de cama limpia, jabón, champú, todo orgánico. El desayuno, el almuerzo y la cena se sirven en la cocina. Hay una pequeña tienda en el camino si quieren comprar cosas, y pueden usar la cocina para cocinar si no les apetece lo que el cocinero tiene en el menú, pero puedo decirles que todo lo que hace es el paraíso. Somos veganos aquí, por lo que

puede tomarles un tiempo acostumbrarse a la cocina”. Su rostro se curvó en una sonrisa después de arrojar esa bomba.

“¿Veganos, dices?” Xavier casi se atragantó. Creo que lo vi morir un poco por dentro. “Bueno, podría llevarles un poco de tiempo acostumbrarse”.

Me reí; era tan predecible. “Todo es maravilloso, tía Claudia. ¡Muchas gracias!” Con eso, abrió la puerta de nuestro bungalow y nos invitó a pasar.

Era grande y tenía ventanas abiertas con mosquiteros pero sin vidrio. Había una enorme cama de tamaño king en el medio de la habitación y una sala de estar en el área adyacente. La decoración era sencilla y tropical. Vi cómo Xavier se asomaba al baño y estaba feliz de ver una ducha grande allí, pero sin bañera.

“Esto es perfecto”, dijo, dejando nuestro equipaje.

“Está bien. Bueno, dejaré que se acomoden, y entonces podremos almorzar en media hora. Solo seremos nosotros, para que podamos tener nuestra privacidad”. Me dio un beso, cerró la puerta y caminó por el sendero.

“La amo”, exclamó Xavier.

“Sí, es tal como la recordaba”.

“No es de extrañar que hayas viajado toda esta distancia para encontrarla. Este lugar es un santuario perfecto”, dijo mientras comenzaba a desempacar nuestras cosas.

No nos tomó mucho tiempo arreglar nuestras pocas pertenencias. Yo estaba hambrienta, habiendo comido solo un poco en el avión, seguido de un ejercicio riguroso; me dolía el estómago por comer. Cuando vimos nuestra comida, se veía increíble; arroz de coco fresco, frijoles negros, plátanos y piñas, raíz de taro, y todo tenía un sabor increíble. Sin embargo, Xavier preguntó dónde

estaba la tienda de comestibles más cercana y Claudia se rió.

“Hay una en la ciudad de al lado. Está a unos cuarenta y cinco minutos en coche”, le dijo la tía Claudia. “O quizás pueda resolver algo con Cook; él no es vegano, por lo que debería poder persuadirlo para que te cocine algo un poco más fuerte, Sr. Dean. Estoy segura de que esto es mucho para asimilar a la vez”.

El rostro de Xavier mostró sorpresa. “¿Sabes mi nombre?”, preguntó casualmente.

“El tuyo es un rostro muy famoso y muy guapo. Es difícil de olvidar. Pero no te preocupes. Tu secreto está a salvo aquí”, le aseguró.

“Bueno, por el amor de Arcadia, eso espero”. Tomó mi mano y la acarició.

“No tienes que decirme nada, cariño, pero te diré que no me sorprenderá mucho”. Ella era alentadora y yo sabía que tenía que contarle lo que estaba pasando.

“Me siento realmente avergonzada por esto, pero la historia corta es que mi papá me vendió a uno de sus clientes”. Contuve mis lágrimas. “Asumo que soy una esclava sexual o algo así”. Mi voz se fue apagando, y me contuve el calor empujando contra mis ojos.

“Ah, cariño”. Tomó mi otra mano y la recogió. “Tu padre siempre ha sido una persona horrible, terrible. Debería haber estado en prisión hace años. Me sentí mal por dejarte pero tenía que hacerlo. Había amenazado mi vida. Sé que va a ser muy difícil de escuchar y, Xavier, desde que viniste con Arcadia, supongo que te sientes cómodo escuchando algunas cosas difíciles. Quiero decir que sabes lo que le está sucediendo”. Apreciaba la franqueza de Claudia; ayudaba a levantar la niebla de dolor y confusión que había estado nublando mi corazón desde Las Vegas.

“Estoy aquí para ella al cien por cien. Estoy en esto, pase lo que pase”. Apretó mi mano y me miró para puntuar sus palabras con una tierna sonrisa.

“Bueno, ahora que tienes la edad suficiente, te lo puedo decir. Es una historia horrible, pero podría ser útil saberlo ahora que estás aquí y estás a salvo. Tu madre conoció a tu padre cuando estábamos en la universidad. Entonces era un ser humano decente y tan guapo que ella se enamoró de inmediato. Estaban estudiando trabajo social y humanidades, y creo que pensaba que él era todo lo que ella pretendía ser. Aún trabaja en temas ambientales, pero todo lo que decía ser era una mentira absoluta.

Siempre hubo algo extraño en él que no podía identificar. Estaba tan emocionada cuando le propuso matrimonio; no tuve el corazón para arruinarlo con mis sospechas. Sonreí y seguí su romance porque quería que fuera feliz. No tenía pruebas de que tu padre no era quien estaba fingiendo ser; era solo un presentimiento. Tuvieron una boda enorme y lujosa, por lo que se casó con un montón de dinero y fue feliz durante unos meses. Vivieron un estilo de vida realmente genial. La trataba como a una princesa, y odiaba admitirlo, pero estaba celosa.

“Me pateé a mí misma por haber dudado de él. Luego se quedó embarazada de ti, y de repente ya no la trataba como a una princesa. Supongo que en realidad nunca quiso tener hijos, pero ella te amaba, Arcadia. Te dio su corazón incluso antes de que nacieras. Solía hablarte y cantarte en el útero”. Mi corazón se sintió pesado y triste al escuchar la historia, sabiendo con qué facilidad me había dejado.

“Estaba dedicada a ser tu madre”, dijo la tía Claudia con reverencia.

Me sentí realmente horrible por interrumpirla, pero era el gran y terrible misterio de mi vida. “Entonces, ¿por qué me dejó sola con él? No debe haberme amado tanto”. Estaba más enfadada que triste, pero las lágrimas aún estaban allí, justo en la superficie.

“Ella no te dejó, bebé. Esa es la historia que te ha contado tu papá, pero ella nunca te habría dejado. Cuando tenías unos nueve meses, los dos se pelearon mucho. Habían estado peleando mucho, pero esto llegó a los golpes, y tu padre golpeó a tu madre lo suficientemente fuerte como

para dejar una marca. Ella me llamó y me dijo que lo había dejado. Te abrigó y empacó tus cosas, pero no llegó muy lejos. La encontró en un restaurante a las afueras de la ciudad. Él había intervenido su teléfono y siempre había alguien siguiéndola, durante todo el matrimonio. Ella nunca lo supo. Entró en el restaurante, te llevó y le dijo que se fuera o la asesinaría. Luego dijo que si llamaba a la policía, te mataría.

Esa noche vino a mi casa llorando, tratando de averiguar cómo podría recuperarte. Tenía que ir a trabajar al día siguiente, pero le dije que se quedara donde estaba y que averiguaríamos qué hacer. Cuando llegué a casa, se había ido. Tu padre me llamó, me dijo que sabía que tu madre se había quedado a pasar la noche conmigo y me amenazó con matarte si no lo ayudaba a criarte.

Estaba borracho, y al principio no le creí. Parecía tan triste porque ella lo había dejado. Estaba devastado. Lo ayudé gracias a ti. Él nunca hablaba de tu mamá y parecía ser un buen papá contigo.

Empecé a creer que había cambiado, que perder a tu madre lo había convertido, de alguna manera, en un mejor hombre”.

“En tu decimoctavo cumpleaños, fui a tu fiesta”.

“Lo recuerdo”, dije, sintiéndome pesada y triste. “Y luego te fuiste también”.

“Correcto. Un amigo de tus padres se acercó a mí y me entregó un archivo con una carta. La carta decía que el archivo tenía fotos de tu madre. El hombre frente a mí sería mi escolta. Cuando estuviera fuera del estado, y preferiblemente fuera del país, podría abrir el archivo. Al final de la carta había una promesa. Si iba a la policía, él lo sabría y te matarían. Mi escolta se quedaría conmigo durante un año. Si me portaba bien, me dejaría en paz. Si no lo hacía, sufriría la misma suerte que tu madre.

“Abrí el archivo y en él había fotografías de su cadáver”. La voz de la tía Claudia vaciló.

“¿Fue asesinada?” Mi corazón se estrelló contra mi pecho cuando el agarre de Xavier se apretó.

“Brutalmente. El hombre, nunca supe su verdadero nombre, se quedó conmigo durante un año, como una amenaza. Me dieron un empleo donde él trabajaba y tuve que sufrir con él durante un año. Nunca hablábamos fuera del trabajo, aunque vivíamos en el mismo apartamento. Estaba conmigo día y noche y, sin embargo, solo hablábamos en el trabajo y solo de cosas relacionadas a eso. Nadie sabía que él era mi captor y tenía demasiado miedo de decírselo a alguien. Simplemente pensé que si seguía las reglas, todo terminaría bien. Al igual que tu mamá, yo no tenía familia a quien acudir; esa era una de las razones por las que estábamos tan cerca.

Solo sabía el nombre ficticio de mi captor, y cuando terminó el año, me subió a un avión con destino a Rusia, donde me recibió mi nuevo empleador. Me decían cuándo podía escribirte y vigilaban todos mis movimientos. Parecías estar bien. Después de cinco años, había demostrado ser leal a ellos y me permitieron irme. Fue entonces cuando desaparecí. Entonces pensé en ir a la policía, pero aún me preocupaba que se enterara. Pensé que estabas bien, y tu madre ya estaba muerta...” Respiró profundamente para estabilizarse. “Mis empleadores eran amables siempre que hacía lo que me pedían. Me lavaron el cerebro para creer que si me interponía, vivirías una vida feliz y normal, y yo también. Cuando todo el calvario terminó, nunca regresé a los Estados Unidos. Estaba feliz de dar la vuelta al mundo hasta que terminé aquí en el paraíso. Me comuniqué contigo, como sabes, para que tuvieras un lugar adonde ir. Me alegra que hayas venido aquí. Aunque nunca lo dije abiertamente, quería que supieras que estaría aquí si las cosas se ponían mal. Yo te crié. Después de todo, eres como una hija para mí. Y ahora que estás aquí, no te dejaré volver. Atraparemos a este bastardo y pagará por lo que ha hecho”.

Cuando la tía Claudia terminó su historia, yo estaba en shock y Xavier estaba furioso.

“Espero que sepas que voy a matar a este hombre”, se jactó Xavier.

“No te ofendas, Sr. Dean, pero eres diseñador de moda. Una rica y famosa figura, pero su padre da miedo. No es una broma”. Sus ojos se volvieron graves. “¿Alguien sabe que estás aquí, cariño? Si lo saben, está bien. Después de lo que pasé, siempre tengo un plan de respaldo. Tengo un lugar para que te escondas si lo necesitamos. Es una isla remota y un poco peligrosa porque no hay mucha civilización allí. Los aldeanos locales te ayudarán, pero creo que deberíamos mantenerlo como último recurso. A menos que pienses que alguien podría haberte seguido hasta aquí o lo hará en un futuro cercano; entonces es posible que necesitemos llevarlos allí esta noche”.

“Nos hemos mantenido fuera del radar; nadie sabe que estamos aquí”, le aseguró Xavier.

“Es posible que tengamos la oportunidad de ir a la policía ahora y atraparlo siempre que no nos encuentre. No estoy segura de cómo lo vamos a hacer, pero estoy dispuesta a ayudar en todo lo que pueda”. No podía creer que la tía Claudia estuviera dispuesta a arriesgarse a mezclarse con mi padre de nuevo para ayudarnos.

“¿Te estamos poniendo en peligro estando aquí?”, preguntó Xavier, preocupado.

“No, él ya no se preocupa por mí; no tiene idea de dónde estoy. Soy historia”. Me dio una palmada en el hombro para tranquilizarme.

Estaba paralizada al escuchar todos los horrores que mi padre había causado. “¿Ella fue asesinada? Todos estos años la odié...” Puse mi cara entre mis manos y dejé que los sentimientos de devastación y tristeza me invadieran.

La tía Claudia era brillante y alegre. “No hay mucho que podamos hacer ahora; ya es demasiado tarde. ¿Qué tal si les muestro el lugar y podemos poner nuestras cabezas en esto mañana?”

Capítulo 23

Xavier

Claudia nos presentó al perezoso residente y a una familia de “monos traviesos”, llamados así por la cantidad de sexo que tenían a diario. Vi las ruedas de Arcadia girando en su linda cabecita. Solo puedo imaginar cómo me llamaría pronto. El clima cálido, la comida saludable y el estilo de vida relajado en la playa nos hicieron muy bien. Pude hablar con mi asistente, por lo que pude trabajar de forma remota y descubrí que mi creatividad aumentó mientras paseaba por el pintoresco pueblo marino cerca del retiro de Claudia. Los lugareños eran gente hermosa, y en los pocos días que pasamos allí, ya me había enamorado de Costa Rica.

Arcadia y yo aceptamos la oferta de Claudia de un juego natural en la playa y nos lo pasamos de maravilla. Era un poco sucio y arenoso, pero liberador. Hacía el amor con Arcadia por la mañana y por la noche, y durante el día dábamos paseos por el pueblo, hablábamos de sus sentimientos cuando ella quería compartirlos, y yo trabajaba mientras ella intentaba estudiar, aunque no podía registrarse oficialmente en la escuela. Investigaba grupos de conservación locales y soñaba con unirse a uno más adelante.

Teníamos un plan en lo que respecta al padre de Arcadia, que implicaba averiguar el nombre del hombre al que quería regalarla. No recordaba que el nombre se mencionara en sus mensajes de texto y no quería arriesgarse a encender su teléfono. Decidí que lo mejor que podía hacer sería contratar a un detective privado cuando estuviera en San Francisco para que investigara todo lo que pudiera encontrar. Con la boda de Damon acercándose, me entristecía dejar a Arcadia aunque solo fuera por el fin de semana. Pero era viernes y tenía que regresar a San Francisco esa noche. Antes de irme, contraté a tres guardias de seguridad para que vigilaran el retiro.

Claudia iba a tener un fin de semana ajetreado con sus clientes que iban a pasar el fin de semana, y Arcadia no estaba muy contenta de que yo hubiera contratado algo de músculo, pero les dije que se quitaran la camisa y fingieran ser veraneantes hippies para relajarse. Debieron haber pensado que era el concierto de su vida. Ella se reía cada vez que veía a uno de ellos.

“Xavier, ¿de verdad? ¿Tuviste que contratar a tres?”, protestó, lo cual sabía que era inútil, pero a veces le gustaba ponerme nervioso.

“Yo no puedo estar aquí, así que ellos lo harán”, dije de manera severa y salada.

“Entonces, ¿se necesitan tres para reemplazarte?”, bromeó con una sonrisa.

“¿Disculpa, qué?” Ah, nadie me reemplaza, Arcadia, dejémoslo perfectamente claro. Sin embargo, sí, tres es el mínimo absoluto, y si sigues quejándote, Sra. Dean, agregaré algunos más”. Cerró la boca y abrió mucho los ojos. “Así es mejor. Solo estaré fuera dos noches”.

“Ah, finalmente, la pequeña señora Dean puede leer un libro y arreglarse el cabello”, bromeó Arcadia, moviendo su cabello para darle efecto.

“Bueno, si estás consultando al gran pequeño Sr. Dean sobre el tema, él preferiría que la pequeña Sra. Dean se quedara calva. Es muy sexy”. Le di una mirada manchada de lujuria.

“¿Lo es? Siempre pensé que era un poco prepúber”. Era la peor, tan descarada. “Sin embargo, estoy considerando que le afeiten el pelo con el logotipo de Xavier Dean. Pensé que podría ser novedoso”. Aún insultándome, eso es lo que amaba de ella; ¡era tan irreverente!

“¿Qué tal si simplemente la deslumbras y publicas su nuevo trabajo en Instagram?”

“¡Ah, Dios mío, qué gran idea!” Arcadia puso los ojos en blanco.

“Basta de hablar de tu coño. Mi auto estará aquí en unos minutos, y no tengo tiempo para

darle a ese descarado corte tuyo una follada adecuada antes de irme”, hice un puchero en broma.

“Ah, créeme, ella consiguió una buena follada esta mañana. Es casi como si aún estuvieras allí”, dijo, tocándose entre las piernas.

Inmediatamente me preocupé. “No te lastimé, ¿verdad?” Uf, fui un poco rudo con ella esta mañana. Realmente me volvía loco; tenía que trabajar para mostrar un poco más de moderación en el futuro.

“Está bien”. Su mano me tranquilizó. “Me encanta sentir tu polla fantasma allí. Un poco de dolor es algo bueno, especialmente porque te voy a extrañar”. Besó mi mejilla. “Hemos pasado casi todos los momentos de vigilia juntos; no sé qué voy a hacer sin ti para burlarme, tener sexo y contar todos mis problemas”.

La detuve. “Te voy a extrañar terriblemente, Arcadia”. Hablaba en serio.

“Son sólo dos días”. Ella también estaba hablando en serio. “Tanto drama”.

“Bueno, oficialmente he pasado más tiempo contigo que con cualquier otra mujer hasta la fecha. Incluso, Lauren y yo solo nos veíamos los fines de semana y los días festivos ocasionales”.

“Te prometo que estaré aquí cuando regreses”. Sus suaves labios encontraron los míos y abrí la boca para aceptar su cálida lengua.

Mi polla ya la estaba deseando de nuevo. Resistí el impulso de empujarla, para poder domar la llama que ardía dentro de mí. La amaba y quería que lo supiera. Nos besamos durante mucho tiempo; no estaba exactamente seguro de cuánto tiempo, pero cuando el coche me llamó, supe que era hora de irme. Me despedí de mala gana y me subí al automóvil. Tan pronto como el auto se alejó, mi corazón cayó de rodillas.

Era extraño estar de vuelta en mi apartamento tipo loft en San Francisco. Se sentía grande,

opulento y vacío. Costa Rica era caliente y llena de insectos. La jungla era un estruendo de caóticos ruidos y sonidos naturales; monos aulladores, cigarras, pájaros tropicales. A la inversa, mi loft se sentía tranquilo y estéril. Extrañaba la jungla, el mar y la sonrisa de Arcadia, su hermosa risa y cada centímetro de su cuerpo perfecto.

Llegué, después de tomar un vuelo nocturno con el tiempo justo para ducharme y vestirme para la boda de Damon. Mi asistente hizo limpiar y planchar mi esmoquin, y todo estaba dispuesto y listo para que me lo pusiera. Soñaba con tener a Arcadia del brazo y pensaba en cómo eclipsaría a la novia en cualquier cosa que se pusiera. Me aseguraría de que estuviera vestida para impresionar, pero lo habría odiado. No el vestido, especialmente si lo había diseñado yo, sino el hecho de que lo desfilara. No era modelo, aunque lo parecía. Era una mujer inteligente y maravillosa de la que me enamoré rápidamente.

“Me alegro de que lo hayas logrado, Xavier. Sé que has hecho un sacrificio para estar aquí”, comentó Damon justo antes de que comenzara la boda.

“Prometí que no me perdería tu gran día, y como estoy comenzando a entender el poder del amor, sé que no es algo para tomar a la ligera. Si estás feliz en el amor, entonces estoy aquí para eso”. Fue uno de los momentos más genuinos que Damon y yo hemos tenido.

La boda era hermosa y la recepción parecía divertida para Damon y su nueva esposa. Ambos brillaban de felicidad. Trataba de compartir su alegría, pero seguía pensando en Arcadia y solo quería volver con ella. No podía llamarla por miedo a que me descubrieran. Le había prometido no localizarla a menos que fuera una emergencia absoluta. Tenía que confiar en que Claudia y los guardias la mantendrían protegida, pero era como tragar hojas de afeitar y dejarla ir aunque sea por unos días. Me reía de mí mismo y de lo posesivo que me había vuelto.

La boda de Damon marcaba solo una semana desde que conocí a Arcadia y, sin embargo, se sentía como una eternidad. Me quedé en la boda el tiempo suficiente para ser educado. Damon y

los demás estaban comenzando a emborracharse y alborotarse, así que me acerqué, di mis felicitaciones y ofrecí mi regalo de bodas. Yo había equipado toda la fiesta, lo cual fue muy apreciado por todos; sin embargo, le dejé a Damon un pequeño obsequio, que era una línea especial de ropa masculina que había creado a su nombre. También hice algunos artículos especiales a nombre de Crystal. Damon quedó muy impresionado.

Fui a la oficina después de la boda. Estaba vacía, excepto por algunos diseñadores que siempre trabajaban las veinticuatro horas del día. Para ellos, no existía el fin de semana. Solía admirarlos, pero comencé a sentir lástima por sus vidas. Después de estar al sol y disfrutar de la creatividad que Costa Rica me inspiraba, entendí que las paredes monocromáticas y el lujo minimalista de nuestras oficinas dejaban poco a la imaginación creativa. Era una maravilla que cualquiera pudiera crear en este espacio. Tan pronto como terminara esta terrible experiencia, iba a hacer que cada uno de mis empleados fuera al retiro de Claudia a trabajar durante una semana. Una semana me había convertido; sería bueno para todos ellos también.

Sentía que quería expandirme y probar algo nuevo; me hacía sentir lleno de energía incluso considerarlo. Saludé a las pocas personas que estaban en la oficina y les agradecí sus condolencias por mi “tía”. Mencioné que estaría fuera por un tiempo para ayudar a su familia y la gente me miraba como si fuera Jesús caminando sobre el agua. Mi siguiente orden del día era contratar a un detective privado para que siguiera al padre de Arcadia y, con suerte, conseguir que lo arrestaran por intentar traficar a su hija. Estaba planeando regresar a Costa Rica esa noche a través del servicio de jet privado, y temía otro vuelo solitario. El de San Francisco no hizo más que acumular recuerdos de cuando hicimos el amor en la cama, y su conmoción y asombro; nunca había experimentado algo tan lujoso.

No quería que la gente supiera que estaba buscando un detective privado; incluso mi asistente no lo sabía. Pude encontrar uno fácilmente, basándome en algunas reseñas y recomendaciones en línea de personas de las que había oído hablar a través de un amigo que se

estaba divorciando y quería toda la suciedad sobre su ex esposa, para poder usar la información en la corte. Le di al hombre su dinero por adelantado y me comunicaría con él bajo mi nombre falso cuando regresara a Costa Rica. Justo antes de subir al avión, me llamó y me dijo que su búsqueda inicial había revelado algunas cosas interesantes que esperaba investigar más a fondo. Quería advertirme: el padre de Arcadia no había vuelto a casa desde Las Vegas. Iba a salir por la mañana, pero supuso que su padre ya no estaba allí.

Arcadia no figuraba como una persona desaparecida, y su entrevista con las personas que trabajaban en la tienda demostró que su padre había cubierto sus huellas allí. Le alegraría saber que todos sus amigos pensaban que se había quedado con su padre por más tiempo y que estaban planeando tomarse unas vacaciones improvisadas juntos. Si bien pensaban que era extraño, nadie lo cuestionaba. Pensaba que su padre habría tenido que tener una historia independientemente, ya que estaba planeando que ella desapareciera con el inversor. Al menos, no tenía que preocuparse por causarles un estrés indebido; sin embargo, el hecho de que su padre no hubiera regresado a casa, era preocupante. Deben habernos estado buscando. Arcadia era tan inteligente para permanecer oculta como lo hacía.

Era bueno haber vuelto a casa por si había alguna duda sobre mi relación con ella. Podría cuestionarse porque había regresado a San Francisco sin ella.

Justo cuando me iba, me registré con Lizanne, mi asistente. “¿Puedo pedir la palabra?”, pregunté, queriendo asegurarme de que nuestra conversación se mantuviera en silencio.

“Por supuesto”. Se levantó de su silla y me siguió a mi oficina, donde entré y cerré la puerta. “¿Está todo bien?” Su rostro estaba asustado y preocupado.

“Sí. Solo quería hablar contigo antes de irme. No le diré esto al personal, pero estaré en Costa Rica por un tiempo investigando una nueva línea. Con el tiempo, traeré a algunos de los diseñadores y haré que vengas tú también. Si alguien pregunta por mí, aún estoy con mi tía. No

quiero que la gente se entere de mi paradero. Esta línea va a ser enorme y no quiero que se filtre nada de mi inspiración, ¿de acuerdo? ¿Puedo confiar en que guardarás mi secreto?” Sabía que era digna de confianza, pero un poco de intimidación nunca hacía daño.

“Sí, Sr. Dean. No le diré a nadie en dónde está a menos que usted quiera que lo haga”. Mostró su bonita sonrisa y vi la mirada de decepción en sus ojos. “Lo vamos a echar de menos”. Parecía triste. “Además, vino esto para usted”. Me entregó un sobre.

Adentro estaba mi certificado de matrimonio oficial. Lo había abierto y supuse que lo había visto. Ella tenía mi permiso para abrir mi correo, ya que la mayoría eran cosas con las que tenía que lidiar, pero no con esto.

“No sabía que se iba a casar”, casi susurró, con el corazón tan pesado que estaba al borde de las lágrimas. Al ver su rostro, me di cuenta de que debía estar enamorada de mí. Pobre niña, si supiera lo difícil que era discutir ese amor. Incluso la mujer más perfecta del mundo no lo había conseguido por completo.

“Es complicado”. Le dediqué una sonrisa amable. “Me mantendré en contacto”, le dije, llevándome el sobre mientras me volvía hacia ella. “Gracias por todo. Aprecio todo tu arduo trabajo”. Vi que su rostro se inclinaba un poco más, pero logró sonreír.

“Es un placer, Sr. Dean”. Y con eso, cerré la puerta y me fui al aeropuerto, sabiendo que eventualmente superaría su enamoramiento.

Capítulo 24

Arcadia

Xavier había vuelto de la boda por un día. Nunca imaginé que extrañaría tanto a alguien, pero lo extrañé más de lo que pensé que lo haría cuando se fuera. Hicimos el amor en el momento en que su coche se detuvo en el camino de entrada, después de cargar su enorme bolsa en el bungalow.

“Eres una chica con tu gran bolso solo por el fin de semana”, bromeé mientras entraba por la puerta.

“Una chica así, ¿eh?” Me tomó con su cuerpo fuerte y musculoso y me inmovilizó contra la cama mientras presionaba su polla entre mis piernas. “Creo que el gran pequeño Sr. Dean estaría muy en desacuerdo”.

Deslizó sus manos por mi vestido, abrió mis piernas y ni siquiera se molestó en quitarme la tanga que estaba usando. Deslizó la pequeña tira de tela a un lado, bajó la cremallera de sus pantalones, sacó su enorme polla y cubrió mi coño con el pre- semen que rezumaba. Sentí la ráfaga de humedad encontrarse con su intrusión, y levanté mis caderas para encontrar las suyas.

“Ah, ¿el gran pequeño Sr. Dean se sintió herido?”, jugué. “Bueno, la pequeña Sra. Dean le dará un beso para que se sienta mejor”. Deslicé mi coño hacia arriba para encontrarme con su polla tratando de empalarme desde abajo, pero era un poco de esfuerzo. Siempre necesitaba el peso corporal de Xavier para presionarse dentro de mí debido a que nuestras tallas eran tan diferentes. Ese primer momento de intrusión era siempre una exquisita mezcla de dolor agudo y lanzas de placer. Tan pronto como pasaba por mis labios y se deslizaba más adentro, se sentía como el cielo.

“Te traje algunas muestras. He estado jugando con nuevas ideas y mis diseñadores cosieron un par de cosas que bosquejé. Al gran pequeño Sr. Dean le encantará verte en ellos”, dijo mientras se deslizaba dentro de mí. Apenas podía respirar. “Por eso mi bolso es tan grande”.

“¿Ropa de caballero?”, pregunté, arqueando mi cuerpo para acomodarlo.

Se retiró y se sumergió lentamente, diciendo: “Me has inspirado a diversificarme un poco; es una línea casual”, se deslizó de nuevo. “Para mujeres sarcásticas”. Puntualizó esto con un fuerte empujón que me hizo gritar de éxtasis. “Quienes fingen ser coquetas se burlan”, dijo y se retiró lentamente. “Pero son mujeres realmente fuertes e independientes, que te vuelven loco”. Se deslizó dentro de nuevo y me puso arriba suyo; luego posó sus manos en mis caderas para estabilizarme. “Estás en tu lugar favorito, Sra. Dean. Quizás quieras agradecerme”. Su rostro estaba tan satisfecho y feliz.

Me incliné hacia adelante y besé sus pezones, dejando su polla palpitante alojada firmemente en mí.

“Este es mi lugar favorito”. Besé su boca cuando comencé a montarlo con fuerza, haciendo que sus ojos se pusieran vidriosos del éxtasis. “Yo también tengo una sorpresa para ti”. Empecé a jadear mientras lo montaba tan fuerte como podía.

“¿Qué es eso?” Su respiración se estaba acortando cuando sus manos en mis caderas ayudaron al esfuerzo.

Disminuí la velocidad y apreté mi coño alrededor de él, haciéndolo gemir mientras me deslizaba hacia arriba y hacia abajo con exquisita lentitud. “Fui a una clínica local que me recomendó la tía Claudia”. Aceleré de nuevo, balanceándome y empujando mis caderas contra su ingle.

“¡Joder, Arcadia!” Xavier estaba casi perdido en sus pasiones. “Tengo que conseguir un

condón”, dijo con voz ronca de placer.

“No esta vez”. Presioné mi peso corporal contra él y mantuve su polla como rehén. “Estoy tomando la píldora”. Sonreí ampliamente. “Termina dentro de mí”, le rogué mientras pulsaba sobre él.

Se sentó, me tomó en sus brazos y me besó una y otra vez. “Te amo”, gruñó cuando sus pasiones tomaron el control y me puso de rodillas, con el trasero en el aire. Sus manos sostuvieron mis caderas en su lugar y se lanzó hacia mí desde atrás. Sentí cada ondulación y cresta de su polla venosa rozar el interior de mi coño, cortando mi punto g de un lado a otro, enrollando la tensión en mi núcleo, hasta que fue un tirón insoportable que se llevó mi corazón y mi mente a su cuerpo, a la vez que rebotó contra las paredes de mi vagina.

No pude contenerme más, y grité fuerte mientras llegaba al orgasmo, olvidando que las ventanas eran en su mayoría solo pantallas, y estábamos en un retiro de yoga pacífico. Estoy bastante segura de que todos en un radio de una milla oyeron los lamentos de mi liberación. Me vine y me vine, resbalándome y astillándome debajo de él. No pasó mucho tiempo antes de que gruñiera y gritara, llenándome con su semilla caliente mientras me disparaba con fuerza. Nunca hacía nada de una manera pequeña mientras sus cubos de semen me llenaban. Me reí mientras se retiraba y se derramaba sobre la cama.

“Mierda”, exclamé, presionando mi dedo en mi agujero de goteo. “No haces nada pequeño, ¿verdad?”

Me encantaba la sensación de su semen dentro de mí, me encantaba la forma en que la cálida pegajosidad rezumaba por mi pierna. Ahora me sentía reclamada, como si fuera realmente suya. Su pecho subía y bajaba mientras calmaba su cuerpo devastado por el sexo. Metí mi dedo en mi coño de nuevo, sacando más de su semen. Luego tomé mi dedo y pinté mi nombre en su pecho con él. Detuvo mi mano cuando terminé y lamió los restos.

“Gracias por tomar la píldora; lo aprecio. Sé que no es necesariamente divertido estar en algo todos los días”. Me encantaba lo empático que era, incluso siendo un fanático del control.

“Los condones tampoco son tan divertidos, pero ahora no tenemos que preocuparnos por los bebés”. Realmente no quería decir eso. Quería bebés, especialmente con él, pero habría sido algo aterrador decirlo en este punto de nuestra relación.

“Por ahora”, dijo y me dio una palmada en el trasero. “Y nos voy a alquilar una casa. No más gritos en una jungla llena de vacacionistas así, amor, a menos que sea nuestra jungla”. Besó mis labios y mi frente. “Vamos a darnos una ducha”.

“¿No podemos discutir el asunto de la casa?” Lo detuve antes de que nos metiéramos en la ducha.

“Podemos”. Se dio la vuelta y me miró con cautela.

“Solo nos conocemos hace poco más de una semana. Me encantó cada minuto. Xavier, eres el mejor hombre que he conocido”.

“Pero no quieres vivir en una casa conmigo porque...”, interrumpió, tratando de moderar su incipiente ira.

“Quieres que sea honesta contigo, ¿verdad?” Estaba suavizando este golpe.

“Por supuesto”, tomó mi mano para enfatizar mientras estábamos desnudos en el baño juntos.

“Quiero una casa contigo; quiero una vida contigo y quiero bebés contigo. Lo quiero todo, Xavier, y sin embargo, es demasiado pronto para pedir esas cosas y demasiado pronto para quererlas. Necesito que las quieras también. Y antes de que digas algo”, llevé mi mano a sus labios, “sé que no quieres esas cosas en este momento, y eso está perfectamente bien y

perfectamente tú. Podemos quedarnos aquí. Claudia me dijo que podemos tener dos cabañas durante el tiempo que las necesitemos; una para que la uses como oficina y otra para nosotros. Creo que funcionará por ahora, hasta que bueno...” Era difícil decir el resto.

“Lo entiendo”. Su rostro mostró su decepción, pero lo entendió.

Pasó su mano por mi mejilla y mandíbula. “Eres una mujer extraordinaria, Arcadia. Espero que realmente lo sepas”.

Nos duchamos y me probé la ropa que trajo. Eran hermosos y perfectamente adaptados a mi cuerpo. Los colores eran brillantes y divertidos, pero la estructura era elegante y única.

“Los amo tanto a todos”, me desmayé mientras desfilaba con mi hermoso atuendo nuevo.

“Te ves mejor de lo que pensaba”. Estaba brillando de orgullo. “Déjame llevarte a ti y a Claudia a cenar esta noche, así puedo presumir de ti”, sugirió porque sabía que odiaba ser el centro de atención.

“Dejaré que nos lleves a cenar si prometes dejarme enseñarte a surfear”. Sabía que era un tramo, pero quería que sintiera la libertad de las olas. Mientras él estuvo en San Francisco, surfeé todos los días y me reconecté por completo con la Arcadia dentro de mí, la que surfeaba y estudiaba el mar.

Disfrutamos de nuestra espléndida cena. Xavier hizo que un coche nos recogiera y nos llevara durante una hora a un restaurante muy elegante. Nuestra comida era increíble, y Claudia se deleitaba cuando la trataban como a la realeza. Creo que Xavier se sintió bien al conocerla. No había gastado gran parte de su dinero mientras se quedaba con ella, y aunque sé que insistió en darle dinero, no estaba segura de cuánto era. No obstante, parecía feliz y yo estaba encantada de tener a las dos personas que más me importaban juntas disfrutando de esta loca aventura conmigo.

Preferí verlo como una aventura en lugar de una adversidad, y realmente comencé a sentirlo así; una maravillosa búsqueda de la felicidad. Conseguí que Xavier montara una tabla de surf, y fue horrible en eso, peligroso de hecho, ya que plantó la cara tantas veces que le salió un sarpullido en la mejilla. Aprecié que fuera tan buen deportista al respecto, pero decidimos dejarme el embarque a mí. En cambio, comenzamos a bucear juntos; era una actividad que parecía mucho más capaz de realizar. Vimos tiburones y tortugas, y algunos delfines se nos acercaron mientras estábamos fuera del bote. Todos los días había peces brillantes y animales exóticos para disfrutar. A menudo, nadábamos con delfines y Xavier se convirtió en un fanático tan ávido como yo. Le encantaba el mar pero odiaba surfear.

Lo mismo sucedió cuando Claudia intentó enseñarle yoga. Por fuerte y sexy que fuera, era un desastre en una estera de yoga. Su cuerpo se inclinaba en todas las direcciones equivocadas; se pondría cachondo en la habitación caliente con todos los cuerpos calientes, y su polla se dispararía hasta el techo. Simplemente no era para él, pero encontramos un gimnasio local en la ciudad y estuvo mucho más feliz allí. El gimnasio consistía principalmente en pesas libres y máquinas de ejercicio bajo un dosel al aire libre, pero le funcionó.

Llegó la temporada de lluvias y pasamos mucho tiempo escondidos en nuestro bungalow haciendo truenos, tanto por dentro como por fuera. Hacer el amor era tan natural para nosotros como caminar. Nunca nos cansábamos del cuerpo del otro y del amor que compartíamos cuando teníamos relaciones sexuales. Mi favorito era tarde por la noche o temprano al amanecer, cuando queríamos mirar las estrellas o ver el amanecer. Comenzaba con sus dedos preparando amorosamente mi cuerpo para él, y luego entraba silenciosamente por detrás y me hacía el amor mientras observábamos la naturaleza que nos rodeaba. A lo largo de los meses que pasamos en casa de la tía Claudia, nuestro sexo cambió de follar con hambre a un amor suave y gentil. Seguíamos follando; a él le encantaba, y nada me hacía correr más fuerte, pero prefería cuando adorábamos, no solo nuestros cuerpos, sino también nuestra relación.

Éramos iguales. Él Trabajaba en su nueva línea de ropa y yo seguía a un equipo de biología local que estudiaba las tortugas marinas. Aún estaba recelosa de usar mi propio nombre, así que usaba el que Xavier me había dado, lo que significaba que no podía hacer realmente el trabajo que quería sin mostrar mis credenciales. Casi sentía que iba a poder volver a mi vida normal.

De acuerdo con nuestro acuerdo por la honestidad y la igualdad, por cada locura que le hacía hacer a Xavier, cenaba y bebía conmigo tan lujosamente como podía en nuestro pequeño pueblo costarricense.

“Está bien. He hecho un esfuerzo adicional aquí porque sé que has estado en el bote todo el día, y estaba bastante seguro de que no querías un largo viaje en coche hacia y desde un restaurante esta noche”, explicó antes de subir al automóvil para una noche especial. Parecía estar de un humor particularmente feliz.

“Gracias, Xavier. Realmente no quiero conducir esta noche. Estoy bastante cansada”. Sonreí y acaricié con mi mano su perfecto pecho. “Sin embargo, estoy deseando cenar”. Lo hacía; siempre me encantaban los lugares que elegía y la comida increíble que probábamos.

El “restaurante” estaba a poca distancia en coche del retiro de la tía Claudia. Fácilmente podríamos haber caminado, pero yo estaba usando esos tacones locos que él había enviado desde los Estados Unidos y un vestido muy sexy, apenas capaz de moverse; definitivamente no era algo para caminar por la jungla.

Entramos a una enorme mansión en medio de la jungla, cerca de la playa. Era un edificio blanco de estilo colonial con una amplia escalera y un enorme salón de baile en el que cabían fácilmente doscientas personas. El lugar debe haber sido construido para algún dueño de negocio o un turista con enormes cantidades de dinero. Ahora estaba vacío, excepto por una pequeña mesa de comedor, dos sillas y cientos de velas.

Xavier me acercó una silla y me senté frente a él. “Esto es una locura”, dije y rodé los ojos. “¿Alquilaste este lugar por la noche, rico loco?”, lo regañé en broma.

“Puede que lo haya hecho”, dijo con una sonrisa tímida. “Es mejor que conducir hasta la ciudad, ¿verdad? Y mira esa vista del océano; puedes verlo desde todas las ventanas”. Estaba muy emocionado con la casa, pensando que quizás había encontrado el lugar perfecto para nuestra velada.

“Este lugar es como un cuento de hadas; me pregunto quién vivió aquí antes”, pregunté mientras servían la ensalada.

“Se rumorea que un actor francés hizo construir este lugar como su escapada. Supongo que murió, y nadie lo compró nunca. Los fideicomisarios de la propiedad de su familia simplemente lo alquilan para fiestas y cosas así”. Se comió su ensalada y no dijo nada más al respecto.

“Vaya, qué gran descubrimiento. Has estado tan ocupado; ¿cómo tuviste tiempo para encontrar este lugar?”

“Tengo mis maneras”. Se rió cuando el camarero le trajo un pequeño plato de pescado. “Prueba esta aleta amarilla, es increíble”.

Le di un bocado y el pescado se derritió en mi boca. “¡Ah, Dios mío, Xavier, esto es tan bueno!”, exclamé, sintiéndome perfectamente feliz.

“Es tan bueno”. Dejó el tenedor. “Todo ha sido tan bueno, Arcadia”. Su mano se extendió sobre la mesa y tomó la mía.

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho. Algo significativo estaba sucediendo. Le di una dulce sonrisa, temerosa de lo que vendría después.

“Solo voy a decir esto, ¿de acuerdo?” Su rostro era dulce, pero abierto y honesto. “Bueno”. Dejé el tenedor y escuché, aterrorizada.

“Quiero seguir casado contigo, Arcadia”. Su mano soltó la mía por un minuto y metió la mano en su bolsillo, sacando una pequeña caja de anillos de terciopelo negro.

Abrió la caja y sacó un enorme anillo de diamantes.

Mi ojos se abrieron de par en par. “¿Para siempre?”, pregunté. Toda la humedad se había escapado de mi boca.

Rió. “Si, por siempre”.

Las lágrimas brotaron de mis ojos. “¿Estás seguro?” Qué pregunta más estúpida, pero la hice.

“Nunca he estado más seguro de nada. Tú y yo hemos estado juntos día y noche durante cuatro meses, y aún no puedo tener suficiente de ti. Eres todo y más de lo que siempre he querido en una mujer, una pareja y una amiga. Me sentiría honrado si continuaras siendo mi esposa. Quiero celebrar nuestro matrimonio si me lo permiten y tener una ceremonia real tan pronto como el detective privado encuentre a tu padre y lo lleve ante la justicia. Podría ser cualquier día ahora. Tan pronto como esté tras las rejas, tú y yo viviremos nuestras vidas juntos al aire libre, para que el mundo sepa con qué mujer maravillosa me he casado”. Incluso estaba un poco emocionado.

“¡Ah, sí, Xavier, sí, sí, sí!” Me levanté de mi asiento y corrí hacia él, lanzando mis brazos alrededor de su cuello y besándolo como loca.

“Y... em, puede que acabo de comprar esta casa para nosotros como regalo de bodas”. Me apretó con fuerza.

“Eres el peor”, le di un codazo. “¿Lo hiciste? Todo esto... ¿Esto es nuestro?” No pude contener mi alegría pura y sin adulterar.

“Sí”. Me recogió al estilo nupcial y me llevó por la enorme escalera hasta un dormitorio que tenía una cama enorme y algunos muebles sencillos pero elegantes. “Bienvenida a casa, Sra. Dean”.

Hicimos el amor toda la noche en nuestra nueva casa con vista al mar... Era el paraíso.

Capítulo 25

Xavier

Llevábamos un par de semanas viviendo en la mansión. Nos encantaba vivir cerca de Claudia, pero finalmente teníamos nuestro propio espacio. El lugar era tan enorme, era realmente demasiado grande para solo dos personas, y aunque no estábamos listos para los niños, especialmente con Arcadia aún viviendo de incógnito, los queríamos y pensábamos en cómo sus pequeñas voces sonarían por los pasillos algún día.

Había traído a algunos de mis diseñadores y estaban viviendo en alojamientos para huéspedes en nuestra propiedad. Usaba la mayor parte del área de la planta baja como mis oficinas, y Arcadia y yo usábamos la de arriba para nuestro uso privado. A pesar de que había gente en la casa, a veces se sentía enorme y solitaria. A menudo buscaba a Arcadia para encontrarla estudiando, o en los terrenos viendo a nuestro propio par de perezosos, o en el agua buceando con los peces. Ella era de naturaleza mucho más pacífica que yo, pero Costa Rica estaba creciendo en mí.

A veces echaba de menos San Francisco, pero no a menudo. Ojalá pudiéramos vivir en ambos lugares porque lo que más echaba de menos era el bullicio de mi oficina, y había borrado tantas cosas que solía disfrutar, como galas y desfiles de moda. De hecho, la prensa se preguntaba adónde había ido y la idea de que me hubiera casado con una mujer misteriosa se estaba convirtiendo en un rumor sensacionalista. No le dije a Arcadia, pero estaba comenzando a preocuparme por permanecer escondido. Parecía que nuestra fachada de anonimato se estaba resquebrajando. Entonces, cuando ella se despertó oyendo ruidos temprano en la mañana, entré en pánico, pero no dejé ver mi miedo.

Habíamos oído una buena cantidad de golpes y crujidos en la enorme casa y, por supuesto,

la jungla que nos rodeaba nunca estaba en silencio. Pero estos sonidos no eran los ruidos regulares a los que nos habíamos acostumbrado.

“¿Crees que entró un animal a la casa?”, susurró. “¿Quizás un mono travieso?”, trató de bromear, pero sabía que estaba tan asustada como yo.

Lo que estábamos oyendo no era un mono travieso, por mucho que quisiera que lo fuera.

Estaba desnuda a mi lado cuando salí de debajo de las mantas.

“Métete en el armario”, le ordené, tratando de no sonar demasiado autoritario o asustado.

Afortunadamente, entendió la urgencia; se levantó de la cama, se puso el vestido sin mangas que llevaba la noche anterior y entró a nuestro armario; podría estar a salvo allí por un tiempo. Me puse un par de jeans y miré a mi alrededor en busca de algún tipo de arma. Me reí por dentro, ahora sería un buen momento para comenzar a jugar béisbol. En todas las caricaturas, siempre había un bate de béisbol merodeando convenientemente. Por desgracia, no teníamos esa ventaja. No estaba entrenado para usar un arma, pero sabía que nuestros guardias estarían aquí en minutos. Sin embargo, había algunos paraguas. Con la implacable lluvia nocturna, los teníamos por toda la casa, ya que nos encantaba estar al aire libre, especialmente en la terraza junto a nuestro dormitorio.

Tomé uno de ellos y mi teléfono, y me dirigí al armario para estar con Arcadia. Tuve frío del miedo cuando la tendí en el suelo y la cubrí con vestidos y pareos de colores brillantes, con la esperanza de que pareciera un montón de ropa sucia.

Puso los ojos en blanco. “¡Esto no nos va a proteger!” Tomó una percha, la sostuvo como una pistola y luego sonrió.

“Tampoco eso”. Le devolví la sonrisa a pesar de la tensión.

Fue entonces cuando oímos voces en el pasillo mientras subían las escaleras. La piel de Arcadia se puso blanca del pánico. Preparé mi paraguas; el extremo metálico puntiagudo miraba hacia la puerta mientras le enviaba un mensaje de texto a nuestro servicio de seguridad. Teníamos hombres en el terreno. Arcadia no los quería en la casa porque no quería sentirse como si viviera encerrada, pero estaban en la propiedad y estaban armados. Solo tomaría unos minutos antes de que llegaran a nosotros.

Estaba tan nervioso que mis manos apenas podían tocar el teclado. Podría haber presionado el código de alarma, pero quería ser específico, para que supieran exactamente dónde estábamos y qué estaba sucediendo. Recibí una confirmación de mi mensaje y luego puse mi teléfono en silencio. Descansé un poco más tranquilo sabiendo que la ayuda estaba en camino.

Apenas estábamos respirando cuando oímos su conversación desde el pasillo, justo afuera de nuestra habitación.

“No parece que estén aquí”, dijo uno de los hombres. “El lugar no tiene muchos muebles ni nada”.

“Xavier Dean compró este lugar, dijo su asistente en la empresa. Lo acaba de comprar con su esposa... Si no están aquí ahora, lo harán luego”. Las lágrimas brotaron de los ojos de Arcadia cuando oyó la voz de su padre. “Si ella no está aquí con él, él sabe dónde está”.

“Una idea inteligente tener a tu chico como interno en su empresa; no había pensado en eso”, dijo el otro hombre, con una nota de felicitación.

“Después de hablar con Dean por teléfono, supe que algo estaba sucediendo. Luego, todos los rumores sobre él casándose con una chica y escapando con ella, y Arcadia simplemente desapareciendo. Ahora traslada su operación a Costa Rica y aquí está esa puta amiga de su madre. Mis muchachos están cerca de encontrar pruebas contundentes. Probablemente sea sólo cuestión

de días antes de que te la traigan, Carl”.

“¡Han pasado cuatro putos meses! Pensé que la iba a tener mucho antes. No voy a dejar que se me escape de los dedos. Quiero estar allí cuando la apreses. Lo digo en serio, Don. Tú me la prometiste y yo te di el dinero. Si no aparece pronto...”

El padre de Arcadia lo interrumpió. “Te devolveré el dinero”, dijo enfadado.

Se abrió la puerta de nuestro dormitorio.

“No quiero que me devuelvas mi dinero; quiero a tu maldita hija. Después de que esto termine, ella es mía. Pueden pasar años antes de que la libere. Me lo debes. Espero que te consideres advertido. Me quedo con ella. Y al diablo con las estipulaciones del contrato. Mientras no la mate, puedo hacer con ella lo que me plazca”.

Mi sangre estaba en llamas.

“Ellos están aquí. Alguien estuvo durmiendo en esta cama”, dijo el padre de Arcadia. Lo oímos caminar por nuestro dormitorio. “¡No me importa lo que hagas con ella. Simplemente no la mates!”

Sus pasos se detuvieron. Estaba cerca del tocador. “Este es el collar de su madre, un ankh con una mariposa. Recuerdo cuando lo compró la perra. Arcadia siempre lo usa. La tenemos”.

¡Con eso, entré en modo de ataque! Me levanté del suelo del armario.

“No”, susurró Arcadia, tomando mi brazo. “¡No lo hagas! Tienen pistolas; mi papá siempre lleva una”.

Trató de tomarse de mí, pero me aparté de ella. De ninguna manera me iba a sentar y dejar que hablaran sobre el abuso de Arcadia. Sabía que la seguridad armada estaba en camino.

“¡No te preocupes. Voy a meter esto en el trasero de ese hombre!”, dije y abrí la puerta, sorprendiendo a las personas. Estaba cegado por la rabia. El calor puro y la venganza inundaban cada arteria y vena, mientras corría hacia el hombre, golpeándolo tan fuerte como podía con el paraguas, apuñalándolo en sus entrañas y bolas, tratando de causar cualquier daño que pudiera. Arcadia abrió la puerta del armario y me gritó que me detuviera. Las lágrimas corrieron por su rostro cuando uno de los hombres, el que asumí era su padre, me apuntó con un arma.

Arcadia estaba histérica cuando los de seguridad entraron con sus armas en la mano.

“Baja el arma”, dijo uno de los oficiales.

Mis cuatro hombres apuntaron con sus armas al padre de Arcadia. No se movió.

“Aléjese, Sr. Dean. Tenemos esto bajo control”, dijo el jefe de seguridad.

Con eso, retrocedí y cubrí a Arcadia con mi cuerpo mientras su padre apuntaba a uno de los oficiales de seguridad. En un relámpago, el oficial le disparó en el brazo que llevaba el arma. La pistola cayó mientras él se tocaba el lugar de la herida. Otro oficial la recogió, y el otro arrojó al segundo hombre al suelo y lo esposó.

Arcadia aún estaba fantasmalmente blanca, devastada al ver el último acto de traición de su padre contra ella. La tomé en mis brazos y simplemente la abracé, sabiendo que la amaba con todo lo que tenía en mí.

“Se acabó”, le dije mientras le apartaba el pelo de los ojos y le besaba la sien.

Solo pudo asentir. “Él era mi única familia”, logró decir, entumecida y sin vida.

“Está bien. Somos una familia”, le susurré al oído. “¡Y te amo!”

Capítulo 26

Arcadia

Mi padre y su amigo fueron acusados de varios cargos; intento de asesinato, intento de secuestro, así como una serie de denuncias penales relacionadas con su negocio. Parecía que los agentes federales lo habían estado observando durante bastante tiempo. Iba a estar en la cárcel por el resto de su vida.

Me tomó un tiempo recuperarme de ese horrible día. Xavier fue gentil y paciente mientras me veía recorrer mis etapas de dolor. Andaba feliz por el océano y el aire caliente y húmedo. Pasaba horas observando a los perezosos en nuestro jardín mientras parecían moverse a una velocidad que podía tolerar. Xavier reveló al mundo que se había casado conmigo, y decidimos quedarnos en Costa Rica por un tiempo para evitar a la prensa.

Se corrió la voz sobre nuestra vida en Costa Rica, y algunas personas nos encontraron, lo cual fue genial para el negocio de mi tía, ya que habíamos dado nuestra dirección oficial como el retiro de Claudia. Tenía más clientes que nunca. Me comuniqué con mis amigos en la tienda y les dije que estaba mejor que nunca; estaba feliz y enamorada. Comenzaba mi último año de mi programa de maestría después de obtener un perdón del decano por circunstancias atenuantes, y me estaba recuperando lentamente.

Xavier estaba dando los toques finales a su nueva línea de ropa para hombres y mujeres, y estábamos trabajando con los lugareños creando textiles sostenibles e infundiendo el sabor de la jungla en todo lo que hacía. Nuestra enorme casa vacía se convertía lentamente en un hogar y, después de seis meses, comenzaba a sentirme yo misma nuevamente. El yoga de la tía Claudia, las relaciones sexuales sensuales de Xavier y el mar con todas sus maravillosas criaturas eran la causa de esa curación.

Xavier y yo nos hicimos mejores amigos y descubrimos que si bien nuestros gustos eran diferentes, nuestros sentidos del humor eran los mismos. Pasábamos mucho tiempo riendo; se sentía bien ser libre.

Un día, cuando volví de una jornada conservacionista de rescatar una tortuga marina que estaba atrapada en un hilo de pescar, Xavier estaba sentado en nuestro porche bebiendo una cerveza fría. Parecía demasiado vago y casual para un martes por la tarde, así que sospeché.

“¿Finalmente decidiste vivir como los lugareños y tomar una cerveza por la tarde?”, pregunté, bebiendo un trago de su botella.

“Te traje una”. Sacó una botella de cerveza de la hielera que tenía en la silla de al lado.

Sonreí. “¡Esto es divertido!” Levanté mi copa e hicimos un brindis. “Entonces, Sr. Dean. ¿Qué deseas?” Lo miré de reojo. Había visto este truco antes; era bastante predecible.

“¿Qué quieres decir, Sra. Dean?” Volvió a mirarme con el ojo lateral.

“Sólo estamos tomando cerveza en el porche; es un día tan hermoso...”

No me lo tragaba. “Y...”

“Un automóvil estará aquí en una hora para llevarnos al aeropuerto donde mi jet privado nos llevará a San Francisco. Es el momento, Arcadia. Quiero que veas tu nuevo hogar... o uno de ellos, al menos. Tengo que volver a trabajar correctamente; han pasado diez meses. Hay desfiles de moda y estrenos a los que asistir. Estoy a punto de lanzar la nueva línea y, por supuesto, merezco un descanso, pero es hora de volver. Amo lo que hago, y bueno, todas las mierdas chismosas y famosas, eso es parte de ello. Y...”, se mostró un poco reacio a decirlo. “Me gusta. Y quiero que a ti también te guste porque eres la parte más importante de mi vida”.

Entendí. Había sido un poco egoísta al huir y luego no querer volver a la vida. Él estaba en

lo correcto; yo era su esposa. Eso incluía más que sexo caliente en la playa, noches cálidas y lluviosas y perseguir nuestras pasiones individuales. Significaba estar presentes el uno para el otro y apoyar las esperanzas y los sueños del otro. Xavier hizo realidad su sueño y, como su esposa, necesitaba estar allí con él para que lo lograra.

“Por supuesto, volveré contigo. He sido egoísta al hacerte quedarte aquí”, confesé.

“Me encantó cada minuto y volveremos en uno o dos meses. Es solo que tengo que trabajar. Puedes mantenerte al día con tus estudios y hay un instituto de ballenas allí. Pensé en contactarlos y conseguirte una pasantía o lo que sea que hagan los científicos”. Su conocimiento sobre mi campo era tan patético como el mío sobre la moda, pero era dulce y apreciaba que lo intentara.

Terminamos nuestras cervezas y empaqué algunas cosas, especialmente la ropa que él había hecho para mí. Pasamos por casa de Claudia y le dijimos que nos iríamos por un tiempo, y ella prometió revisar nuestra casa por nosotros. Teníamos seguridad viviendo allí, y los diseñadores que trabajaban aquí se iban a quedar. Agradecí nuevamente a Claudia por cuidarnos todos esos meses, y ella respondió diciendo que éramos familia, y nos despidió mientras subíamos al auto y nos íbamos al aeropuerto.

El jet privado de Xavier era mucho más acogedor que el burdel de lujo en el que volamos de camino a Costa Rica. Su jet era simple con algunas sillas, una mesa y una gran sala de proyecciones en la cabina donde estaba la cama en el avión anterior. Había mucho espacio allí para marcar nuestro ritmo, lo cual hicimos varias veces. Siempre me asombró lo fácil que podía recuperar una erección después de unas eyaculaciones tan fuertes, pero lo logramos tres veces en tres horas. Estaba exhausta y un poco adolorida cuando aterrizamos.

Cuando llegamos a San Francisco, el conductor personal de Xavier nos recibió en la pista después de que aterrizó el avión. Nos llevó al loft de Xavier en Colina Señal. Tan pronto como abrió la puerta, me detuve en seco.

“Bienvenida a casa, Sra. Dean”, dijo dulcemente mientras me tomaba en sus brazos y me llevaba por el umbral.

Me reí. Nuestra casa en Costa Rica era enorme pero vieja. La teníamos muy bien amueblada pero era sencilla y elegante. Este lugar era el epítome de la riqueza y el buen gusto. Definitivamente, un lugar donde viviría un multimillonario. Me reí de nuevo.

“Esto es asombroso, Xavier... Es, es...” Lo miré y fruncí el ceño juguetonamente. “¿Estás cargado eh, como un rico enfermo?”

“Bastante”. Envolvió sus brazos alrededor de mi cintura. “¿Te gusta?”

Me volví hacia él y besé sus labios. “Me encanta”. Sentí su dura polla presionar contra mis piernas, y froté mi cuerpo hacia arriba y hacia abajo contra él. “¿Hablas en serio? El pequeño Sr. Dean está muy emocionado, ¿no?”

“Está feliz de que estés en casa”. Me besó, abriendo mi boca con la suya, dejándome saborearla y sentir su emoción de finalmente tenerme en su mundo. “Ven aquí”. Dejó de besarme y me arrastró suavemente hacia un balcón encerrado en vidrio. “Es unidireccional. Podemos ver hacia afuera, pero nadie puede ver hacia adentro”, dijo, acariciando mi hombro.

La vista era de todo San Francisco en su hermosa bruma misteriosa. Me sentía como una reina en la cima del mundo. Deslizó la correa de mi hombro y luego del otro hombro, y mi vestido cayó al suelo. Me paré ante el mundo usando solo mis bragas. Me volví hacia Xavier y le quité la camisa del pecho mientras él desabotonaba sus jeans y se los quitaba, arrastrando su ropa interior con ellos, por lo cual él también quedó desnudo. Su enorme polla sobresalía orgullosamente de su cuerpo. Sus dedos pasaron entre mis pliegues, y aunque estaba mojada, aún estaba un poco dolorida de antes.

“¿Estás sensible?” preguntó.

“Mas o menos”. Mordí mi labio, un poco avergonzada.

Su boca tomó un pezón y lo lamió suavemente, lo que hizo que la excitación se acumulara entre mis muslos. Siempre sabía excitarme. Su dedo se deslizó y masajé mis paredes vaginales, calmando el dolor. A pesar de que era gentil, apreté un poco los dientes.

“Siéntate, amor”. Me llevó de vuelta al sofá de la terraza. Me senté y me abrió las piernas. “Hay otras formas de hacer feliz al gran pequeño Sr. Dean”. Luego, besó todo el camino desde mi estómago hasta mi coño, que goteaba, mientras su lengua lamía los jugos y con mi dolorido nudo en su boca, mordisqueaba y lamía mi clítoris.

Inundé su boca con mis jugos mientras jadeaba y gemía mi liberación. Su pequeña lengua diabólica se deslizó dentro de mí con rabia y fuerza mientras Xavier procedía a follarme con su lengua dentro y fuera. Su dedo giraba en mi clítoris cuando sentí la tensión en mi estómago de nuevo. Unas cuantas caricias más de su lengua y yo era un desastre.

“Ah, Dios mío, Xavier”, jadeé. “Ah... te amo”.

Besó mi coño y se asomó por encima de mi montículo. “Será mejor”, bromeó mientras se arrodillaba ante mí. Me senté y estaba a punto de devolverle el favor oral, tomando su polla en mi mano, pero me detuvo suavemente. Metió los dedos de nuevo en mi coño y los trajo de vuelta relucientes con mi excitación, que untó en su polla y procedió a masturbarse.

“Puedo hacer eso”, le dije, queriendo tocarlo.

“Puedes ayudar”. Tomó mi mano y trabajamos juntos mientras él se endurecía en nuestras manos.

“¿Quieres que me siente sobre ti? ¿O quizás podamos estar de pie?” Ambas parecían un poco abrumadoras, pero mi coño estaba tan feliz y saciado que yo también lo quería de esa

manera.

“Te quiero así”, dijo, sin aliento con cada golpe.

Nuestras manos se movieron cada vez más rápido hasta que su rostro hizo una mueca y apretó la mandíbula. “Me voy a correr”, gritó mientras disparaba un gran fajo de semen directamente en los pliegues de mi coño, y luego otro y otro mientras maullaba y gemía.

Cuando terminó, me incliné y besé su polla, tal como él había hecho con mi coño.

“Te amo, Sra. Dean”, dijo mientras se levantaba, me sentaba en su regazo y me sostenía allí.

Mientras me abrazaba, hacía girar su nombre en el semen de mi estómago y mi coño. “¿Te casarías conmigo?”, preguntó. “¿Una boda adecuada con un gran vestido loco y un millón de personas?”

“Si te hace feliz, me casaré contigo en la televisión nacional”. Lo besé y supe que el hombre que me sostenía en sus brazos era mi felicidad para siempre, y más.

Epílogo

Xavier

Tuvimos una boda increíblemente grande un año después de nuestra primera boda. Damon fue mi padrino de bodas y Claudia, la dama de honor de Arcadia. Fue opulenta, lujosa, cara y muy publicitada. Nuestra historia se había convertido en el romance de la década y estaba en todas las revistas y periódicos. Dejamos de lado la mayor parte del horror que Arcadia sufrió, pero aludimos a la razón por la que escapó, aunque me aseguré de que se minimizara esa parte, por su bien y el de nuestros futuros hijos.

Ella era el rostro de mi marca a pesar de que era bióloga marina. La gente no podía tener suficiente de ella. Mi línea femenina era casi más atractiva que la masculina, y Diseños Xavier Dean se convirtió en una de las marcas más buscadas del mundo. Arcadia terminó su maestría un año después de nuestra boda y dividimos nuestro tiempo entre el loft y nuestra mansión en Costa Rica.

Aprendí a vivir mucho más y a disfrutar mejor de mi vida, y todo se debió al vivaz capricho de mi esposa. Un día, mientras me balanceaba en nuestra hamaca doble en nuestra playa en Costa Rica, le pedí que dejara de tomar su método anticonceptivo. Llevábamos dos años casados, ella tenía su maestría, estaba trabajando con un grupo científico, y había conseguido una beca para estudiar la migración de las ballenas, que le permitía viajar entre San Francisco y América Latina. Mi marca no podría ser más atractiva y sentí la necesidad de crear una familia.

Sabía que ella sentía el mismo tirón por la forma en que miraba a los niños, especialmente a los de los lugareños del pueblo que estaban siendo criados en una naturaleza amorosa y despreocupada.

“Cariño”, comencé. “¿Cómo te sentirías si dejaras de tomar los anticonceptivos?”

Me miró. Sus hermosos ojos suaves brillaban bajo el sol. “¿Estás de acuerdo con eso? Quiero decir, ¿está bien?” Trató de reprimir la enorme sonrisa que se formó en sus labios, pero no pudo.

“Estoy listo. Quiero ser un padre; lo que es más importante, quiero ser un mejor padre que el tuyo”.

“¡Gracias, gracias, gracias!” Me besó por toda la cara, la pequeña loca.

Le sugerí que lo intentáramos tan pronto como ella quisiera, y lo seguiríamos haciendo hasta que quedara embarazada. Bueno, empezamos esa tarde. Cada vez que la llenaba con mi semilla, pensaba en lo que estábamos creando. Una mezcla de ambos, un niño que sería bendecido con padres que lo amaban y apreciaban tanto como nos amábamos y apreciábamos nosotros. Prometió seguir amándome y hacer tiempo para el gran pequeño Sr. Dean cuando quisiera jugar.

Y... cumplió esa promesa. Xavier Phillip Dean II nació diez meses después, y aunque estábamos despiertos para la alimentación nocturna y él era un bebé un poco malhumorado, siempre hacíamos tiempo el uno para el otro, para nuestro amor... y otros intereses. Después del bebé, Arcadia se centró más en su trabajo y menos en ser el rostro de mi marca. En cambio, nuestra familia, los tres, se convirtió en nuestra marca registrada.

Comencé una nueva aventura diseñando ropa infantil, caprichosa y juguetona que un niño podría ensuciar, que se lavaría fácilmente y sería duradera. Era oro en la industria de la moda. Arcadia se reía de lo ridículamente ricos que éramos, así que financiamos una escuela en el Village, donde vivíamos en Costa Rica, que ofrecía la mejor educación a los estudiantes locales. Incluso, nuestro propio hijo fue a la escuela allí. Después de que nació Junior, pasábamos la mayor parte de nuestro tiempo en Costa Rica, y solo regresábamos a San Francisco cada pocos

meses para revisar el negocio. Estaba más feliz de lo que jamás pensé que estaría. Arcadia y yo a veces no estábamos de acuerdo, bueno, a menudo no estábamos de acuerdo, pero nunca peleábamos. Nos amábamos demasiado como para no comunicarnos y resolver nuestras diferencias. La mayor parte del tiempo no estábamos de acuerdo en que la prodigara porque ella trabajaba muy duro como bióloga, esposa y madre de nuestro hijo. Ella era mi todo.

Arcadia

Me encantaba ver a Junior, que tenía cinco años, y a Xavier jugar juntos en la arena. Xavier era tan despreocupado cuando estaba con nuestro hijo. Estaban en una cacería de tortugas cuando las tortugas marinas regresaron a nuestra parte del océano, pero sobre todo, estaban construyendo un castillo de arena alto. Junior quería que fuera más alto que la cabeza de papá.

Xavier seguía siendo un amante increíble y mi mejor amigo en la tierra. Intentábamos hacer el amor todos los días como siempre lo habíamos hecho, pero se estaba poniendo un poquito más difícil estos últimos días de mi embarazo. Siempre se burlaba de mí, de que tener relaciones sexuales induciría el parto, y tenía razón; eso fue lo que hizo el truco con Junior, por lo que se comprometió con el mismo método con Everleigh, que estaba muy cerca de su fecha de parto.

Xavier estaba un poco preocupado por ser padre de una niña, pero le prometí que sería perfecto, tal como lo estaba con Junior. Era un esposo hermoso y un gran ser humano; sería todo lo que una niña querría tener en un padre.

Para mí, estaba deseando volver a ser madre. Me encantaba ser la madre de Junior y estaba emocionada de conocer a Everleigh. No estaba seguro de si ella completaría nuestra familia y tampoco Xavier; Ambos descubrimos que la crianza de los hijos es una gran adición a nuestras ya maravillosas vidas. No siempre fue todo bien, y tener dos lo haría más difícil, pero Xavier y yo habíamos aprendido a capear todas las tormentas juntos; criar hijos no sería diferente. Fuimos socios en todo.

Ahora era un miembro de pleno derecho del equipo científico y mi trabajo era frenético, pero no tanto por lo que no podía estar allí para Xavier y asistir a las funciones en las que quería lucirme, o quería estar allí para disfrutar de la elogios que recibió. Teníamos una niñera, pero fui a las funciones escolares ya que éramos los benefactores de la escuela y me aseguré de estar

presente en todas las cosas importantes en la vida de Junior; sería lo mismo para nuestra hija.

Mientras veía a Xavier construir un castillo de arena sobre su cabeza, no pude evitar estar agradecida por esa noche de borrachera, ah, hace tantos años, cuando me casé con el hombre perfecto por capricho.

FIN

Querido lector,

¡Muchas gracias por leer mi libro! Son lectores apasionados como usted los que me permiten vivir mi sueño y hacer lo que más amo en la tierra, que es escribir libros y entretener a la gente.

Sobre el Autor

Sarah ha estado escribiendo desde que tenía 16 años y ha publicado varios de los libros más vendidos de Amazon. No importa si sus héroes son multimillonarios, chicos malos o ambos: le encanta escribir sobre machos alfa calientes y sexys, que son protectores y a veces mandones, así como también sobre las mujeres que anhelan. Sus emocionantes historias son siempre apasionantes, con muchos giros y vueltas y un final feliz garantizado que te deja satisfecho después de un viaje salvaje, como debería ser en el dormitorio, ¿sabes?

A Sarah le encanta viajar por el mundo, porque los lugares nuevos siempre la inspiran. En este momento, disfruta del tiempo en Europa mientras escribe nuevos libros.

Si deseas ponerte en contacto:

[¡Únete a su Newsletter y obtén su novela exclusiva “Novia Falsa” GRATIS!](#)

[¡Visita su Página de Facebook!](#)

[¡Únete a su grupo exclusivo de Facebook!](#)

Nos vemos del otro lado ;-)